

FUNDAMENTOS DE LA ORACIÓN

SELECCIÓN DE TEXTOS ESPIRITUALES DE FRAY LUIS DE GRANADA



Fray Luis de Granada

Salamanca, 2021

FRAY LUIS DE GRANADA

FUNDAMENTOS DE LA ORACIÓN

SELECCIÓN DE TEXTOS ESPIRITUALES DE FRAY LUIS DE GRANADA

EDICIÓN DE FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

SALAMANCA 2021

30-03-2021

ISBN: 978-84-09-27864-0

Este libro puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/fundamentos-de-la-oracion/>

Foto de portada:

Convento y casa de espiritualidad de Santo Domingo «Scala Coeli» (Córdoba).

CONTENIDO

<i>PRESENTACION DE ESTE LIBRO</i>	8
<i>BREVE SEMBLANZA DE FRAY LUIS DE GRANADA</i>	10
INTRODUCCION A LA ORACION	11
La importancia de la oración y la meditación.....	11
La necesidad que tenemos de Dios.....	14
LA ORACION MENTAL	17
La oración mental es mejor que la vocal.....	17
Los frutos de la oración mental.....	19
Qué debemos meditar y cuándo podemos hacerlo.....	21
PARTES DE LA ORACION MENTAL	23
1. Preparación antes de orar	24
2. Lectura	25
3. Meditación.....	26
4. Acción de gracias.....	28
5. Ofrecimiento.....	29
6. Petición.....	30
SIETE AVISOS SOBRE LA ORACION	32
CONSEJOS PARA AVANZAR EN EL CAMINO DE LA ORACION.....	37
No confundir la destreza humana con la gracia divina	37
La experiencia interior de los más ejercitados en la oración	38
Las meditaciones espirituales no son para todas las personas	40
El tiempo que ha de durar la oración.....	41
El buen uso del intelecto en el ejercicio de la meditación	44
El excesivo estudio	48
La importancia de la humildad en la oración	54
La guía de nuestra propia experiencia y, sobre todo, del Espíritu Santo.....	59
TRES CARTAS ESPIRITUALES	62
Carta a fray Luis de la Cruz.....	62
Primera carta a fray Bartolomé de Carranza.....	67
Segunda carta a fray Bartolomé de Carranza	75
LA ORACION COMUNITARIA	79
LA DEVOCION.....	82
Tener devoción no es sentir consolación	82
La importancia de la devoción.....	84

Cómo ayuda la devoción a la oración	85
Cosas que ayudan a la devoción.....	88
LA ASCESIS.....	91
El camino de la Cruz.....	91
El desierto	95
El ayuno	97
La limosna	99
Remedios para los siete pecados capitales	101
LA GRACIA.....	103
¿Qué es la gracia?	103
Efectos de la gracia.....	104
EL AMOR AL PROJIMO.....	107
EL AMOR A DIOS	111
El amor entre Dios y el ser humano	111
La intervención del Hijo de Dios	113
El amor que el Hijo de Dios tiene por la humanidad	114
Las cualidades de Dios	116
EL AMOR QUE PROCEDE DE DIOS	120
El deseo de amor	120
La dulce experiencia del amor divino.....	121
Los ocho grados -o efectos- del amor divino.....	122
LAS CONSOLACIONES.....	126
Las consolaciones de los principiantes	129
LA FELICIDAD.....	134
La felicidad de Dios	134
Dios nos enseña el camino de la felicidad	136
El engaño de la felicidad mundana	138
La verdadera felicidad.....	140
LA CONTEMPLACION DE DIOS EN LA NATURALEZA	144
La Providencia divina.....	144
La alegría que experimentamos al contemplar a Dios en la naturaleza	152
Dios ha dado felicidad a los animales.....	154
LA EXPERIENCIA MISTICA.....	157
El camino apofático (hacia la infinitud de Dios)	157
El amor unitivo (que nos une a Dios).....	161

ORACIONES	170
Oración a la Santísima Trinidad y a todos los santos	170
Oración a Dios creador	172
Meditación antes de la Eucaristía	178
Oración en la que se pide amor a Dios	181
Oración a la Virgen	186
OBRAS CITADAS.....	189

PRESENTACIÓN DE ESTE LIBRO

Con el fin de dar a conocer el pensamiento espiritual de fray Luis de Granada (1504-1588), hemos escogido un grupo de significativos textos en los que este fraile nos habla sobre el ejercicio de la oración y, más en general, sobre nuestra relación con Dios. Y dado que son textos escritos en el siglo XVI, nos hemos tomado la libertad de transcribirlos a un castellano más comprensible para el lector actual. Alguno, con razón, dirá que es un atropello modificar los textos de un autor literario tan importante, pero el fin de este libro no es dar a conocer su bella prosa sino su profunda espiritualidad. Con todo, hemos procurado alterar lo mínimo posible el estilo de fray Luis. Asimismo, para evitar confusiones, hemos eliminado en estos textos las referencias que fray Luis hace a otras partes de su obra.

Nos hemos apoyado en las dos ediciones más contemporáneas de sus escritos: la de fray Justo Cuervo, publicada en Madrid en los años 1906 a 1908, y la de fray Álvaro Huerga, publicada también en Madrid en los años 1994 a 2007. En el encabezado de cada texto hemos indicado las páginas donde el lector puede encontrarlo en ambas ediciones. En ellas, sobre todo en la segunda, hemos obtenido los lugares donde se hallan los textos citados por fray Luis. Y hemos revisado todas las citas bíblicas.

Hay un verbo muy importante que no hemos transcrito, pues no hemos hallado un término que se ajuste exactamente a su significado. Nos referimos al verbo «considerar», que en los antiguos textos espirituales –como son los de fray Luis–, significa: reflexionar o meditar sobre algo a nivel intelectual y espiritual, de tal forma que aquello que los sentidos captan, la mente lo piensa y el corazón lo siente y lo interioriza. También queremos subrayar que cuando fray Luis de Granada emplea el término «gracia», siempre se refiere a la gracia divina. Este término también es muy significativo, pues habla de la acción de Dios en la persona.

Éste es el esquema que seguimos: comenzamos con una introducción sobre qué es la oración y la importancia que tiene Dios en nuestra vida, después fray Luis nos habla de la oración vocal y, sobre todo, de la oración mental, a continuación leemos tres cartas en las que nuestro autor nos habla sobre la oración y nos desvela su

experiencia mística en el convento de Scala Coeli, después tenemos una amplia selección de textos en los que se abordan temas que conciernen muy directamente a la oración, como son la devoción, la ascesis, la gracia, el amor, las consolaciones, la felicidad, la contemplación de Dios en la naturaleza y la experiencia mística, y acabamos con cinco oraciones de fray Luis.

Pero antes exponemos una breve semblanza de este autor. No nos extendemos en dicha presentación, pues el lector puede consultar *La espiritualidad de fray Luis de Granada* (en dominicos.org), si desea conocerle más a fondo.

BREVE SEMBLANZA DE FRAY LUIS DE GRANADA

Este fraile ingresó en el convento de los dominicos de Granada y más tarde estudió con la élite intelectual de su Orden en el Colegio de San Gregorio de Valladolid. Después pasó unos diez años en el apartado convento de Scala Coeli, cercano a Córdoba, donde tuvo una profunda experiencia de Dios. Tras lo cual se dedicó a predicar en el sur de España, hasta que, con 46 años, fue trasladado a la Provincia de Portugal, donde fue provincial y consejero del cardenal-infante Don Enrique (1512-1580). Entonces publicó sus dos obras más importantes: el *Libro de la oración y meditación* (1553) y la *Guía de pecadores* (1556-1557). Ambas fueron al *Índice de libros prohibidos* de 1559, pero después las modificó y las publicó de nuevo, junto a otras muchas obras.

El objetivo de fray Luis de Granada era explicar al pueblo fiel qué había de hacer para ser un buen cristiano y tener una buena relación espiritual con Dios. Como ya hemos dicho, sus obras se divulgaron mucho por Europa, así como por los nuevos territorios evangelizados, e influyeron en autores espirituales de los siglos XVII y XVIII. Pero poco a poco fueron reemplazadas por otros tratados más modernos.

Su espiritualidad destaca por su carácter afectivo y alegre. También por su belleza, pues es un gran literato. Insiste mucho en que su propósito es ayudar a los principiantes a iniciar su relación con Dios, y nada más. Esto es así porque, en su opinión, una vez que el creyente adquiere experiencia espiritual, es mejor que sean ésta y sobre todo el Espíritu Santo, quienes le guíen hacia la unión con Dios. En su espiritualidad sobresale asimismo el equilibrio que establece entre la mística –la relación íntima con Dios–, la ascesis –el esfuerzo personal– y la acción –las buenas obras–. También llama la atención lo mucho que se apoya en elementos concretos de la naturaleza para hablarnos de su Creador.¹

¹ Toda esta semblanza la hemos tomado de: Julián de COS, *Historia de la espiritualidad cristiana*, Salamanca 2019, pp. 170-171 de edición en PDF que se puede descargar de la web *dominicos.org*.

INTRODUCCIÓN A LA ORACIÓN

La importancia de la oración y la meditación

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/19-21; ed. Cuervo: II/5-7.

Oración, propiamente hablando, es una *petición que hacemos a Dios de las cosas que convienen para nuestra salvación*. Pero se toma también oración en otro sentido más amplio: como *cualquier levantamiento del corazón a Dios*. Y según esto, la meditación y la contemplación, y cualquier otro buen pensamiento se llaman también *oración*. Y de esta manera usamos aquí este vocablo [...].

Lo que me movió a tratar esta materia fue tener entendido que la principal causa de todos los males que hay en el mundo es la falta de consideración, como lo significó el profeta Jeremías, cuando dijo: «Asolada y destruida está toda la tierra, porque no hay quien se pare a pensar con atención las cosas de Dios»². De lo cual parece que la causa de nuestros males no es tanto la falta de fe, cuanto de la consideración de los misterios de nuestra fe. Porque si ésta no faltase, ellos tienen tanta virtud y eficacia, que el menor de ellos que atenta y devotamente se considerase, bastaría para la moderación y remedio de nuestra vida. ¿Quién tendría manos para cometer un pecado, si pensase que Dios murió por el pecado, y que lo castiga con perpetuo destierro del Cielo y con pena perdurable?

Por lo que parece que, aunque los misterios de nuestra fe sean tan poderosos para inclinar los corazones a lo bueno, mas como muchos de los cristianos nunca se ponen a considerar aquello en lo que creen, no obran en sus corazones lo que podrían obrar. Porque, así como dicen los médicos que para que las medicinas aprovechen es necesario que sean primero tomadas y digeridas en el estómago con el calor natural –porque de otra manera ninguna cosa aprovecharían–, así también, para que los misterios de nuestra fe nos sean provechosos y saludables, conviene que sean primero tomados y digeridos en nuestro corazón con el calor de la devoción y la meditación; porque, de otra manera, muy poco aprovecharán.

² Jer 12,11.

Y por falta de esto vemos a cada paso a muchos cristianos muy enteros en la fe, y muy rotos en la vida, porque nunca se paran a considerar qué es lo que creen. Y así tienen la fe como en un rincón del arca, o como la espada en la vaina, o como la medicina en la botica, sin servirse de ella para lo que es. Creen así a bulto y a carga cerrada lo que dice la Iglesia, creen que hay juicio, y pena y gloria para buenos y malos. Mas, ¿cuántos hallarás que se paren a pensar en cómo ha de ser este juicio, y esta pena y esta gloria, con los demás?

Pues por esta causa nos es tan encomendada en las Sagradas Escrituras la continua consideración y meditación de la ley de Dios y de sus misterios, que es el estudio de la verdadera sabiduría. Si no mira cuán encarecidamente nos encomienda esto aquel gran profeta y amigo de Dios, Moisés, cuando dice:

«Poned estas palabras mías en vuestros corazones, y traedlas atadas como por señal en las manos, y enseñadlas a vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estés sentado en tu casa, o andes por el camino, cuando te acuestes y levantes, pensarás y rumiarás en ellas, y has de escribirlas en los umbrales y puertas de tu casa, para que siempre las traigas ante los ojos»³.

¿Con qué palabras se podía más encomendar la continua meditación y consideración de las cosas divinas que con éstas? Pues no menos encomienda este mismo ejercicio Salomón en sus Proverbios, donde quiere que traigamos siempre la ley de Dios como una cadena de oro echada al cuello, y que de noche nos acostemos con ella, y a la mañana, al despertarnos, comencemos entonces a hablar con ella. Bienaventurado el que así lo hace, y por tal nos lo da el Eclesiástico, cuando dice:

«Bienaventurado el hombre que mora en la casa de la sabiduría y piensa en la ley y los mandamientos de Dios, y considera con toda atención y sentido sus misterios; el que anda con cuidado en busca de la sabiduría, se para en sus caminos, y se pone a escuchar por entre sus puertas, y arrima su cayado a las paredes de ella y junto a ellas edifica su casa»⁴.

³ Dt 6,6-9.

⁴ Eclo 15,22-25.

¿Pues qué es todo esto sino explicarnos el Espíritu Santo por todas estas metáforas el ejercicio continuo y la perpetua consideración con los que el justo anda siempre escudriñando las obras y las maravillas de Dios? Y, por esta misma causa, entre las alabanzas del justo, se pone por una de las más principales, que pensará en la ley del Señor día y noche. Y, asimismo, que morará en lo escondido de las parábolas, dando a entender que todo su trato y conversación será escudriñar y meditar los secretos y maravillas de las obras de Dios. Y, por esta misma causa, son todos los ojos con los que se nos representan aquellos misteriosos animales de Ezequiel⁵, para mostrar cuanta mayor necesidad tiene el justo de la continua consideración y vista de las cosas espirituales que de otros muchos ejercicios.

Todo esto declara bien cuan grande es la necesidad que tenemos de este ejercicio y, por consiguiente, cuan desatinados andan los que desprecian, o hacen poco caso del ejercicio de la oración y meditación, pues no entienden que esto es abiertamente contradecir y deshacer lo que el Espíritu Santo, con tan grandes ponderaciones, nos encomienda. Estos deberían leer aquellos cinco libros *Sobre la consideración* que san Bernardo escribió al Papa Eugenio y allí verían lo que importa este ejercicio para alcanzar tanto bien.

Pues, por esta causa, muchas personas católicas y religiosas, entendiendo el gran provecho que de esta piadosa meditación se sigue, procuran ejercitarse en ella ordinariamente, y tener para esto señalados y asignados sus tiempos. Pero estas personas muchas veces se enfrían y desisten de esta obra tan santa, por dos dificultades que hallan en ella: la una es la falta de materia y de consideraciones en las que poder ocupar su pensamiento en aquel tiempo; y la otra es la falta de calor y devoción, que es necesario que acompañe este ejercicio para que sea fructuoso, en lugar de lo cual, muchas veces hay gran sequedad de corazón y mucha guerra de pensamientos.

⁵ Cf. Ez 1,18.

La necesidad que tenemos de Dios

Guía de pecadores (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/45-46; ed. Cuervo: I/28-30.

No sólo la obligación de hacer justicia, sino también nuestra misma necesidad y pobreza, nos obligan a tener en cuenta a nuestro Creador, si queremos alcanzar, después de creados, nuestra misma felicidad y perfección. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que nacen, no lo hacen con toda su perfección. Algo tienen y algo les falta que después se haya de acabar. Y el cumplimiento de lo que falta, lo ha de dar el que comenzó la obra, de manera que a la misma causa le concierne dar el cumplimiento del ser que dio principio de él.

Y por esto, todos los efectos generalmente se vuelven a sus causas para recibir de ellas su última perfección. Las plantas trabajan para buscar el sol y arraigarse todo cuanto pueden en la tierra que las produjo, y los peces no quieren salir fuera del agua que los engendró. El pollico que nace, inmediatamente se pone debajo de las alas de la gallina, y la sigue por donde quiera que vaya; y lo mismo hace el corderico, que inmediatamente se junta con los ijares de su madre, y entre mil madres que sean de un mismo color la reconoce, y siempre anda cosido con ella, como quien dice: «Aquí me dieron lo que tengo, aquí me darán lo que me falta».

Esto sucede universalmente en las cosas naturales, y lo mismo sucedería en las artificiales, si tuviesen algún sentido o movimiento. Si un pintor, acabando de pintar una imagen, dejase por acabar los ojos, y aquella imagen sintiese lo que le falta, ¿qué haría?, ¿adónde iría? No iría, ciertamente, a casas de reyes ni de príncipes, porque éstos, en cuanto tales, no pueden satisfacer su deseo, sino que iría a la casa de su maestro, y le suplicaría que la acabase de perfeccionar.

Pues, ¡oh criatura racional!, ¿qué otra causa es la tuya sino ésta? No estás aún acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfección. Apenas está acabado el dibujo. Todo el lustre y la hermosura de la obra quedan por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la misma naturaleza, que como quién se siente necesitada, no reposa, sino que siempre está piando y suspirando por más.

Quiso Dios tomarte por hambre, es decir, que las mismas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen a Él. Por eso no te quiso acabar desde el principio; por eso no te enriqueció desde entonces, no por escaso, sino por amoroso, no para que fueses pobre, sino para que fueses humilde, no para que fueses necesitado, sino para tenerte siempre consigo. Así pues, si eres pobre, y ciego, y necesitado, ¿por qué no te vas al Padre que te creó, y al Pintor que te comenzó, para que Él acabe lo que te falta?

Mira cómo lo hacía así el profeta David: «Tus manos -dice él-me hicieron y me crearon, dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos»⁶. Como si más claramente dijera:

«Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí; mas no está aún acabada esta obra. Los ojos de mi alma, entre otras partes, quedan por acabar. No tengo lumbre para saber lo que me conviene, ¿pues a quién pediré lo que me falta, sino a quién me ha dado lo que tengo? Pues dame, Señor, esta lumbre; clarifica los ojos de este ciego desde su nacimiento, para que con ellos te conozca, y así se acabe lo que comenzaste en mí».

Pues, así como a este Señor compete dar su última perfección al entendimiento, así también le compete darla a la voluntad, y a todas las otras potencias del alma, para que así quede acabada la obra por el mismo que la comenzó. Éste, pues, solo sacia sin defecto, engrandece sin estruendo, enriquece sin suntuosidad y da descanso cumplido sin la posesión de muchas cosas. Con Él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeída de todas las cosas y señora de todas ellas.

Por lo cual con mucha razón dijo el sabio: «Hay un hombre que vive como rico, no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre teniendo muchas riquezas»⁷. Porque muy rico es el pobre que tiene a Dios, como lo era san Francisco; y muy pobre a quién le falta Dios, aunque sea señor del mundo.

Porque, ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? Y ¿qué puede

⁶ Sal 119,73.

⁷ Pro 13,7.

aportar la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el alma? En la cama blanda da el rico muchas vueltas en la noche larga, las cuales no puede evitar su rica bolsa.

Resulta, pues, de todo lo dicho, cuán obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no sólo por la deuda de este beneficio, sino también por lo que toca al cumplimiento de nuestro remedio y nuestra felicidad.

LA ORACIÓN MENTAL

La oración mental es mejor que la vocal

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/597-599; ed. Cuervo: II/16-18.

Es de saber que hay dos maneras de oración, una *mental*, que se hace sólo con el corazón; y otra *vocal*, que se hace con el corazón y la boca juntamente.

Entre estas dos maneras de oración hay muy poca diferencia, porque –como dicen los teólogos– el acto exterior no añade ninguna diferencia esencial al interior, como parece claro en esta virtud, porque pedir a Dios con el corazón sólo o con el corazón y la boca juntamente, no hace ni deshace más en la petición, pues tan claro lenguaje para Dios es el del corazón como el de las palabras, y tanto se sirve de lo uno como de lo otro.

Mas con todo esto, es muy alabada y encomendada por los santos la oración mental, como lo muestra san Agustín por medio de estas palabras:

«No haya en la oración mucho hablar, sino mucho suplicar; porque hablar mucho en la oración es negociar una cosa necesaria con palabras no necesarias; mas mucho suplicar es llamar a Aquél, a quien suplicamos, con un largo y piadoso movimiento del corazón, porque este ejercicio más se hace con gemidos que con palabras, y más llorando que hablando»⁸.

La causa por la que los santos alaban tanto esta manera de orar es debido a la atención y el espíritu con los que se suele hacer esta oración. Porque los que oran con la boca, leyendo por algunas horas o rezando en el coro, suelen comúnmente pasar muy de corrida por las cosas que van rezando, y así no calan ni llegan a la médula ni al gusto de ellas. Mas los que van orando o meditando con el corazón, suelen detenerse más en la consideración de las cosas. Lo cual, sin duda, es un gran provecho, porque más ayuda un misterio o una

⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, *Epist.* 130: PL 33, 501.

palabra de la Escritura, bien sentida y considerada, que muchas pasadas así ligeramente.

Por lo que parece que la oración vocal es como un aluvión de agua que lava la tierra por encima, sin llegar al corazón de ella; mas la mental es como las lloviznas blandas que calan hasta lo íntimo de ella, y así la dejan más dispuesta y preparada para fructificar.

Y así vemos que las oraciones vocales muchas veces se rezan como «oración de ciego», esto es, sin afecto y sin espíritu. Mas cuando pedimos algo a Dios, no con palabras escritas y compuestas, sino con aquellas que la necesidad y el deseo del remedio nos enseñan, siempre hablamos con mayor atención y devoción, lo cual es un gran comunicado para ser oído, según aquello del salmo [del profeta David] que dice: «Clamé con todo mi corazón; óyeme Señor»⁹. Y porque sabía este profeta cuán agradable era a Dios esta manera de oración, dice en otro lugar: «He de ofrecerte, Señor, sacrificios llenos de médula»¹⁰, es decir, oraciones y afectos que salgan de lo íntimo del corazón, y no sólo de los labios.

Nos consta también que -como dice el Salvador- todo nuestro mal y nuestro bien nacen del corazón¹¹, y por esto, principalmente conviene poner la medicina allí donde está la raíz de la dolencia. Y esto principalmente se hace con la oración interior y con la devoción, porque, en verdad, no es otra cosa la devoción sino como un unguento y medicina del corazón, el cual resuelve todos nuestros malos apetitos y deseos de tal manera que, mientras haya devoción, no parece que por entonces haya gusto ni apetito de cosa mala.

Mas las oraciones apresuradas, y generalmente todos los otros ejercicios exteriores, como no penetran en lo íntimo del corazón, así no son más que unas unciones y lavatorios que se aplican por fuera, que aunque dan un poco de alimento al doliente, no le dan entera salud, porque no llegan a la raíz del mal, que está dentro. Esto nos lo muestra claramente la experiencia de cada día, porque por ella se ve cuánto más caliente y fortalecida sale la persona después de que ha considerado profundamente un paso de la pasión [del Señor], o algún

⁹ Sal 119,145.

¹⁰ Sal 66,15.

¹¹ Cf. Mt 15,18.

otro misterio, que después de haber rezado de corrida un gran número de salmos y avemarías.

Esto no se dice para deshacer la oración vocal –la cual, además de ser provechosa para muchas cosas, es necesaria para los principiantes y para todos aquellos que no pueden llegar a la mental–, sino para que sepamos estimar cada cosa en lo que es, y trabajemos siempre –como dice el Apóstol [san Pablo]– por alcanzar las gracias y las virtudes mayores¹².

Los frutos de la oración mental

Memorial de la vida cristiana II

Ed. Huerga: V/143-144; ed. Cuervo: III/376-378.

En otra parte ya declaramos cómo ninguna diferencia esencial había entre la oración vocal y mental, pues como la una es acto de aquella nobilísima virtud que llaman *religión*, así también lo es la otra, y ambas tienen un mismo oficio, que es pedir limosna a nuestro Señor, aunque la una la pide sólo con el corazón, y la otra con el corazón y con la boca juntamente.

Solamente podrá aquí aparecer alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con las que se pueden hacer una oración y la otra. Porque siendo verdad que la devoción y espíritu con el que oramos es como la vida de la oración, tanto una oración será más excelente que otra cuanto se hiciere con mayor espíritu y devoción. Por lo que, si el que reza por medio de unas cuentas [del rosario] o por medio de un libro, ora con mayor espíritu y devoción que el otro, ésa será mejor oración. Porque orar de esta manera es muy importante para ser oído, según aquello del salmo que dice: «Clamé con todo mi corazón; óyeme, Señor»¹³. Y en otro lugar: «El deseo de los pobres oyó Dios»¹⁴; esto es, la oración que se hace con espíritu, porque no es otra cosa orar con espíritu, sino pedir con entrañables suspiros y deseos del corazón [...].

¹² Cf. 1Cor 12,31.

¹³ Sal 119,145.

¹⁴ Sal 10,17.

Tal fue la oración de Ana, la madre de Samuel, que viéndose acosada por su competidora, hizo oración a Dios con gran ansia de su corazón, de donde le vino que con la fuerza y embebecimiento del espíritu hacía tales gestos con su cuerpo, que el sacerdote Elí creyó que estaba borracha¹⁵, mas no era del vino que él pensaba, sino del vino de la devoción que se había exprimido en el lagar de su alma con la rueca de la tribulación.

Mas aquí es de notar que también llamamos *oración mental* a la meditación y consideración de las cosas de Dios, aunque cuando en esto nos ocupemos, no pidamos en ese momento nada. Y esta consideración no se puede negar, sino que es de grande e inestimable provecho. Porque, así como la especulación y estudio de las ciencias humanas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana, así la consideración de las cosas divinas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría divina, que es el mayor de los dones del Espíritu Santo, al cual se ordenan todos los otros.

Y además de esto, esta consideración es un muy principal medio para alcanzar la verdadera devoción, que hace a la persona ligera y pronta para toda virtud, como luego diremos, que es la cosa que más declara y engrandece la excelencia de este ejercicio.

Trae también consigo esta manera de orar otro gran provecho, que es la asimilación y el sentir de las cosas espirituales. Porque el que reza por medio de sus horas [del Oficio divino] o por medio de sus cuentas [del rosario], pasa por las cosas más ligeramente hasta llegar al término de su oración y dar por acabadas sus devociones ordinarias. Mas el que considera, no tiene provecho haciendo esto, sino permaneciendo en una palabra de la Escritura, o en un misterio de la vida de Cristo, todo el tiempo que haya que rumiar en ella, que a veces sucede que dura por gran espacio, como se lee de san Francisco, que toda una noche entera estuvo repitiendo estas dos palabras: «Dios mío, que te conozca a Ti y que me conozca a mí»¹⁶. Y mucho más aprovecha un misterio [divino] de esta manera considerado, que muchos otros pasados apresuradamente y de corrida.

¹⁵ Cf. 1Sam 1,12-16.

¹⁶ FRANCISCO DE ASÍS, Escritos, biografías, documentos de la época (ed. J. A. Guerra), BAC, Madrid 1991, p. 802.

Bien es verdad que también el que reza por un libro podría hacer esto mismo, si todas las veces que llegase a un paso dulce y devoto, hiciese allí una parada, y se pusiese a considerar despacio lo que allí el Espíritu Santo le diese a sentir. Y así, hay algunas personas que se están un gran pedazo de tiempo rezando la oración del padrenuestro, o el símbolo de la fe –que es el credo–, deteniéndose en la consideración de los misterios que allí se contienen, con gran gusto y aprovechamiento. Y esta manera de rezar, además de ser muy fácil para todo género de personas, es de gran provecho, y es la misma que aquí enseñamos y ponderamos, que es la que tiene aneja a sí la consideración.

Qué debemos meditar y cuándo podemos hacerlo

Memorial de la vida cristiana II

Ed. Huerga: V/148-149; ed. Cuervo: III/382-383.

Tenemos, pues, aquí, según esta doctrina, tres géneros de cosas que podemos llamar materia de la consideración: la primera es de las *perfecciones divinas*, como son la bondad, la caridad, la hermosura, la justicia, la misericordia y la providencia de nuestro Señor, con todas las demás; la segunda es de los *beneficios divinos*, y señaladamente del beneficio de la redención, donde entran todos los pasos y misterios de la vida de nuestro Salvador, porque todos ellos son partes de este soberano beneficio; y la tercera es del *conocimiento de sí mismo*, esto es, de los propios defectos y miserias, de donde nace el desprecio de todo ello, y la virtud de la humildad, que es fundamento de todas las virtudes.

Entre las cuales consideraciones, la principal [...] es la referente a las perfecciones divinas, porque señaladamente sirve para acrecentar el amor a Dios [...]. Mas de las otras dos [...], como de un depósito público, la persona puede tomar materia para considerar, todas las veces que quisiere recogerse para filosofar en esta celestial filosofía.

Para lo cual, unos hay tan ocupados que no pueden recogerse más que una sola vez al día, los cuales pueden tomar cada vez un paso o dos de la vida de Cristo o de los beneficios divinos, y de esta manera proceder de día en día hasta haber pasado por todos estos

misterios o beneficios y, acabado esto, volver a comenzar de nuevo y proceder por los mismos pasos, ocupando la vida en esta rueda. Imaginen que éste es un espiritual zodiaco que de esta manera –paso a paso– se ha de andar y repetir después de andado. Pues de este espiritual proceso y movimiento depende todo nuestro bien, así como del proceso del sol a lo largo del zodiaco depende el gobierno de este mundo inferior.

Mas los que tienen la vida más desocupada, como son las personas eclesiásticas y religiosas, cuyo oficio es dedicarse a Dios y rogar por los pecados del mundo, y otras que también están más libres de ocupaciones, pueden muy bien recogerse dos o tres veces al día, y conforme a esto deben repartir estos misterios de tal manera que para cada uno de estos tiempos tengan sus pasos asignados en los que puedan ocuparse, y acabado este proceso, tornar –como dijimos– a comenzar de nuevo.

Y se señala tan copiosa materia para esto con el fin de no obligar a la persona a pensar cada día una misma cosa, porque esto podría causar hastío en los menos perfectos. Mas, por el contrario, la novedad de los misterios ayuda mucho a despertar la devoción – como dice santo Tomás en un opúsculo¹⁷–. De dónde nace que muchas veces los novicios suelen tener al principio de su conversión mayores fervores y gustos sensibles de Dios que después, siendo más avanzados, porque la novedad y la grandeza del conocimiento de las cosas no experimentadas causan en ellos mayor sentimiento y admiración.

¹⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Opuscula theologica*, vol. II, Taurini-Romae, Marietti, 1954.

PARTES DE LA ORACIÓN MENTAL

Doctrina espiritual

Ed. Huerga: XIV/91-92; ed. Cuervo: XIV/59-60.

Es de notar que antes de una meditación pueden preceder algunas cosas y seguirse otras, que están anexas y son como vecinas de ellas.

[1] Porque primeramente, antes de que entremos en la meditación, es necesario *preparar* el corazón para este santo ejercicio, que es como quien templó la guitarra para tocarla.

[2] Después de la preparación se sigue la *lectura* del paso que se ha de meditar en aquel día, según el reparto de los días de la semana [...]. Dicho reparto es, sin duda, necesario al principio, hasta que la persona sepa lo que ha de meditar.

[3] Después de la *meditación* [4] se puede seguir una devota *acción de gracias* por los beneficios recibidos, y [5] un *ofrecimiento* de toda nuestra vida y de la de Cristo nuestro Salvador, en recompensa por ellos.

[6] La última parte es la *petición*, que propiamente se llama «oración», en la cual pedimos todo aquello que conviene tanto para nuestra salvación como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden intervenir en la oración, las cuales entre otros provechos tienen también éste: que dan a la persona más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todos estos tipos de alimentos, para que si no pudiere comer de uno, coma de otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, entre entonces en otra, donde se le ofrezca otra cosa en qué meditar.

Pero considero que ni todas estas partes ni este orden son siempre necesarios: aunque esto servirá para los que comienzan, para que tengan algún orden e hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto, de ninguna cosa que aquí dijere quiero que se haga ley perpetua ni regla general: porque mi intento no fue hacer una ley, sino una introducción para poner a los nuevos en este camino, en el

cual, después de que hubieren entrado, el uso y la experiencia, y mucho más el Espíritu Santo, les enseñarán lo demás.

1. Preparación antes de orar

(Continuación) *Doctrina espiritual*

Ed. Huerga: XIV/93-94; ed. Cuervo: XIV/60-61.

Ahora estará bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primeramente de la preparación, que es la primera de todas.

Puesto en el lugar de la oración de rodillas, o de pie, o en cruz, o postrado, o sentado si de otra manera no pudiere estar, hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginación, y ha de apartarla de todas las cosas de esta vida, y levantará su entendimiento arriba, considerando que lo mira nuestro Señor.

Y estará allí con aquella atención y reverencia como si realmente le tuviese presente y con un general arrepentimiento de sus pecados. Si es la oración de la mañana, dirá la *confesión general*, y si es la oración de la noche, *examinará su conciencia* de todo lo que aquel día ha pensado, y hablado, y obrado, y oído, y del olvido que de nuestro Señor ha tenido. Y doliéndose de los defectos de aquel día y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante de la divina Majestad, ante quien está, dirá aquellas palabras del santo patriarca [Moisés]: «Hablaré a mi Señor, aunque yo sea polvo y ceniza»¹⁸.

Y con el fundamento de estas dos palabras, se puede un poco detener pensando quién es él y quién es Dios, para humillarse profundamente ante tan gran Majestad. Porque él es un abismo de infinitos pecados y miserias, y Dios un abismo infinito de riquezas y grandezas. Y con esta consideración le hará una gran reverencia, y se humillará delante de tan gran Majestad.

Y junto con esto, suplique al Señor que le dé gracia para que esté allí con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante

¹⁸ Gn 18,27.

tan soberana Majestad, y que así gaste aquel tiempo de la oración que salga de ella con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio. Porque la oración que no produzca luego este fruto, muy imperfecta es, y de muy bajo valor.

2. Lectura

(Continuación) *Doctrina espiritual*

Ed. Huerga: XIV/95; ed. Cuervo: XIV/61.

Acabada la preparación, se sigue luego la lectura de lo que se ha de meditar en la oración. La cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada, aplicando a ella no sólo el entendimiento [con la mente] para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad [con el corazón], para sentir lo que se entiende. Y cuando hallare algún paso devoto, deténgase más en él, para mejor sentirlo. Y no sea muy larga la lectura, para que se dé más tiempo a la meditación, que es tanto de mayor provecho cuanto más despacio y con más afectos se rumian e interiorizan las cosas.

Pero cuando tuviere el corazón tan distraído que no pueda entrar en la oración, se puede detener algo más en la lectura, o juntar en uno la lectura con la meditación, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro y otro de la misma manera. Porque yendo de esta manera atado el entendimiento a las palabras de la lectura, no tiene tanto lugar de dispersarse por diversas partes como cuando va libre y suelto.

Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos, y en perseverar y luchar -como otro Jacob durante toda la noche¹⁹- en el trabajo de la oración. Porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dando nuestro Señor la devoción, u otra gracia mayor, la cual nunca se niega a los que fielmente pelean.

¹⁹ Cf. Gn 32,22-32.

3. Meditación

(Continuación) *Doctrina espiritual*

Ed. Huerga: XIV/97-99; ed. Cuervo: XIV/61-63.

Después de la lectura se sigue la meditación del paso que hemos leído. Y ésta unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, el Juicio Final, el infierno o el Paraíso; otras es de cosas que conciernen más al entendimiento que a la imaginación, como es la consideración de los beneficios de Dios, de su bondad y misericordia, o cualquier otra de sus perfecciones.

Esta meditación se llama *intelectual* y la otra *imaginaria*. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según lo requiera la materia de las cosas. Y cuando la meditación es imaginaria, hemos de figurar cada cosa de éstas de la manera que ella es, o de la manera que pasaría, y hacernos cuenta de que en el propio lugar donde estamos pasa todo aquello en presencia nuestra, para que con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y sentimiento de ellas.

Mas ir a meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares, es cosa que suele debilitar y hacer daño a las cabezas. Y por esta misma razón no debe la persona hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, por no fatigar en esto la cabeza.

Y porque la principal materia de la meditación es de la sagrada pasión, advertimos aquí que en este misterio se pueden considerar cinco principales puntos o circunstancias que en ella intervinieron, a saber: quién es el que padece, qué es lo que padece, por quién padece, de qué manera padece y por qué causa padece.

- Pues en cuanto a lo primero, que es *quién padece*, digo que padece el Creador del cielo y la tierra; el Hijo de Dios, suma bondad y sabiduría, el inocentísimo y santísimo Hijo de la Virgen.
- En cuanto a lo segundo, *qué es lo que padece*, digo que padece gravísimos dolores tanto en el alma como en el cuerpo. Porque en el alma padeció una inabarcable angustia,

considerando la ingratitud de los seres humanos acerca de este sumo beneficio, la compasión de su inocentísima y santísima Madre, los pecados del mundo presentes, pasados y venideros, por los cuales padecía. Mas en el cuerpo padeció frío, calor, hambre, cansancio, vigilias, injurias, traiciones, fue vendido por su discípulo, sudó gotas de sangre, fue escupido, abofeteado, desamparado, calumniado, falsamente acusado, azotado, escarnecido, vestido con vestidura de loco, coronado de espinas, tenido en menos que Barrabás, inicuaamente condenado, crucificado entre dos ladrones, bebió hiel y vinagre, y al final murió una muerte afrentosa en el monte Calvario en el día de la mayor solemnidad.

- Lo tercero que se debe considerar es *por quién padeció*. Y nos consta haber padecido por el desobediente e ingrato ser humano, creado de la nada, que de sí no puede ni sabe ni vale nada; por una criatura de la cual Él jamás había tenido ni debía tener necesidad alguna; por una criatura que le había ofendido y que le debía ofender y desobedecer tantas veces.
- Lo cuarto que se debe considerar es *cómo padeció*. Y hallaremos que padeció con tanta paciencia y mansedumbre, que jamás se indignó contra nadie; con tanta humildad, que escogió la más ignominiosa muerte de aquel tiempo; con tanta prontitud, que salió al encuentro de sus contrarios; con tanta caridad, que sanó la oreja de quien le prendía; y miró con ojos de misericordia al que lo negaba; y rogó por los que le crucificaban.
- Lo quinto que se debe considerar es *por qué causa padeció*. Y nos consta que padeció para satisfacer a la justicia divina y aplacar la ira del Padre, por cumplir las promesas hechas a los patriarcas y profetas, para librarnos del infierno y hacernos capaces del Paraíso, para mostrarnos el camino del Cielo con su perfecta obediencia, para confundir a los demonios que por soberbia perdieron lo que los seres humanos ganan por humildad.

4. Acción de gracias

(Continuación) *Doctrina espiritual*

Ed. Huerga: XIV/101-102; ed. Cuervo: XIV/63-64.

Después de la meditación se sigue la acción de gracias, para lo cual se debe recordar la meditación pasada, dando gracias a nuestro Señor por el beneficio que en aquello nos hizo. Si la meditación fue de la pasión, debemos dar gracias a nuestro Señor porque nos redimió con tantos sacrificios; y si fue de los pecados, porque nos esperó sufridamente tanto tiempo; y si de las miserias de esta vida, por las muchas de las que nos ha librado; y si del paso de la muerte, porque nos libró de los peligros de ella y esperó sufridamente; y si de la gloria del Paraíso, porque nos creó para tanto bien; y así de lo demás.

Con estos beneficios juntará todos los otros de los que arriba tratamos, que son: el beneficio de la creación, conservación, redención, vocación, etcétera. Y así dará gracias a nuestro Señor porque le hizo a su imagen y semejanza, y le dio memoria para que se acordase de Él, y entendimiento para que lo conociese, y voluntad para que lo amase, y porque le dio un ángel que lo guardase de tantos sacrificios y peligros, y de tantos pecados mortales, y de la muerte – cuando estaba en ellos, que no fue menos que librarle de la muerte eterna–, y porque le hizo nacer de padres cristianos, y le dio el sagrado bautismo, y en él le dio su gracia, y le prometió su gloria y le recibió como hijo.

Y con estos beneficios junte los demás beneficios generales y particulares que conoce haber recibido de nuestro Señor; y por éstos y por todos los otros, así públicos como secretos, le dará todas cuantas gracias pudiere, y animará a todas las criaturas, así del Cielo como de la tierra, para que le ayuden en este ejercicio, y con este espíritu podrá decir aquel cántico: «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos...»²⁰.

²⁰ Dan 3,57.

5. Ofrecimiento

(Continuación) *Doctrina espiritual*

Ed. Huerga: XIV/103; ed. Cuervo: XIV/64-65.

Dadas de todo corazón al Señor las gracias por todos estos beneficios, después exclama naturalmente el corazón, en aquel afecto del profeta David, diciendo: «¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?»²¹.

A este deseo satisface el ser humano en cierto modo dando y ofreciendo a Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle. Y para esto primeramente debe ofrecerse a sí mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos, para que haga de él todo lo que quisiere; y ha de ofrecer juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padeciere, para que todo sea gloria y honra de su santo Nombre.

Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los sacrificios que en este mundo por su obediencia padeció, desde el pesebre hasta la Cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra y herencia que Él nos dejó en el Nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este tan gran tesoro.

Y así como no es menos mío lo dado de gracia que lo adquirido por mi lanza, así no son menos míos los méritos y el derecho que Él me dio, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto no menos puede ofrecer el ser humano esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su orden todos estos servicios y trabajos y todas las virtudes de su vida santísima, su obediencia, su paciencia, su humildad, su caridad, con todas las demás, porque ésta es la más rica y más preciosa ofrenda que le podemos ofrecer.

²¹ Sal 116,12.

6. Petición

(Continuación) *Doctrina espiritual*

Ed. Huerga: XIV/105-106; ed. Cuervo: XIV/65-66.

Ofrecida esta tan rica ofrenda, seguidamente podemos entonces pedir mercedes por ella. Y primeramente pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como a su único y verdadero Dios y Señor, diciendo desde lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del profeta [David]: «Que te confiesen los pueblos, Señor, que te confiesen los pueblos»²².

Roguemos también por las autoridades de la Iglesia, como son el Papa, los cardenales, los obispos, con todos los otros ministros y autoridades inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleven a todas las personas al conocimiento y obediencia de su Creador.

Y asimismo debemos rogar, como lo aconseja san Pablo²³, por los reyes y por todos los que están constituidos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos una vida quieta y reposada, porque esto es bien visto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todas las personas se salven y vengan al conocimiento de la verdad.

Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico: por los justos, que el Señor los conserve; y por los pecadores, que los convierta; y por los difuntos, que los saque misericordiosamente de tanto sacrificio y los lleve al descanso de la vida perdurable.

Roguemos también por todos los pobres, enfermos, encarcelados, cautivos, etcétera, que Dios por los méritos de su Hijo les ayude y libre de mal.

Y después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos entonces para nosotros. Y aquello que le hemos de pedir, su misma necesidad se lo enseñará a cada uno, si bien se conociere.

²² Sal 67,4.

²³ Cf. 1Tim 2,1-2.

Y con esto pidamos, por los méritos y sacrificios de nuestro Señor, perdón de todos nuestros pecados y enmienda de ellos. Y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios a los que somos más inclinados y más tentados, descubriendo todas estas llagas a aquel Médico celestial, para que Él las sane y cure con la unción de su gracia.

Después de esto, acabe con la petición del amor a Dios, y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos, pues en ella consiste todo nuestro bien.

SIETE AVISOS SOBRE LA ORACIÓN

Doctrina espiritual

Ed. Huerga: XIV/111-115; ed. Cuervo: XIV/69-74.

Ahora hablaremos sumariamente de la manera y forma en que se podrá tener la meditación. Y aunque de esta materia el principal maestro es el Espíritu Santo, la experiencia nos ha mostrado que también son necesarios algunos avisos en esta parte, porque el camino para ir a Dios es arduo y tiene necesidad de guía, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y desencaminados.

Primero. Sea pues el primer aviso éste: que cuando nos pusiéremos a considerar alguna cosa de las susodichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados a ella que tengamos por mal hecho pasar de aquella a otra, cuando halláremos en ésta más devoción, más gusto, o más provecho. Porque como el fin de todo esto es la devoción, lo que más sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por pequeñas causas, sino con ventaja conocida.

Segundo. Sea el segundo, que trabaje la persona por evitar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure de tratar este ejercicio más con afectos y sentimiento de la voluntad, que con discursos y especulaciones del entendimiento. Porque sin duda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración a meditar los misterios divinos, como si los estudiasen para predicar, lo cual más es derramar el espíritu que recogerlo, y andar más fuera de sí que dentro de sí.

Pues para acertar en este ejercicio, acérquese la persona con el corazón de una viejecica ignorante y humilde, y más con la voluntad dispuesta y preparada para sentir y aficionarse a las cosas de Dios, que con un entendimiento listo y atento para escudriñarlas; porque esto es propio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

Tercero. El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este ejercicio a la voluntad, mas el

presente pone también su tasa y medida a la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio.

Para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar, no es cosa que se ha de alcanzar a fuerza de brazos –como algunos piensan, los cuales, con demasiados ahíncos y tristezas forzadas, y como fingidas, procuran alcanzar lágrimas y compasión, cuando piensan en la pasión del Salvador–, porque esto suele secar mas el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña [Juan] Casiano²⁴. Y además de esto suelen estas cosas hacer daño a la salud corporal, y a veces dejan al ánimo tan atemorizado con el sinsabor que allí recibió, que teme volver otra vez al ejercicio, como a cosa que experimentó haberle dado mucha pena.

Conténtese, pues, la persona con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente a lo que el Señor padeció, mirando con una vista sencilla y sosegada, y con un corazón tierno y compasivo y preparado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar, lo que por él padeció, más dispuesto para recibir el afecto que su misericordia le diere, que para exprimirlo él a fuerza de brazos.

Y hecho esto, no se entristezca por lo demás, cuando no le fuere dado.

Cuarto. De todo lo susodicho podremos deducir cuál ha de ser la manera de atención que debemos tener en la oración, porque aquí principalmente conviene tener el corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado a lo alto.

Mas así como es necesario estar aquí con esta atención y recogimiento del corazón, así por otra parte conviene que esta atención sea templada y moderada, para que no sea dañina a la salud, ni impida la devoción, porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos en lo que piensan – como ya dijimos–; y otros hay que, por huir de este inconveniente, están allí muy flojos y remisos y muy fáciles para ser llevados por todos los vientos.

²⁴ Cf. Juan CASIANO, *Collationes*, IX, 30: PL 49, 807.

Para huir de estos extremos conviene llevar tal moderación, que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por donde quisiere. De manera que, así como solemos decir al que va sobre un caballo malicioso que lleve la rienda tensa, a saber: ni muy apretada ni muy floja, para que ni vuelva atrás ni camine con peligro; así debemos procurar que vaya nuestra atención moderada y no forzada con cuidado ni con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace, suelen faltar más adelante las fuerzas, como le faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha prisa al caminar.

Quinto. Mas, entre todos estos avisos, el principal es que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio, cuando no siente entonces aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es esperar con constancia y perseverancia la venida del Señor, porque a la gloria de su Majestad, y a la bajeza de nuestra condición, y a la grandeza del ejercicio que tratamos, corresponde que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando de esta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante de Él, y reconoce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber hecho allí sacrificio de ti mismo y negado tu propia voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado contigo mismo, y hecho por lo menos eso que era de tu parte.

Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, baste que lo adoraste «en espíritu y en verdad»²⁵, como Él quiere ser adorado. Y créeme cierto que éste es el paso más peligroso de esta navegación y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si de éste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Sexto. Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario, avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier

²⁵ Jn 4,23.

gustillo que halla en su oración, como hacen algunos que, derramando una lagrimilla y sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que ya han cumplido con su ejercicio. Esto no basta para lo que aquí pretendemos.

Porque, así como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojar la tierra de fuera, sino que es necesaria tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje saciada de agua para que pueda fructificar, así también es acá necesaria la abundancia de este rocío y agua celestial para dar fruto de buenas obras. Pues por esto con mucha razón se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el más largo espacio que pudiéremos. Y mejor sería un rato largo que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginación y aquietar el corazón y, después de ya quieto, nos levantamos del ejercicio cuando [sin embargo] lo tendríamos que comenzar.

Y descendiendo más en particular a concretar este tiempo, me parece que todo lo que es menos de hora y media o dos horas es corto plazo para la oración, porque muchas veces se pasa más de media hora en afinar la guitarra, que es en aquietar –como dije– la imaginación, y todo el otro espacio es necesario para gozar del fruto de ella.

Es verdad que cuando el ejercicio se tiene después de algunos otros santos ejercicios, más dispuesto se halla el corazón para este ejercicio y, así como en leña seca, mucho más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de la madrugada permite ser más corto, porque es el más preparado de cuantos hay para este ejercicio.

Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su pequeña contribución junto a la pobre viuda en el templo²⁶, porque si esto no se debe a su negligencia, Aquél que todas las criaturas provee conforme a su necesidad, le proveerá a él también.

Séptimo. Conforme a este documento se da otro semejante, y es que, cuando el alma fuere visitada en la oración –o fuera de ella– con

²⁶ Cf. Mc 12,43.

alguna particular visitación del Señor, no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece, porque es cierto que con este viento navegará la persona más en una hora, que sin él en muchos días.

Así se dice que lo hacía Nuestro Padre Santo Domingo²⁷, de quien se escribe que era tan particular el cuidado que en esto tenía que, si andando camino le visitaba nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante a los compañeros, y él se estaba quieto hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del Cielo.

Los que así no lo hacen, suelen comúnmente ser castigados con esta pena: que no hallen a Dios cuando lo busquen, pues, cuando Él los buscaba, no los halló.

²⁷ Cf. ANTONINO DE FLORENCIA, *Chronicorum*, III P, tít. 23, cap. 2 (ed. Lugduni, 1586, f. 607b).

CONSEJOS PARA AVANZAR EN EL CAMINO DE LA ORACIÓN

No confundir la destreza humana con la gracia divina

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/452-454; ed. Cuervo: II/427-429.

Aquí también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho [...], se han de tomar como unos instrumentos con los que la persona se dispone para la divina gracia, quitando toda la confianza en sí misma, y en todos sus ejercicios, y poniéndola sólo en Dios.

Digo esto, porque hay algunas personas que hacen una como destreza con todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que, así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas de él, por virtud de ellas saldrá entonces hecho un buen operario, así también el que estas reglas guardare, por virtud de ellas alcanzará entonces lo que desea, sin mirar que esto es hacer destreza [humana] de la gracia [que es divina], y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es puro regalo y misericordia del Señor.

Y a este error ha dado ocasión la mala manera de enseñar de algunos libros espirituales, los cuales de tal manera ponderan sus reglas y las enseñan, como si sólo ellas, sin la ayuda de la gracia, bastasen para alcanzar lo que desean. De manera que, así como un alquimista enseñaría a hacer oro de alquimia, diciendo: «Tomad tal y tal material, y dadles un cocimiento de ésta y esta manera, y entonces sacaréis oro fino»; así ellos dicen: «Haced tales y tales cosas, y decid tales y tales palabras, y entonces por aquí alcanzaréis el amor a Dios».

Ésta es una manera de enseñar muy ajena al estilo y autoridad de los Santos Doctores [de la Iglesia], y muy perjudicial a la honra de la divina gracia; porque, como todo este ejercicio es gracia y misericordia de Dios, se ha de tratar como ejercicio, no de destreza, sino de gracia; porque, tomándolo de esta manera, sepa el ser humano que el principal medio con el que para esto se ha de disponer, es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza de la divina misericordia; para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas

lágrimas y oraciones, con las cuales, entrando la persona por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad, y lo agradezca con humildad, sin tener ningún exceso de confianza, ni en su manera de hacer los ejercicios, ni en cosa suya propia.

Mas, aunque esto sea así, no se excluye por esto la doctrina y aviso de lo que se debe hacer; porque, aunque el que planta y el que riega no sean los que hacen crecer las plantas, sino Dios, todavía quiere Él que se plante y riegue, para que Él dé crecimiento.

Cierto es que una de las cosas que más requieren guía y consejo es la vida espiritual, y mucho más el ejercicio de la oración, ya que así como es delicado y más divino, así requiere más consejo y aviso. Y por esto, así como no conviene enseñar esto como si fuese una destreza, por no hacer ofensa a la gracia, así conviene darse aviso de todo lo necesario, por no equivocarse el camino.

Porque por experiencia vemos que algunas personas, tras muchos años, aprovechan poco estos ejercicios; y otros, que todo el día se les va en rezar un infinito número de oraciones vocales, no se detienen jamás a pensar un poquito en Dios, ni aun en aquello mismo que rezan. Y así, a éstos como a los demás convenía dar esta doctrina, para que sus trabajos fuesen más fructíferos.

La experiencia interior de los más ejercitados en la oración

(Continuación) *Libro de la oración y meditación*

Ed. Huerga: I/454-455; ed. Cuervo: II/429-430.

También aquí es de notar que las lecturas meditativas [...] principalmente sirven a los que comienzan, para que tengan unas como cuerdas a las que se puedan agarrar, con las que anden por este nuevo y no sabido camino. Mas después de ejercitados en él, no es necesario que perseveren siempre en estos mismos pasos, sino que acudan adonde el Espíritu Santo los encaminare; pues suele sacar a sus discípulos de esta escuela para otras mejores.

Y así, unos hay que salen de aquí a la consideración de las perfecciones divinas, y de sus grandes maravillas y beneficios, para crecer cada día más con esta consideración en el amor de Aquél que

es infinitamente bueno, y generoso, y admirable en todas sus obras. Otros hay que se dan a la meditación de las Sagradas Escrituras –que es un océano de infinitas maravillas–, como lo hicieron muchos Santos Doctores [de la Iglesia], y lo hacían también muchos de aquellos Padres del desierto. Otros hay que tienen suficiente materia de meditación en las cosas que han pasado por ellos, y que han experimentado en sí y en otros, así en obras de gracia como de justicia y juicio de Dios.

Porque si la persona abre bien los ojos, y quiere mirarse de pies a cabeza, desde el día de su concepción y nacimiento hasta el tiempo presente, hallará tantas cosas propias en las que pensar, así de los beneficios y providencias que Dios ha usado con él, como de los peligros de los que lo ha sacado, y de los favores y regalos que le ha hecho, que tendrá mucha materia en la que poderse ocupar.

Pues, ¿qué diré de los juicios admirables de Dios que cada día acontecen: de los castigos de su justicia, de los milagros de su providencia, y de las obras de su gracia, que cada día vemos en muchos de sus siervos; o de las caídas no pensadas de muchos que se tenían por seguros? No esté la persona asentada como una piedra sobre otra piedra, sino mire y note todo lo que pasa en este gran mirador y teatro de la casa de Dios, pues siempre tendrá nuevas cosas en qué pensar.

Otras personas hay más bien liberadas, a quien cierra Dios la vena de la demasiada especulación y abre la del afecto, para que, sosegado y quieto el entendimiento, repose y disfrute la voluntad sólo en Dios, empleándose toda ella en el amor y el gozo del sumo Bien. Éste es el estado perfectísimo de la contemplación, a la que siempre hemos de anhelar, donde ya la persona no busca con la meditación incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su indagación y deseo, diciendo con la esposa en el Cantar de los Cantares: «He hallado al que ama mi alma; le tengo, no le dejaré»²⁸. Aquí con menor trabajo hay mayor gozo y mayor provecho; y porque el trabajo de la meditación es menor, puede ser el tiempo del recogimiento más largo con menos fatiga del cuerpo; y de esta manera, perseverando Moisés en su oración, con las

²⁸ Can 3,4.

manos en alto, viene a continuarse la victoria de la batalla contra Amalec²⁹.

Las meditaciones espirituales no son para todas las personas

(Continuación) *Libro de la oración y meditación*

Ed. Huerga: I/455-456; ed. Cuervo: II/430-432.

Mas es de notar que, aunque a los principiantes les es muy conveniente ejercitarse en las lecturas meditativas [...], sin embargo, no es esto ni del todo necesario, ni aun posible, a todo género de personas. Porque muchos hay que por enfermedad, mayormente si es de cabeza, no pueden sin mucho peligro y daño de la salud darse a estos ejercicios, mayormente cuando son principiantes; porque los que están ya más ejercitados en tiempo de salud, mejor pueden continuar esto en tiempo de enfermedad.

Otros hay tan dados y tan obligados a ocupaciones exteriores, que ni pueden dejarlas sin pecado, ni tienen con ellas lugar para darse al recogimiento, ni pueden entrar en él.

Otros hay que tienen el alma tan inquieta, y tan indevota y seca, que por mucho tiempo y cuidado que pongan, ninguna cosa parece que aprovechan. Estos no deben desistir de su demanda, sino todavía perseveren llamando a las puertas de Aquél que nunca falta a los que humildemente perseveran y le llaman. Mas si, con todo esto, vieren que esta puerta no se les abre, no deben por eso desconsolarse, sino antes considerar que el espíritu de la oración mental es un regalo que nuestro Señor da a quien Él desea. Y dado que a ellos no se da, conténtense con rezar vocalmente algunas oraciones, o pasos de la pasión [del Señor]; y como fueren rezando, así vayan, aunque brevemente, pensando en aquel misterio, y tengan alguna imagen devota delante, porque todo esto ayudará a su devoción. Y señaladamente les aprovechará para esto leer algunos libros devotos, con tal de que los lean con sosiego y atención, haciendo [...] sus estaciones y paradas en los pasos más señalados, y levantando allí el corazón a nuestro Señor, conforme a lo que pidiere la materia de aquel lugar. Éste es el mayor remedio que se halla para los corazones

²⁹ Cf. Ex 17,11.

secos e indevotos; porque por aquí los suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la meditación.

Hay otros también que toda la vida gastan en pensar sus pecados, y no osan pensar en la pasión de Cristo, ni en otra cosa que les dé alegría y fortaleza. Los cuales [...] no aciertan en esto, según dice san Bernardo³⁰, porque, más allá de superar algunas tentaciones por ahondar mucho en esta materia, no es razón que anden siempre los siervos de Dios con esta manera de tristeza y decaimiento.

Lo contrario de lo cual hacen otros, que el primer día que comienzan olvidan del todo sus pecados, y con liviandad de corazón quieren entonces volar a pensamientos más altos. A los cuales está cercana la caída, como a edificio sin cimientos. Y los tales, si después quieren ponerse a pensar cosas humildes, no aciertan, ni pueden, por estar ya engolosinados en cosas más sabrosas; y así quedan sin lo uno y sin lo otro, que es sin andar y sin volar.

Por tanto, conviene que al principio nos ocupemos más en el pensamiento de los pecados que en otros, por devotos que sean; y después, poco a poco, iremos dejando este pensamiento, y acercándonos cada día más al de la sagrada pasión; aunque nunca del todo debemos estar sin el uno o sin el otro.

Y si algunos hubiere que en nada de esto hallen devoción, y sintieren que de mejor gana piensan otra cosa, ya sea pensando sobre la muerte, o sobre el infierno, o sobre el Cielo, o sobre cualquier otra materia, no lo desechen de sí; sino entren por la puerta que hallaren abierta, porque aquella es por donde Dios quiere que entren.

El tiempo que ha de durar la oración

Memorial de la vida cristiana II

Ed. Huerga: V/60-62; ed. Cuervo: III/286-288.

Por lo menos, todo buen cristiano debería procurar de tomar cada día tanto tiempo para darse a la oración, cuanto bastase para traer su corazón devoto, y recogido, y fortalecido para todo lo que

³⁰ Cf. BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones de diversis*, sermo 5: PL 183, 556.

hubiese de hacer. De manera que, así como los hijos de Israel cogían tanto de aquel maná que Dios les enviaba en el desierto, cuanto bastaba para el sustento de aquel día que lo cogían³¹, así nosotros deberíamos procurar cada día tanta devoción, cuanta bastase para conservar la vida espiritual en aquel día, sin desfallecer en los sacrificios, ni resbalar en los pecados, porque lo que era el maná para la sustentación de aquella vida, eso es la devoción y oración para el reparo y la conservación de ésta. Pues así como allí había un calor corporal que tenía necesidad del reparo de aquel sustento, así acá hay otro calor pestilencial –así de la naturaleza corrupta como de la misma vida humana–, que no menos tiene necesidad de este reparo continuo. Lo cual declara y encomienda el bienaventurado san Gregorio en el *Pastoral* por estas palabras:

«Porque nuestro corazón se dispersa y enfría continuamente con el uso del hablar, y la conversación y comunicación cotidiana con los seres humanos hace aflojar la solicitud y circunspección que debíamos tener para las cosas de Dios, conviene mucho reparar continuamente esta falta con la meditación de las palabras de la Escritura divina. Y porque la compañía de las personas del mundo nos lleva siempre a las costumbres de la vida vieja, conviene que el ejercicio de la compunción nos renueve siempre el amor de la patria celestial. Y dado que vemos que el desasosiego de las ocupaciones exteriores derriba cada día nuestro corazón, conviene siempre trabajar por levantarlo con el ejercicio de la meditación y oración»³². Hasta aquí son palabras de san Gregorio.

Pues, conforme a esta doctrina, debe el siervo de Dios entrar en cuenta consigo mismo, y según la forma de vida que tiene, mirar el gasto ordinario de su conciencia y, conforme a esto, proveer el recibo de tal manera que, todo lo que por una parte gasta la mala inclinación de nuestra carne, lo restaure la devoción del espíritu, y lo que perdemos con la conversación de las personas, lo cobremos con la comunicación de Dios.

Pues para esto hace mucho al caso tener entre la noche y el día algunas horas señaladas para qué sin ocupaciones podamos más libre

³¹ Cf. Ex 16,21.

³² GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, lib. II, cap. 11: PL 77, 48.

y enteramente dedicarnos a Dios. Porque del espíritu y devoción que aquí se concibe, queda muchas veces tan tomado el corazón, y tan preso de la devoción, que siempre disfruta de perseverar en lo mismo, y abre de mala gana la puerta a lo que esto puede impedir. De suerte que, así como el cuerpo anda con fuerzas y vigor con la virtud del sustento que recibe una o dos veces al día, así lo anda también el hombre interior con la virtud de esta comida celestial.

Para lo cual señaladamente son muy encomendados dos tiempos, el de la mañana y el de la noche [...]. Y así lo muestra con su ejemplo el profeta Isaías, cuando dice: «Mi alma, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas por la mañana te velaré a Ti»³³. Y el santo rey David: «Madrugaron -dice él-, Señor, mis ojos por la mañana para meditar las palabras y misterios de vuestra ley»³⁴.

Y ciertamente, es cosa mucho para notar, el ver cómo un tan gran rey, sobre quien cargaban tan grandes ocupaciones, así de paz como de guerra, y que con tantas mujeres estaba casado, que tuviese el corazón tan libre y tan desapegado de todas las cosas, que el primero y el mayor de todos sus cuidados fuese madrugar por la mañana, no sólo para orar, que es cosa que se puede hacer brevemente, sino para meditar en las palabras y las obras de Dios, que requiere más largo espacio y sosiego de corazón. Y con ser tan importantes las ocupaciones de los reyes, y que tanto tiempo demandan, no por eso se excusaba el santo rey de tomar tanta parte del mejor tiempo del día para dedicarse a Dios y quitarla a las ocupaciones, porque allí disponía y encaminaba mejor dichas ocupaciones, tratándolas primero con Dios.

Mas para que la oración de la mañana sea más perfecta, hace mucho al caso la oración de la noche, porque ésta dispone para la de la mañana, porque como deja el corazón ocupado con santos pensamientos, queda como hecha la cama para esta otra oración, y así suele ser ella más pura y más devota. Para lo cual importa mucho que la persona se acueste con este cuidado, y cuando despierte de noche, despertar con él, y mucho más a la mañana, donde es necesario que el primer pensamiento sea de Dios, y que éste ocupe la posada, y tome la posesión de ella, y cierre con presteza la puerta a todo otro

³³ Is 26,9.

³⁴ Sal 119,148.

pensamiento, porque en aquel tiempo está el alma tan dispuesta y tan viva, que la primera cosa que se imprime en ella de tal manera la prende, que es después muy mala de echar de casa.

Por lo cual, dice san Agustín: «Ni de día ni de noche apartes tu corazón de Dios y, al despedir el sueño de los ojos, luego tu sentido vele en la oración»³⁵. Y el fruto de este trabajo es tan grande, que ordinariamente lleva la persona la vida concertada todo el día, cuando perfectamente cumplió con la oración de la mañana. Y así escribe san Juan Clímaco que uno de aquellos santos Padres del desierto le había dicho que en la oración de la mañana veía todo el curso del día, porque según le iba en aquella oración, así le solía suceder todo lo demás en el mismo día³⁶.

El buen uso del intelecto en el ejercicio de la meditación

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/260-262; ed. Cuervo: II/244-247.

[Como ya dijimos en el segundo aviso], es bueno que trabaje la persona por evitar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure tratar este ejercicio más con afectos y sentimientos de la voluntad que con discurso y especulaciones de entendimiento.

Para lo cual es de saber que el entendimiento, por una parte, ayuda y, por otra, puede impedir la acción de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas.

Porque así como es necesario que el entendimiento vaya delante, guiando a la voluntad y dándole conocimiento de lo que ha de amar, así, cuando es mucha su especulación, impide esta misma acción de la voluntad, porque no le da lugar ni tiempo para que pueda obrar. Por lo que, así como dicen del veneno que se echa en el medicamento que, si es poco, es saludable y necesario, mas si es mucho sería dañino; así podemos a su manera decir en este ejercicio, que el entender a Dios con simplicidad ayuda a la voluntad para que

³⁵ Cf. PSEUDO-AGUSTÍN, *Meditaciones*, cap. 33: PL 40, 926

³⁶ Cf. JUAN CLÍMACO, *Scala paradisi*, XXVI: PG 88, 1036.

más lo ame, pero entenderlo con demasiada especulación impide esa misma voluntad, y hace por entonces más remisa y floja su acción.

Y la razón de esto es porque, ya que la virtud de nuestra alma es finita y limitada, cuanto más emplea su virtud por una parte, tanto menos le queda que emplear por otra; así como la fuente que corre por dos caños que, cuanto más se desagua por el uno, tanto menos tiene que repartir por el otro. Y esto principalmente hace el alma por la acción del entendimiento; por la cual –siendo tan íntima y tan noble– se desagua toda ella de tal manera, que casi nada obra por las otras potencias, cuando el alma está muy atenta y ocupada en dicha acción.

Y así se ve por experiencia que, en cualquier otro ejercicio corporal que se haga directamente, puede uno con más facilidad conservar el afecto de la devoción, que cuando está con el entendimiento especulando algo con atención. Porque son el entendimiento y la voluntad como dos balanzas de nuestra alma, las cuales están de tal manera dispuestas, que el salir de la una es bajar de la otra, y al revés. De manera que, si creciese demasiado la especulación, se reduce el afecto; y si, por el contrario, crece el afecto, se reduce luego la especulación.

Por esto le lisiaron al patriarca Jacob uno de los dos pies cuando le dieron la bendición³⁷. Porque como tiene nuestra alma dos pies para acercarse a Dios, que son el entendimiento y la voluntad, es necesario que cojee y desfallezca el uno, que es el entendimiento en su especulación, si la voluntad, que es el otro, ha de gozar de Dios en el reposo de la contemplación. Y así se ve por experiencia, que si cuando un alma está gozando de Dios se desmanda a querer especular o escudriñar algo del mismo Dios, entonces en este punto pierde la devoción que tenía, y le desaparece de entre los ojos aquel sumo Bien del cual gozaba.

Por lo que, no sin causa, avisa el esposo a la esposa en el Cantar de los Cantares, diciendo: «Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar»³⁸. Pues, por esta causa, se aconseja en este ejercicio que procure la persona especular con el entendimiento lo menos

³⁷ Cf. Gn 32,32.

³⁸ Can 6,5.

curiosamente que sea posible, contentándose con una vista y conocimiento sencillo de las cosas divinas; para que la virtud del alma, recogidas todas sus fuerzas en una, se pueda emplear por esta parte afectiva, amando y reverenciando a aquel sumo Bien.

De lo cual se deduce por qué no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración a meditar los misterios divinos, como si los estudiaran para predicar, lo cual más es derramar el espíritu que recogerlo, y andar más fuera de sí que dentro de sí. De donde nace que, acabada su oración, se quedan secos y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad como lo estaban antes; porque, en verdad, los tales no han orado, sino hablado y estudiado, que es un ejercicio bien diferente de la oración. Deberían los tales considerar que a este ejercicio más acudimos a escuchar que a hablar; pues, como dijo el profeta [Moisés]: «Los que se acercan a los pies del Señor, recibirán de su doctrina»³⁹, como la recibía aquel que decía: «Oiré lo que hable dentro de mí el Señor Dios»⁴⁰.

Pues por esto, sea todo tu ejercicio hablar poco y amar mucho, y dar espacio a la voluntad para que se una con todas sus fuerzas a Dios.

No hemos de picar igualmente con las espuelas a estas dos potencias, ni caminar en este camino con pasos iguales. Particular destreza es necesaria para avivar la voluntad, y sosegar el entendimiento para que no impida con sus tratos propios los del amor. Has de tener en cuenta que vas en un carro de dos caballos, uno apresurado y otro perezoso; y que has de llevar las riendas en la mano con tal destreza, que al uno las aprietes y al otro las aflojes, para que así se aguarden uno a otro.

Y si quieres otro ejemplo más palpable, has de darte cuenta de que el entendimiento se ha de portar con la voluntad como el ama que cría un niño, la cual, después de que le ha masticado el alimento, se lo pone en la boca para que él lo guste y se alimente con él. Porque, de otra manera, si le masticase los bocados, y también se los comiese, dejando al niño sin comer, claro está que le haría manifiesto agravio, pues lo dejaría morir de hambre por comerse lo que le daban para él.

³⁹ Dt 33,3.

⁴⁰ Sal 85,9.

Pues de esta manera se ha de haber el entendimiento con la voluntad, porque a él, como a un ama, corresponde masticar y desmenuzar las verdades espirituales; mas no para que todo el ejercicio pare sólo en esto, sino para que, después de así masticadas, las ofrezca a la voluntad, para que ella las guste y las sienta, y se encienda y confirme más en lo bueno con el sentimiento de ellas.

Bien es que paguen sus aduanas y portazgos las vituallas que entran por las puertas de la ciudad; mas si los porteros se alzasen con toda la provisión, sin dejar llegar nada a la plaza, claro está que los moradores de la ciudad perecerían de hambre. Pues de esta manera, si el entendimiento, que es como la primera puerta de nuestra alma por donde le ha de entrar el sustento espiritual, se toma para sí todo lo que debía pasar por él, ¿cómo estaría la voluntad, sino desnutrida y seca y necesitada de todo bien?

El perro del cazador, si es bueno, no se come la liebre que ha cazado, sino que la guarda fielmente para cuando llegue su señor. Pues de esta misma manera debe actuar nuestro entendimiento cuando hubiere cazado alguna de estas altas y secretas verdades, pues no se ha de entregar él a solas en ella; sino antes entregarla a la voluntad, para que ella, como señora en esta parte, se sirva de ella.

Dichosas son, por cierto, algunas personas devotas y simples, las cuales, así como saben poco, así cuando se acercan a Dios les hace poco estorbo el ejercicio del entender; y así hallan su voluntad más tierna y más preparada para toda piadosa afección.

Pues si quieres saber cómo se ha de hacer esto, entre otras muchas maneras que para ello hay, podrás usar ésta: en cualquier cosa buena que pienses en la oración, o fuera de ella, procura irte luego con ella a Dios, como hace el niño, que con todas las cosas que halla se va luego a su madre. Y allí habla tú con Él, y conforme a lo que hallares en ella, así puedes levantar tu corazón a amar, o adorar, o reverenciar, o alabar a Dios por ella; y de allí tomar ocasión para humillarte delante de Él, y pedirle su gracia.

Ayuda también a esto mismo el espíritu de la verdadera humildad; el cual hace estar a la persona delante de Dios muy empobrecida y desnuda, y muy postrada ante aquella soberana Majestad, procurando más pedirle misericordia para las grandes

miserias que conoce en sí, que de escudriñar la grandeza de sus misterios para entenderlos. Y así viene a estar delante de Dios como estaría un malhechor sentenciado a muerte cuando entrase en el palacio del rey a pedirle perdón, el cual iría con tanto sentimiento de su miseria, que apenas tendría ojos ni corazón para ver ni sentir otra cosa más que su peligro⁴¹.

El excesivo estudio

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/396-400; ed. Cuervo: II/387-393.

Hay dos tentaciones muy semejantes entre sí, y tanto mayores que otras cuanto tienen más color y apariencia de virtud, con la cual tienen engañado a un gran número de personas, mayormente aquéllas que son más deseosas y celosas del bien común. Y por esto, de ellas principalmente voy ahora a tratar. La primera de éstas es el demasiado apetito que algunos tienen de estudiar y de saber, con el pretexto de aprovechar a otros. [Y la segunda es el inmoderado deseo que algunos tienen de ayudar a los prójimos, con olvido de la propia salvación].

[Respecto a la primera] digo «demasiado», porque cuando es templado y medido con el peso de la razón, no es una tentación sino una virtud muy loable, y un ejercicio muy provechoso para todo género de personas, y más para los jóvenes que con estos ejercicios ocupan sus energías, y excusan la ociosidad, y con ella muchos vicios, y aprenden cómo pueden aprovechar a sí y a otros.

Mas si esto no se toma con templanza, sin duda es gran impedimento para este ejercicio. Y no es maravilla que una cosa tan loable pueda venir a ser tan dañina si no se toma con templanza, porque no es cosa nueva ser dañino el exceso de todas las cosas, aunque sean de suyo buenas y necesarias. ¿Qué cosa más necesaria que el comer, y el beber, y el ejercicio moderado, y las medicinas corporales? Todas éstas son cosas muy buenas y necesarias; mas, si no se toman con templanza, vemos que son perjudiciales y dañinas.

⁴¹ Cf. JUAN CLÍMACO, *Scala paradisi*, VII: PG 88, 807.

Pues esto mismo decimos del demasiado estudio y apetito de saber, el cual sin duda es una mala madrastra del estudio de la oración. Porque esta manera de estudio pide todo el tiempo, y todo el ser humano desocupado; porque, como un filósofo dijo: «El tiempo es el sabio». Porque él es el descubridor de las cosas, y el que hace a los seres humanos sabios; y por otra parte, el estudio de la oración y contemplación requiere tiempo, y necesita también tener al ser humano libre y desembarazado de todo, para que así pueda dedicarse a Dios. Por lo que viene a ser muy grande la disputa sobre cuál de estas partes prevalecerá, y no muy diferente de aquella que había entre las dos hermanas Lía y Raquel, sobre cuál de ellas tendría más parte en su marido [el patriarca Jacob]⁴².

Además de esto, el estudio –más allá de ocupar el tiempo, o la mayor parte de él, por lo mucho que hay que ver, y que trastocar, y por el gran sacrificio que es necesario para salir con algo– es también un ejercicio que, cuando es de mucha especulación, suele secar en algunos el afecto y la ternura del corazón. Porque con las ocupaciones puramente corporales muy bien se sobrelleva tener ocupado el espíritu en lo que quisiéremos; mas cuando el espíritu mete todas las energías y emplea toda su virtud con la parte intelectual, queda mientras tanto la voluntad más ociosa, por desaguarse toda la virtud del alma por la otra parte tan principal. Y por estas dos causas, dijimos arriba que era gran impedimento este de los estudios, tanto porque ocupa mucho tiempo, como porque seca de esta manera el espíritu, y lo uno y lo otro impide mucho este ejercicio.

Mas, con todo esto, hay algunas personas fuertemente atacadas por esta tentación, debido a los grandes instrumentos y motivos que el demonio tiene para combatirlos por esta parte. Porque, primeramente, es muy natural en todos los seres humanos el apetito de saber, como Aristóteles dice⁴³. Y tanto es así, que no supo el demonio con qué cebo más apetitoso pescar a los dos primeros seres humanos que con éste, cuando les dijo que serían como dioses en saber de bien y de mal⁴⁴. Y por ventura de aquí nace que, como entonces con este cebo el demonio consiguió lo que pretendía, supone también que podrá ahora hacer lo mismo, y que como hijos de tales

⁴² Cf. Gn 30,1-24.

⁴³ Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, 1,1.

⁴⁴ Cf. Gn 3,5.

padres, picaremos en lo que ellos picaron, y seremos engañados por el mismo camino, aunque hayamos visto por experiencia cuán mal les sucedió en la jornada.

Con este natural apetito se junta la nobleza del ejercicio y la suavidad que hay en él; porque, en verdad, no parece que haya otro ejercicio más digno de la nobleza del ser humano, que es una criatura racional, que emplearse todo en perfeccionar aquella más noble parte que hay en él, que es la razón; la cual se hace cada día más perfecta con el uso continuo de las letras. Pues la suavidad es tan grande y tan continua, y tan segura, que, como dijo un filósofo: «Sin el estudio de las letras no entiendo que haya en esta vida cosa suave».

Crece aún más este apetito con el de la propia grandeza, que es muy poderoso. Porque claro está que uno de los principales medios y caminos que hay para la honra es el de la sabiduría. Y como los seres humanos tienen tan arraigado en lo íntimo de las entrañas este amor, luego se van a procurar un tan principal medio por donde ella se alcanza, como son las letras y la sabiduría.

Y, sobre todo esto, se añade el pretexto de la piedad, y el distintivo del provecho común que en esto hay, el cual es un bien dignísimo de ser deseado por todos, y mucho más por los perfectos, que sobre todas las cosas lo desean. Por lo que sucede que, muchas veces, con el pretexto de este distintivo, favorece al ser humano sus propios apetitos e inclinaciones, diciendo, y aun creyendo, que hace puramente por Dios lo que [en realidad] hace por otros naturales o viles intereses. Porque, como dice san Bernardo:

«Muchos son los fines por los que los seres humanos desean saber: porque unos desean saber solamente por saber, lo cual es torpe curiosidad; otros quieren saber para que todos lo sepan y conozcan, lo cual es torpe vanidad; y otros quieren saber para vender su sabiduría por honras o por dineros, lo cual es torpe ganancia; y otros hay que quieren saber para aprovechar al prójimo, lo cual es caridad; y otros por aprovechar a sí mismos, y esto es verdadera prudencia»⁴⁵.

⁴⁵ BERNARDO DE CLARAVAL, *In Cant.*, sermo 36: PL 183, 968.

Todos estos fines puede haber en este apetito, en lo cual muchas veces se engaña el ser humano; porque no siente lo que principalmente le mueve, lo cual es un engaño muy grande.

Pues a propósito de esto, si tantas son las cosas que llaman a nuestro corazón a realizar este ejercicio, ¿quién será tan mortificado y tan constante que pueda resistir a todas estas fuerzas? Si, por una parte, nos convida el natural apetito de saber, por otra el deleite natural del estudio, y por otra el apetito de la honra que por aquí se alcanza, y por otra se justifica todo esto con el mérito de la obediencia y con la utilidad nuestra y de la Iglesia, ¿quién será tan fuerte y tan sensato que no se deje llevar por todas estas cadenas?

Pues por esta causa dije que era grande esta tentación, porque tiene grandes garfios para prender el corazón y llevarlo tras sí. ¡Oh, cuántas veces sucede estar el ser humano de rodillas en oración, y a ratos entre los coros de los ángeles, y estar todos estos señuelos ofreciéndose al corazón, solicitándolo y dándole prisa para que finalice aquello que hace, y acuda a cumplir la tarea del estudio cotidiano, a leer sus lecciones, a acabar de pasar tal o cual libro, y finalmente no deja pasar aquel día sin acrecentar algo a la doctrina, aunque sea con menoscabo de su propio aprovechamiento!

Y a veces, es tanta la fuerza de este apetito, que el alma miserable viene a dejar el Cielo por la tierra, y el oro por la escoria, y a cerrar las puertas a las mareas de la divina gracia, por abrirlas a la vena estéril de la sabiduría terrena. ¡Oh, si supiese el que esto hace cuánto es lo que Dios puede enseñar, y en cuán poco tiempo; y cuán poco es lo que puede alcanzar el ingenio humano y cuán a la larga!

Y ya que fuese mucho todo lo que por esa vía se alcanza, es cierto que todo ello aprovecha muy poco sin la sabiduría de Dios. «Si alguno -dice el sabio- fuere perfecto en los hijos de los hombres, y careciere, Señor, de tu sabiduría, en nada sería tenido»⁴⁶. Conforme a lo cual dice san Agustín:

«Bienaventurado, Señor, el que te conoce a Ti, aunque no sepa otra cosa; y miserable el que sabe todas las cosas, si a Ti no te

⁴⁶ Sb 9,6.

conoce. Y si a Ti y a ellas conoce, no es bienaventurado por lo que sabe de ellas, sino por lo que sabe de Ti»⁴⁷.

¿No está claro que vale más una pizca de lo que Dios enseña, que todo lo que pueden enseñar todos los sabios del mundo? La sabiduría del mundo levanta y ensoberbece; mas la de Dios, dice san Agustín, no ensoberbece, sino enamora; ni hace a los seres humanos soberbios y habladores, sino humildes y llorosos.

Pues si mientras Dios así me está enseñando, yo le vuelvo las espaldas y le dejo con la palabra en la boca por acudir a los maestros de la tierra, ¿no le hago una grandísima injuria al Cielo? ¿No desestimo su doctrina, y la tengo en menos que la humana, pues la cambio por ella? ¡Oh, cuán mal sabe apreciar el espíritu de Dios a quién tan poco caso hace de Él!

Y si fuesen pocos los que de esta manera se equivocan, menor sería esta disputa. Mas ¿qué diré, pues casi todo el mundo vive en este engaño? Cuentan que en el estrecho de Magallanes de tres navíos se perdió uno, pero, en éste del que hablamos, de cien apenas escapa uno. ¿Cuántos estudiantes tiene hoy el mundo, y cuán pocos discípulos tiene Cristo?

Y lo que es más para sentir, que aun aquellos que dejan el mundo y entran en la vida religiosa, en aquel tiempo que estaba asignado para esta disciplina, con la cual se debía dejar el *hombre viejo* con todos sus males⁴⁸ y vestir el *nuevo*, como si fuese este ejercicio de pocos días, o de poca importancia, apenas han comenzado a abrir los ojos y a conocer a Dios, entonces los entregan a filósofos paganos y a estudios humanos, donde por muchos años no se oye el nombre ni la palabra de Cristo. Los cuales estudios, aunque por la mudanza de los tiempos y por las importunidades de los herejes sean en parte necesarios, a pesar de eso los deberíamos tener por una gran plaga de nuestra vida, pues nos roban tanta parte del tiempo, y nos hacen tantos años andar como desterrados de la compañía de Cristo. Especialmente considerando que –como dice Gregorio Nacianceno⁴⁹– todas estas letras y disciplinas de paganos son como unos azotes y

⁴⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, V, 4: PL 32, 709.

⁴⁸ Cf. Col 3,9.

⁴⁹ Cf. GREGORIO NACIANCENO, *Oratio theologica prima*: PG 36, 18.

plagas de Egipto, que se nos metieron en la Iglesia por nuestros pecados.

Mas ya que la miserable condición de nuestra vida nos puso en esta necesidad, se debería de aguardar el tiempo conveniente para ella, proveyendo que de tal manera estuviese ya fraguada la obra, y asentado el edificio de las virtudes en el que comienza, para que pudiese sufrir bien esta carga. Mas estando aún tan tierna la obra, estando aún el mozo gustando la leche de Cristo, que lo aparten de estos pechos y lo arrimen a los de los filósofos paganos, donde no hallen otro alimento sino argumentos y sofismas, esto es más para sentir.

Porque, dime, ¿qué es esto, bien mirado, sino hacer lo que hacía aquel crudelísimo Faraón para destruir al pueblo de Dios, cuando mandaba que, nada más nacer, lo ahogasen en las aguas de Egipto⁵⁰? Pues, ¿qué otra cosa vemos en nuestros tiempos, sino que apenas ha comenzado uno a renacer en Cristo, antes de que crezca y tome fuerza el nuevo ser que recibió, entonces lo meten hasta los ojos en estas aguas, donde se ahogue y pierda todo el espíritu que tenía?

Todas las cosas tienen sus tiempos -como dice el sabio- tiempo hay de abrazar y tiempo de alejarse de los abrazos⁵¹. Aquél, cierto, era tiempo de abrazar a Dios, y de cobrar con estos abrazos un amor tan fuerte que no bastasen las crecidas de las muchas aguas para matarlo. Y esto hecho, vendrá el tiempo de alejarse un poco de los brazos, por acudir a las necesidades de nuestros prójimos.

¿Qué otra cosa quiso Dios significar cuando proveyó en la ley que los recién casados no fuesen obligados a tomar armas ni ir a la guerra⁵²? ¿Qué otra cosa quiso significar cuando mandó que no arasen con el primogénito del buey, ni trasquilasen al primogénito de la oveja⁵³, sino dar a entender que este linaje de primogénitos de los que tratamos ha de ser sobrellevado de todas estas cargas y obligaciones, para que pueda emplear todo su caudal en su propio aprovechamiento? Pues contra todas estas leyes actúan los que roban

⁵⁰ Cf. Ex 1,22.

⁵¹ Cf. Ecle 3,5.

⁵² Cf. Dt 24,5.

⁵³ Cf. Dt 15,19.

este tiempo al estudio de la verdadera sabiduría, por entregarse del todo a la sabiduría humana.

La importancia de la humildad en la oración

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/424-428; ed. Cuervo: II/411-414.536-538.

[Como decíamos en el sexto aviso] los que se dan mucho al ejercicio de la oración, y son en ella muy particularmente visitados y consolados por nuestro Señor, no juzguen ni tengan en poco a los que de esto carecen.

Porque hay algunas personas –y quiera Dios que no fuesen muchas– que, por tener algunas lágrimas o algunas consolaciones espirituales, que a su parecer no tienen los otros, se juzgan por mejores y más espirituales que ellos, y a veces tienden a despreciarlos como a personas carnales y sensuales, y que no gustan ni sienten a Dios. Y pareciéndoles que aquella blandura de corazón que ellos tienen, es cierta señal de la divina gracia, vienen a asegurarse y aun ensoberbecerse con ella, diciendo aquellas palabras que la madre de Sansón decía a su marido para quitarle el temor que él tenía por haber visto al ángel: «Si el Señor nos quisiera matar, no hubiera aceptado este sacrificio de nuestras manos»⁵⁴. Así parece que dicen estos en su corazón: «Si no estuviéramos en gracia con Dios, no nos daría estas consolaciones y sentimientos que nos da».

Los tales deberían considerar que estas consolaciones y sentimientos de Dios no son propiamente virtud, sino instrumentos y ayudas para la virtud. De manera que son para la virtud lo que las espuelas para el que cabalga, las armas para el que pelea, los libros para el que estudia, y las medicinas para el que se cura. Pues, ¿qué aprovechan las espuelas, si el jinete es perezoso? ¿Qué las armas al que pelea, si es cobarde? ¿Qué los libros al que estudia, si nunca los abre? ¿Qué las medicinas al que se cura, si no consigue la salud que desea? Antes bien, todas estas cosas son para mayor pago al que no usa bien de ellas, porque tendrá que dar más cumplida cuenta. Porque si sólo tener conocimiento de Dios, y no usar bien de él, es una

⁵⁴ Jue 13,23.

circunstancia que hace la causa del negligente mucho más grave, como toda la Escritura clama, ¿qué hará el gusto y sentimiento de Dios, y las consolaciones del Espíritu Santo, que debían bastar para hacernos ángeles? Si el que recibió cinco talentos para ganar con ellos, los atara en un trapo, como el que recibió uno, y los dejara estar ociosos, ¿Cuánto mayor castigo recibirá que aquel que no ganó uno solo con el que había recibido!⁵⁵.

Si un padre de familia contratase una docena de peones para cavar su viña, y los llevase primero a almorzar a su casa y, después de muy bien almorzados, en lugar de ir a la viña, éstos se fuesen a pasear a la plaza, ¿no harían gran ofensa y burla al que los había contratado? Pues, ¿qué es este alimento espiritual que Dios da a los suyos en la oración, sino un almuerzo con el que les quiere prevenir y fortalecer para que vayan a cavar y trabajar a su viña? ¿No es éste pan de trabajadores? ¿No es éste ayuda y provisión de caminantes?

Pues si, acabando yo de tomar este alimento, no cuido más del trabajo y, aun con todo eso, pienso que queda Dios debiéndome por lo que de Él comí, quedándole sin embargo yo debiéndole el trabajo de la viña, ¿cómo no seré engañador y burlador de su Majestad? Porque si el ser humano, ya que se queda a mayores con la hacienda ajena, conociese su robo y se humillase por él, menos mal sería. Pero cuando, sobre todo esto, viene a creer de sí mismo que por aquello es mejor que los otros, siendo mayor ladrón que ellos, éste es engaño sin comparación mayor.

De donde nace aún otro mal: que los que a este estado han llegado vienen a hacerse incorregibles, y a despreciar el consejo de los otros. Porque no hay quien se atreva a corregir a los que por de fuera dan tan gran muestra de santidad, ni ellos toleran ser corregidos por nadie, porque les parece que exceden en virtud a todos los que no sienten lo que ellos sienten. De todo lo cual se deduce muy claramente cuán poca razón tienen los seres humanos para estimarse en algo por esta causa, teniendo más razón para temer que para presumir por ella.

Y para mayor conocimiento de esto, es de notar que estas consolaciones y deleites espirituales pueden proceder de una de tres causas. Porque unas veces, como ya dijimos, proceden del Espíritu

⁵⁵ Cf. Mt 25,14-30.

Santo, que por esta vía nos quiere destetar de los pechos del mundo, y fortalecernos para los trabajos de la virtud.

Otras veces proceden de la misma nobleza de los estudios y materias en las que tratamos y pensamos; tales eran los deleites de los filósofos, cuando contemplaban la variedad, hermosura y maestría de las obras creadas, y por aquí subían a la contemplación de Dios y de las sustancias separadas. En la cual –como dice Aristóteles– se hallan muy grandes deleites, por la dignidad y la nobleza de tales cosas, aunque sea menos lo que de ellas se alcanza⁵⁶. Y así hay ahora algunos que, contemplando las obras de Dios, tanto de naturaleza como de gracia, o leyendo las Sagradas Escrituras y a los Santos Doctores [de la Iglesia], sienten gran gusto y suavidad. Porque las cosas en las que piensan y leen, así como son altísimas y nobilísimas, así son dulcísimas y poderosísimas para poder causar este deleite. Mas si no hay más que sólo deleite –como algunas veces suele suceder– todo esto es natural, y no sube de los tejados arriba [hacia Dios], ni basta para dar salud [espiritual].

Hay también algunas personas –como dice un doctor– que naturalmente tienen un afecto dulce y suave para con el sumo Bien, que es Dios. Mas éstos –dice él– no se engañen creyendo que tanto tienen de caridad cuanto de dulzura y suavidad. Porque –como dice san Gregorio– el amor a Dios no está ocioso, antes obra grandes cosas, si es verdadero amor; más si deja de obrar, no es amor⁵⁷.

Otras veces también sucede que vienen estos deleites por obra del espíritu malo, el cual por esta vía quiere engañar y ensoberbecer a los seres humanos, haciéndoles creer que son algo, o asegurarlos en algunos errores o falsedades, como lo hace con los herejes, a los cuales da gran suavidad en la lección de las Sagradas Escrituras, para tenerlos con estas prendas más presos y seguros de sus engaños. Y lo mismo hace con algunos cristianos, para hacerlos –como dije– más soberbios y menos sumisos al consejo de otros, para que así vengan del todo a ser incorregibles.

Pues, siendo esto así, bien se ve que, de donde quiera que procedan estas consolaciones, no tiene el ser humano razón para

⁵⁶ Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, X, 7.

⁵⁷ Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliarum in evangelia*, II, 30: PL 76, 1221.

tenerse en algo por ellas solas. Porque si vienen por parte del Espíritu Santo, no tiene por qué presumir, sino por qué temer la cuenta que de ellas se le ha de pedir –como ya está dicho–. Mas si proceden de la naturaleza de las cosas y son puramente naturales –como eran las de los filósofos–, no tiene por qué hacer caso de lo que no es mérito ni demérito, pues es sólo fruto de la naturaleza. Pero si por caso fuesen procuradas por el demonio, aquí hay mucho más que temer, como quien anda ante los cuernos de un toro, o como sería razón que temiese el ave cuando está dentro del cebadero del cazador, donde ve el cebo, y no el lazo que le está armado. De manera que en lo uno no hay de qué presumir, y en lo otro hay mucho por qué temer.

Mas, ya que nos consta que todas estas consolaciones eran de Dios, deberíamos considerar que no nos hace Él estos favores y gracias para ensoberbecernos y despreciar a los prójimos, sino para hacernos más agradecidos para con Él, y más humildes para con los otros. Porque, de otra manera, no recibe los dones de Dios para su provecho, sino para su juicio, el que de ellos toma ocasión para tener en poco a su prójimo.

Además de esto, se ha de presuponer que la Iglesia cristiana es un perfectísimo cuerpo donde hay diversos miembros, cada uno diferente en su figura y oficio, mas todos ellos necesarios para servicio y ornamento del cuerpo. Y lo mismo es necesario que haya en el cuerpo místico de la Iglesia, para cuyo servicio y hermosura toda esta variedad de miembros –que son los diversos oficios y formas de vida– es necesaria. Es también aquella vestidura de José, que era de diversos colores⁵⁸, para significar la variedad de los espíritus y ministros que en ella hay; los cuales todos caminan hacia el Cielo, cada cual por su propio camino.

Por lo que, así como desde la circunferencia de un círculo hay mil caminos para ir al centro, que está en medio de ella, así también los hay para ir al Cielo, que es el centro de nuestra felicidad. De donde nace que unos vayan a este centro por el camino de la oración y contemplación, otros por el de la predicación, otros por el de la penitencia, otros por el de la paciencia ante las adversidades, otros por el de la abstinencia, otros por el de la pobreza, otros por el de la humildad, otros por el de la vida religiosa y la observancia regular, y

⁵⁸ Cf. Gn 37,3.

otros por otros semejantes, los cuales todos van a parar al mismo puerto.

Y siendo esto así, ¿por qué pensarás tú que tu camino es mejor y más acertado que el de los otros? ¿Quién te dio a ti esa seguridad? Si sólo Dios es el que pesa los espíritus y el que escudriña los corazones, ¿quién te dio a ti licencia para tomar ese peso en la mano, y sentarte en esa silla, e inclinar hacia ti esa balanza?

No tiene aquel la oración que tú tienes: podrá ser que sea así, aunque no eres tú el juez de eso; mas quizá tendrá más humildad que tú, o más paciencia, o más obediencia, o más caridad, o más misericordia; y que así tenga él ventaja en otras virtudes de más importancia. No tiene tantas lágrimas como tú, ni gusta de lo que gustas tú: ¿y qué sabes tú de quién sean esas lágrimas y ese gusto que tú tienes? Porque, aunque regularmente hablando, sean de Dios, también puede ser que sean de otro espíritu peregrino; y puede ser que sean más de naturaleza que de gracia; quiero decir, más de la ternura y complexión de tu corazón, que del Espíritu de Dios. Y si fuesen de este Espíritu, no es ésa la suma de la perfección sino instrumento para la perfección; no es ésa la victoria en la batalla sino las armas para alcanzarla; no consiste en eso la salvación, aunque sea eso un medio para alcanzar la salvación. Porque no está el bien del ser humano en los instrumentos y aparejos que tiene para el bien, sino en el uso del bien.

Cosa para reír sería decir que el mayor comedor es el mejor cavador; porque, aunque el que come bien trabaja bien, muchas veces se halla lo uno sin lo otro. Así también la oración y el gusto de Dios se ordena a trabajar por amor a Dios; mas algunos hay que no usan bien de esta gracia, y que del agua que se deberían servir para regar las plantas de las virtudes, se sirven para su propio provecho. Quiero decir, que el agua y consolación que reciben para trabajar por amor a Dios, la convierten en su propio descanso, y en el amor a sí mismos.

Y aunque generalmente a nadie debemos juzgar, aún mucho menos a las personas que viven una forma de vida religiosa, y han hecho profesión de virtud; porque del menosprecio de éstos se vienen a engendrar en el alma unos gusanos muy perjudiciales, que no sólo roen a las personas, sino también a las formas de vida, que es principio y puerta para los grandes males. Ni debemos echar sus

faltas en la plaza cuando las hubiese, acordándonos de la maldición que echó Noé a uno de sus hijos porque no cubrió la desnudez de su padre⁵⁹. Antes debemos imitar el comedimiento y reverencia de los otros dos santos hijos, que tan discretamente le cubrieron y honraron. Cuyo espíritu parecía el de aquel gran emperador Constantino, de quien se escribe que solía decir: «Si viese algún sacerdote o ministro de la Iglesia caer en pecado, yo le cubriría con mi manto, para que por nadie fuese conocido».

Éste es oficio propio del Espíritu de Cristo; mas desdeñar y mofarse de tales cosas es propio del anticristo, al cual imitan todos los que son miembros suyos. Ni por culpa de uno, o de pocos, después se han de condenar todos; porque esto sería una gran ignorancia, como lo sería si por dos mujeres que, pareciendo buenas, fuesen adúlteras, quisiese uno por esto juzgar por tales a todas las casadas.

De los que están ya fuera del cuerpo, es estar siempre o levantados [en el Cielo] o caídos [en el infierno]; mas de los que viven en carne mortal es el caer y levantar. Y si en el mismo Cielo, y en el paraíso [del jardín del Edén], y en la escuela de Cristo, y en el colegio de los siete primeros diáconos de la Iglesia, escogidos por el de los Apóstoles, hubo quien cayese, y quien desobedeciese, y quien vendiese a su Señor, y quien apostatase de la fe, ¿qué mucho es que haya esto mismo en todas las formas de vida? Mas la culpa de los que de estos lugares tan altos cayeron no deshace, sino antes acrecienta, la dignidad de los que en ellos perseveraron.

La guía de nuestra propia experiencia y, sobre todo, del Espíritu Santo

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/456-458; ed. Cuervo: II/432-433.

Bien sé que habrá otros muchos más consejos y avisos que decir respecto al ejercicio de la oración y la meditación, pero éstos los remito yo al magisterio del Espíritu Santo y a la experiencia de cada día, la cual también ha de tomar por maestra el que quiere andar este camino. Porque mi intento no fue más que poner a los novicios y

⁵⁹ Cf. Gn 9,21-27.

principiantes en él; porque, después de ya entrados, ella enseña mejor esto que todas las escrituras humanas, las cuales, así como hablan en común, y casi en el aire, así no pueden decir lo que en particular conviene a cada uno. Y por eso quiere el Apóstol [san Pablo] que los siervos de Dios no sean imprudentes, sino sagaces y cautos⁶⁰; para que entiendan por estos y por otros medios lo que más agrada a la divina voluntad.

Y para esto aprovecha también que la persona con toda la humildad y devoción pida siempre al Señor su luz para ser guiado por su Espíritu, presentándose ante Él como un niño que ninguna cosa sabe sino testificar con lágrimas su necesidad, sin saber aún explicar con palabras lo que necesita.

Y si, por ventura, te pareciere que son muchas las cosas que aquí te pedimos, cree ciertamente que en un rato de oración suele Dios recompensar todos estos trabajos con la alegría y la fortaleza que allí da para andar por el camino de la virtud, el cual es tan grande, que no te dejarán tan consolados todos los acontecimientos prósperos, todos los corporales deleites, todos los honrosos favores del mundo, aunque todos cuantos en él hay se juntasen en uno, como lo harían dos horas de una profunda y devota oración.

Y no hay nada peor que tener miedo de que las cosas que para esto se requieren sean muchas. Porque está claro que así como entrando el alma en el cuerpo, ella sola basta para animar todos los miembros, y ejercitar en ellos todos los oficios de la vida, aunque sean tantos y tan variados, así después de que la gracia del Espíritu Santo –que es una forma sobrenatural y divina– entra en un alma, ella basta para hacer que ejercites todos los oficios de la vida espiritual. Porque ella alumbrá el entendimiento y le enseña todo lo que debe hacer, y mueve la voluntad con todas las fuerzas inferiores para lo que han de obrar.

Porque por esto dice el sabio que aquel Espíritu divino tiene grandísima simplicidad y variedad⁶¹; porque, aunque es simplísimo en la sustancia, tiene grandísima variedad en las actuaciones, porque Él es el que todo lo puede, y todo lo enseña, y todo lo obra. De manera

⁶⁰ Cf. Ef 5,17.

⁶¹ Cf. Sb 7,22.

que no alcanzamos la perfección y cumplimiento de las virtudes sólo por los medios y fuerzas que alcanzaron los filósofos, los cuales, porque carecían de este espíritu, no tenían otro remedio sino trabajar en cada virtud por sí mismos. Pero los verdaderos cristianos e hijos de Dios, más allá de sus propios ejercicios, tienen otro principal remedio, que es el espíritu de adopción y la simiente del Cielo, que producen dentro de nuestras almas estos frutos de virtud.

TRES CARTAS ESPIRITUALES

Carta a fray Luis de la Cruz

Epistolario

Ed. Huerga: XIX/25-30.

Convento de Scala Coeli (Córdoba), diciembre 1539 (?).

*Que la gracia y la paz de Cristo estén con vuestra reverencia*⁶².

Sabe nuestro Señor la consolación que recibí con la carta de vuestra reverencia y con su llegada [al Colegio de San Gregorio de Valladolid] y con la descripción que en ella me hace del recibimiento con el que nuestro Señor le recibió. Porque dar el Señor conocimiento de nuestra propia miseria y pecados, es gran don, y vísperas de grandes mercedes que tras de esto suelen venir. Tras este conocimiento nos promete Isaías que viene luego la caridad, que es como *la inmundicia de las hijas de Jerusalén, que fue limpiada con el viento de la justicia y el calor del espíritu*⁶³. Primero viene aquel espíritu, y después este otro. No menos le aprovecha a los panes sembrados el tiempo de la helada que el del calor y la blandura, porque con lo uno se arraigan y se asientan más en la tierra, y con lo otro suben y crecen hacia arriba.

Por lo cual, crea vuestra reverencia que tan necesario nos es a tiempos el resfriamiento de la caridad –para que nos conozcamos y echemos raíces de humildad–, como es el del calor y blandura del amor para que crezcamos en él.

Y por tener yo de esto, por la misericordia del Señor, algún conocimiento, me consolé mucho con la consolación que vuestra reverencia me da en su carta. Porque verdaderamente conozco que éstos son pasos de Dios y mercedes suyas y deseo que tiene de comunicarle su gracia. Váyase vuestra reverencia por esa vena que Dios le ha descubierto, y sígala hasta el final, que con ella enriquecerá su alma.

⁶² En las tres cartas hemos puesto en cursiva las frases que fray Luis escribió en latín.

⁶³ Cf. Is 4,4.

En el consejo que me viene a pedir, parece que hace vuestra reverencia contra razón, porque teniendo la fuente tan cercana, quiere proveerse de un arroyuelo turbio como es el que acá hay, pues especialmente lo que vuestra reverencia demanda es muy ajeno de toda destreza, porque no hay otra destreza sino la que el Señor quiere dar a cada uno. En lo cual se equivocan algunos que quisieron hacer reglas generales para el santo ejercicio de la oración, siendo tan variables, según la variedad de las personas.

Que la oración puede anticiparse, el padre [Juan de] Ávila lo escribió muy bien en un librito [titulado *Audi filia*] que ahora se imprimirá, donde trata muy copiosamente de este santo ejercicio.

Lo que yo puedo al presente encomendar a vuestra reverencia es que escoja sus dos ratos cada día, uno por la mañana –antes que se desayune el corazón de las ocupaciones del día– [y otro por la noche], y entre a encomendarse a Dios, conforme a lo que dijo el justo Job: «*Si recurres pronto a Dios y solícito al Omnipotente, inmediatamente te atenderá y restituirá la paz en tu morada*»⁶⁴.

*Es necesaria la preparación para la oración, conforme a lo que dice el Eclesiástico: «Antes de hacer una oración prepara tu alma y no seas como alguien que tienta a Dios»*⁶⁵. Ésta es muy buena preparación: leer un capítulo o dos del Evangelio –o de otro lugar de la Escritura– con gran reposo y humildad, esperando como perrillo que está a la mesa esperando que el Señor le dé alguna migajica, y como niño que tiene la nuez en la mano y está esperando quien se la parta. Y así diga con el profeta [David]: «*Abre mis ojos...*»⁶⁶.

Encendido aquí el corazón, empiece a hablar mal de sí mismo y a humillarse y a pensar quién es vuestra reverencia y quién es Dios, con quien quiere hablar, a ponerse con Él como una pequeña hormiga ante un ser infinito que llena cielos y tierra, y lo tiene todo, y a vuestra reverencia en medio de todo, conforme a lo que Isaías dice en el capítulo 40: «*Quien está sentado sobre el orbe de la tierra cuyos habitantes son como langostas*»⁶⁷.

⁶⁴ Job 8,5-6.

⁶⁵ Eclo 18,23.

⁶⁶ Sal 119,18.

⁶⁷ Is 40,22.

Luego empiece a hacer oración y a pedir la medicina particular para todas sus heridas, que en su alma tiene.

Ésta es la preparación.

Tras de esto entra la meditación de algún paso de la vida y muerte de Cristo; de la infancia y de la muerte principalmente. La cual tendrá vuestra reverencia repartida por los días de la semana como el Señor le diere a entender.

Lo que primero ha de mirar en esta meditación es que no esté tan atado al paso que pensare que, si el Señor le llamare a otro paso de otra consideración, deje de ir allá; el cual llamamiento es claro de conocer, porque es como un rayo de sol en tiempo de frío, que alumbra y calienta y consueta. No habla Dios secamente como los maestros de la tierra, sino con tanta dulzura que, acabándole de oír, el alma dice: «*Mi alma se derrite tan pronto como habló mi amado*»⁶⁸, y porque su habla es clara para el entendimiento y dulce para el corazón, como dice en otra parte: «*Hay miel y leche bajo tu lengua*»⁶⁹.

Lo segundo que ha de mirar es que la devoción que pretende alcanzar en este santo ejercicio no piense que la ha de sacar a fuerza de brazos de lo íntimo de las entrañas, con gran ahínco y fatiga y disputa, porque bien sabe que el maná cayó del Cielo y no de la tierra. Es rocío que viene de lo alto y se tiene que recibir como agua de lluvia, y no cavarse como agua de pozo, porque escrito está: «*Quien estornuda con fuerza, saca sangre*»⁷⁰. De aquí nacen a muchos ignorantes grandes tristezas y desconsuelo si no salen con lo que desean, y muchas veces quedan hostigados del trabajo que pusieron y del mal suceso que tuvieron, y rechazan después, como hostigados, el santo ejercicio de la oración.

Por eso vuestra reverencia esté muy avisado de ir más preparado a recibir devoción que a sacarla por fuerza. Porque como este ejercicio más quiere maña de humildad y mansedumbre, vaya vuestra reverencia más preparado a escuchar que a hablar. Y en el paso que contemplare, conténtese con una vista sencilla del cuerpo de Cristo atormentado y de su corazón interior con tanto amor, que

⁶⁸ Can 5,6.

⁶⁹ Can 4,11.

⁷⁰ Pr 30,33.

era nada lo que padecía para lo que deseaba padecer por la gloria del Padre tan amado, y por nuestro amor; el cual era tan grande que se dice de él: «*Conocer la caridad de Cristo que excede todo conocimiento*»⁷¹.

Sepa también que la contemplación de la pasión del Señor es para tres fines principales: el primero, para tener de ella compasión – y éste es el grado más bajo–; el segundo, para imitación de tantas virtudes como en ella resplandecen; el tercero es intelectual y altísimo, y es para venir por la santísima humanidad de Cristo al conocimiento de la bondad y caridad y clemencia de Dios.

Para sentir todo esto es necesario conocer a Cristo, al cual suplico yo que Él tenga por bien que se le dé a conocer, porque verdaderamente para esto no basta ninguna teología; no se da de este conocimiento de Cristo a los sabios, sino a los pequeñuelos; no es conocimiento *adquirido* [con nuestro esfuerzo], sino *infuso* [esto es, infundido por el Espíritu Santo]; no tiene ningún ser humano el magisterio de esto con eficacia, sino que Dios reservó esta facultad para sí, como Él lo dijo: «*Uno solo es vuestro maestro, Cristo*»⁷². De cuyo conocimiento y alteza, bien ha oído vuestra reverencia lo que dijo aquel gran teólogo.

De este conocimiento confío en que nuestro Señor le ha dado a mi padre maestro [fray Bartolomé de Carranza] buena parte –porque vela a las puertas de él con humildad y simplicidad– por medio de las cartas de san Pablo [sobre las que él ha dado un curso en el Colegio].

Y certifico a vuestra reverencia que una de las cosas de las que más me maravillo es de ver en el día de hoy, entre tantos sabios, cuán pocos hay que sepan esta ciencia de Cristo. Dios sabe que yo no sé de esta ciencia más que una pizca, y es que hasta aquí no he sabido qué cosa era Jesucristo y su caridad y su gracia y los estados de su redención y su perfección y virtudes, aunque todo esto lo traía y traigo en la boca. Y confío en que la misericordia suya, pues me ha enseñado que no le conozco, en adelante me empezará a enseñar algo de Él, para que yo de veras le ame, y conozca el bien que por Él me vino, y acabe de entender que ni una lágrima derramo, ni un bien solo se me da, sino por Él, «*sin que me bendijera en lo profundo de su ser y se*

⁷¹ Ef 3,19.

⁷² Mt 23,8.

*halla calentado con la lana de mis corderos»*⁷³. Y dado que vuestra reverencia tiene al padre maestro tan al lado, no pierda la buena ocasión que nuestro Señor le ha dado.

Una sola cosa pido a vuestra reverencia, por amor de Jesucristo y de su santo nacimiento y de su bendita Cruz, que aparte cada día dos o tres horas por lo menos, y las sacrifique a Dios, para meditar en su alma. Y por cielo y tierra no deje esa buena costumbre, ahora por lo menos a los principios, hasta que esté firme en Cristo. Y digo esto porque supongo que tiene en contra de este parecer la mar y las arenas, porque el Colegio y los preceptores y los compañeros y la Provincia y el mundo y sus padres le darán mil voces a los oídos sobre que estudie, y nadie le dirá que ore.

¡Oh, desventurada vida ésta en la que vivimos! ¡Verdaderamente es un milagro que en el día de hoy se salven los seres humanos en cualquier forma de vida que sea! ¡Oh, cuántas almas se han ido al infierno con demasiado cuidado de salvar almas ajenas, dejando la suya! ¡Querría que mostrasen esos tales cuántas almas han salvado con esos sus estudios tan ahincados! ¡Oh, mi Dios! ¡Oh, qué engaño hay debajo de estos saberes!

Veo en el Evangelio que las lámparas no arden sin el aceite de la caridad, la cual no nace de los saberes, pues antes nace ahí la soberbia. Veo que en los letrados –como dice san Agustín– *«va delante el entendimiento y, a distancia, le sigue el afecto»*⁷⁴. Veo que *«se levantan los ignorantes y se quedan el Paraíso»*⁷⁵. Y veo que Esaú, que andaba de caza, perdió la bendición, y la ganó el simple y doméstico Jacob⁷⁶.

¡Oh, cuántos teólogos andan cazando sutilezas, volando por el aire, y pierden, si viene a mano, la bendición, la cual gana una vejezuela hilando en su casa!

Así que, padre mío, la conclusión es que estudie, mas que no deje a Dios. Pues más vale saber poco y amar mucho, que mucho saber y poco amar.

⁷³ Job 31,20.

⁷⁴ AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in psalmos*, ps. 118, sermo VIII, v. 20: PL 37, 1522.

⁷⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, lib. VIII, cap. 8: PL 32, 758.

⁷⁶ Cf. Gn 25,27-34.

Y esto no me negará nadie por mucho que haga.

No se aflija de tal manera por el estudio que por ello deje su santo ejercicio [de la oración], el cual acabado, procure no perder una sola pizca del tiempo dedicado al estudio, pues tampoco es mi intención *inculcar negligencia a los estudiosos*, salvo cuando, con el pretexto del estudio, dejamos la oración.

Suplico a vuestra reverencia que me perdone mi atrevimiento y también mi tardanza. Esté Jesucristo con vuestra reverencia y le ayude a esta santa obra, como se lo suplico siempre, lo cual vuestra reverencia no se olvide de hacer por mí.

Siervo humilde en el Señor

[Fray Luis de Granada]

Primera carta a fray Bartolomé de Carranza

Epistolario

Ed. Huerga: XIX/13-20.

Convento de Scala Coeli, octubre 1539 (?).

No sé qué principio he de tomar para empezar a escribir a vuestra reverencia, sino aquél de san Pablo: «*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo*»⁷⁷.

La carta de vuestra reverencia es visitación y consolación que el Señor envía por sus manos; y son espuelas sin pincho para despertar mi tardío y pesado corazón; y fuego vivo que pasa por toda esta sierra [cordobesa] sin quemarla, y quema mi alma. En un papel viene envuelto; y, quedándose él envuelto, hace arder mi corazón.

*En verdad entiendo que «tu palabra es fuego irresistible y tu siervo la amó»*⁷⁸. Esto es un argumento de que no me tiene nuestro Señor desahuciado, pues me provee de este remedio y de otros muchos. Por acá, de Granada me vienen cartas del padre [Juan de] Ávila; de Castilla, las de vuestra reverencia. Cercado estoy de buenas y santas

⁷⁷ 1Cor 1,3.

⁷⁸ Sal 119,140.

personas, todos los puestos y caminos me tiene el Señor tomados para que no pueda huirme de Él. Y es tanta mi malicia, que por todos me cielo y escapo. Y aún mucho mayor sería, si el Señor no me proveyese de otros muchos remedios.

Con todas estas cartas y palabras santas, confío en el Señor para que se mantenga mi alma, la cual *«no sólo vive de pan»*⁷⁹.

En las últimas cartas que vuestra reverencia me envió, *conozco que su «hombre viejo» con sus actos ha desaparecido y ha recibido uno nuevo, creado conforme a Dios y hecho una nueva creatura, pues tiene un nuevo espíritu y un vino nuevo que no se envía a odres viejos, sino a ser renovado por Cristo que hace todo nuevo. Bendito sea el Señor Jesucristo que le introdujo [a vuestra reverencia] en el lagar y que ha conservado el vino bueno hasta hoy*⁸⁰.

Si Cornelio Centurio debe mucho al Señor, porque al final de muchos ayunos, limosnas y oraciones le deparó que un hombre le dijese lo que le convenía hacer⁸¹, ¡cuánto más le debo yo que, sin hacer nada de esto, me ha deparado que tantos tengan el encargo de visitar y enseñar a mi alma! En todo sea bendito, amén.

Me metió el Señor entre los burros en el arca del verdadero Noé; me hizo un navío por su mano, en el que pudiese navegar sin ahogarme⁸².

La causa principal de mi estado es la disposición de aprovechar más que en las Indias *«sus maravillas en el abismo»*⁸³. Tendría vuestra reverencia por evidente milagro este sumo contentamiento mío, que no osaba descender a Egipto, sino *que, cerrada la puerta de mi boca, como mi pan en silencio*.

En lo que toca al punto en el que dice vuestra reverencia que tiene deseo de que yo le vea: *¿Se refiere al cuerpo o al alma? Ciertamente no se refiere al cuerpo, que se corrompe, sino al alma, que fue hecha a imagen de Dios*⁸⁴. A Éste siempre le veo, siempre le tengo presente, siempre le

⁷⁹ Cf. Mt 4,4.

⁸⁰ Cf. Rm 6,6; Ef 4,24; Col 3,9-10; Lc 5,37; Can 2,4; Jn 2,10.

⁸¹ Cf. Hch 10,22.

⁸² Cf. Gn 7,1; Hb 11,7.

⁸³ Sal 106,24.

⁸⁴ Cf. Gn 1,26-27.

hablo y me comunico con Él. Esto no solamente velando, sino, a veces, durmiendo y soñándolo.

Lo que siento, se lo comunico. Leo sus cartas, en las que de modo admirable resplandece su ánimo, al que sí deseo verlo en sus cartas. ¿En qué cartas?: en las entrañas, pues en mi pecho mi alma está unida a su alma, pues somos muchos en un solo cuerpo en Cristo⁸⁵. ¡Con cuánto gozo perseveraré por ver a un ausente a quien dentro de mí ya está presente!

Y si vuestra reverencia quiere saber la causa inmediata de por qué esto no se puede por ahora hacer [y por qué no voy a verle], sepa que es por el hecho de poder dar buenos paseos [como los que aquí puedo dar], porque no hay cosa en el mundo que más distraiga mi conciencia como el caminar; la cual distracción es tan grande que con ninguna palabra me parece que la ponderaré. Y, además, el día que me olvido de comer mi Pan [eucarístico], pronto se aridece mi corazón con una increíble aridez⁸⁶. Y esto no lo puedo comer en el camino [cuando viajo], sino muy mal, y entonces mi alma se debilita y desmaya y, en fin, anda con grandísimos dolores, y siente tantos tormentos que, en verdad, me parece que los del purgatorio no son mayores. Y pienso que esto es una misericordia que el Señor me ha hecho, por habérselo yo suplicado muchas veces: que *nunca me sea impune separarme de Él. Pues vivo entre mis hermanos como huésped y peregrino*⁸⁷.

En cada momento deseo dar a vuestra reverencia cuenta de mi vida, porque, en verdad, le digo que cada mes hay novedades en ella. Porque el Espíritu Santo no está ocioso. Cada día hace algo nuevo. Y lo que principalmente hace es mostrarme cuán excluido he estado hasta aquí, y estoy. Y éste es un océano tan profundo que, hasta ahora, yo no he tocado el fondo, ni pienso que lo haré.

Si quisiera vuestra reverencia saber dónde estoy, le digo que no estoy siempre en un mismo lugar, pues unas veces estoy fuera de mí, y entonces «*digo con plena conciencia: jamás cambiaré*»⁸⁸; otras veces

⁸⁵ Cf. Rm 12,5.

⁸⁶ Cf. Sal 102,5.

⁸⁷ Cf. Hb 11,13.

⁸⁸ Sal 30,7.

estoy en mí, y entonces digo: «*retiraste tu rostro de mí y quedé conturbado*»⁸⁹.

Me hallo tan fuerte con Dios y tan débil conmigo, que cuando estoy en este extremo, no puedo abarcar con el entendimiento que esto sea posible de otro modo. Especialmente ahora me ha acontecido lo que a los enfermos que convalecen, los cuales piensan estar ya sanos y, con esta presunción, osan ponerse a todo, y entonces recaen.

Yo pensé que *se restablecieron mis enfermedades*⁹⁰ y que, como culebra vieja, me habían nacido escamas con las que no sintiese los golpes del mundo. Y con esta presunción me meto en algunos peligros por Él, pensando que por ahí encontraría a Dios. Pero me aconteció lo que a la esposa que quiso buscar al esposo «*por calles y plazas*»⁹¹, la cual no solamente no le halló, sino que fue muy maltratada y malherida por todas partes. Así he sido yo, y vengo tan hostigado por el mundo, y tan maltratado, que si Dios [no] me da otro espíritu al que tengo, no osaré ya desmandarme ni apartarme de Él. Pues ahora mi espíritu no se inclina a otra cosa ninguna creada, sino sólo a la oración, o a cosas que el pensamiento se refiera a Dios *actualmente* [es decir, en el momento presente]. Y cuando ahí permanezco, no hay paraíso ninguno que se iguale con el mío. Y si de ahí me aparto solo un día, quedo tan atormentado y tan castigado que ya de miedo no lo oso hacer otra vez hasta que aquel temor se me olvida. Y con lo que en este caso más me impresiono es que, aunque por piadosas causas se dejen los ejercicios espirituales, no menos desasosiego siente el alma que si los dejara por negligencia.

El contentamiento que tengo es tan grande, que pienso que en esta vida no se puede tener mayor. Y algunas veces tengo escrúpulo de ver cómo me da Dios el Paraíso en esta vida. Pero confianza tengo en Jesucristo de que estamos allá inscritos, donde siempre estaremos presentes con Jesucristo, que ahora, aunque no lo estemos, crea vuestra reverencia que no me da pena, ni lo deseo. Porque no querría tener en esta vida demasiado contentamiento, antes querría pasar algún poquillo de sacrificio en esta vida por Cristo. Y pienso que esto

⁸⁹ Sal 30,8.

⁹⁰ Cf. Hb 11,34.

⁹¹ Can 3,2.

no podría ser si [en esta vida] siempre estuviésemos presentes [con Cristo].

Y la estancia del Cielo la tengo por tan segura, que uno de los mayores deseos que tengo es verme ya morir. Y como quien cada día está de partida, cada día me desnudo de las cosas del mundo, y de todos los estudios pasados, y de mis conocimientos y amistades. Ya lo tengo todo dejado, y huyo de toda ocasión que me vuelva a esto. Porque sólo Jesucristo me basta sin nada. Y Él, además, no se quiere comunicar cuando en nosotros hay algo de esto. Ninguna cosa más destruye mi espíritu que el camino de la abundancia. *Así lo dice san Jerónimo: «Con nadie eres escaso si sólo eres escaso con tu alma»*⁹².

Estoy determinado, aunque todo el mundo se hunda, de no ponerme en cosa que me desvíe de Dios, porque no puedo vivir sin Él ni un sólo día, sino es con la mayor aflicción del mundo. Y este ardid me parece que ha usado conmigo el Señor para que me acerque a Él: que no me pudiese hallar sin Él ni un sólo momento. Sea Él por todo bendito.

Una cosa le ruego, por amor a nuestro Señor Dios, que si fuere posible, cada día tenga una hora o dos en las que se recoja a la oración y a la meditación en la hora más quieta del día o de la noche que hallare. Y cuanto más pudiese durar en ella, más dure. Y todas las cosas que de eso le apartaren, las aparte de sí. Y si por ocupar aquí tanta parte de tiempo, se le recrecieren algunos inconvenientes, péselos en una balanza, y vea cuál será mayor inconveniente: si quitar a Dios y a su alma un tan buen rato, o quitarlo a la preparación de las lecciones.

Y habitúese a ocuparse de su corazón, aunque por ello no se le dé bien alguna cosa que toque a honra o a oficio, o aunque pudiera haber murmuraciones. Pues, por no perder esto, muchas veces me ha acontecido tener el sermón por estudiar, y saber que voy a predicar mal si no lo estudio y, sin embargo, dejarlo todo por no faltar a la oración acostumbrada. Y si así no lo hago, tengo dolor en mi interior.

Mi principal estudio querría que fuese la oración, y cuando Dios a ella me llamase, no querría anteponer a ella ninguna cosa.

⁹² JERÓNIMO, *Epist. 125 (ad Rusticum)*: PL 22, 1076.

Temo a la vanagloria más que al resto de cuantos enemigos [del alma] hay, de la cual dice san Bernardo: «*Suavemente vuela, suavemente se posa*»⁹³. El deseo de la gloria de este mundo es un soplo de aire que, aunque le cerremos la puerta del consentimiento cuando le sentimos venir, muchas veces, como aire que es, se cuela entre los resquicios de las puertas sin que le sintamos. Y no querría que probase vuestra reverencia del «veneno del cáliz de Babilonia»⁹⁴, porque hace perder el sentido de las cosas de Dios.

No dejo de leer los librillos de devoción con los que nos dieron «leche» en la niñez. Y sobre todos ellos, tengo en mucha estima el *Contemptus mundi* [o *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis]. Y la dignidad de su estilo no disminuye sino acrecienta la devoción –pues nuestro entendimiento no tiene que parar en dicho artificio– ya que muchas veces se lleva diezmos y primicias de nuestra atención.

Me parece que el tiempo de nuestra vida es tan breve y tan peligroso, que no hay otro estudio sino uno sólo, pues: «*Una sola cosa es necesaria*»⁹⁵.

Dirá vuestra reverencia: «¿Entonces vos queréis que yo deje el estudio y me dedique principalmente a la oración?». [Y a ello respondo diciendo que] no sé qué es lo que quiero para vos. Si le viera libre, le diría que sí lo querría. Pero, viéndole cautivo, no sé qué me responderíais vos.

Veo claramente que pierde un grandísimo gusto y amor que podría tener a Dios [si dedicase más tiempo a la oración]. Y pierde una grandísima luz del entendimiento que Dios le comunicaría para que alcanzase mayores cosas que [las alcanzadas por] las otras personas, y así [vuestra reverencia] despreciaría las que más aprecian las personas, como si fueran juguetes de niños o como cosas de hormigas. Porque, sin duda, *el que ama a Dios, gran ventaja hace a los otros seres humanos, como el ser humano a la hormiga*: pues el alma tiene de gigante, y las de los otros son animillas de enanos; los ojos tiene de lince, las alas de águila, el entendimiento de ángel y el gozo como de bienaventurado; tiene en sí grandísima paz, la cual Dios tantas veces

⁹³ BERNARDO DE CLARAVAL, *In psalmum «Qui habitat»*, sermo 5: PL 183, 198.

⁹⁴ Cf. Jer 51,7.

⁹⁵ Lc 10,42.

encomienda a sus discípulos como especial don suyo, para consuelo de su ausencia.

[Hablando de la oración] ¡mire qué gran don será el que da Cristo en su lugar para suplir la falta de su presencia! Es tan grande, que vuestra reverencia no lo entenderá porque no lo ha gustado. Y si nos salieren al camino los aldeanos de la sierra con sus argumentos, hemos de taparles la boca diciéndoles con reverencia que esto no se alcanza en los portafolios, porque esta paz de Dios «*es la que sobrepasa todos los sentidos*»⁹⁶, y sólo en el libro de la oración se estudia. Aunque de esto –¡sea mi Dios bendito!– bien sé que [vuestra reverencia] tiene las primicias. Y si no tiene los diezmos es porque le han forzado a tomar los tributos del César y de Babilonia.

Temo más aún la vanagloria de este mundo, pues es la cosa más peligrosa que puede ser, porque nos hace inoportuna [guerra]; y de donde deberíamos sacar mérito, sacamos materia de castigo. Y esto hace que nuestras obras no vayan puras y perfectas a Dios, sino mancadas y como monstruos que están compuestos de Dios y de mundo; en las cuales, pensando que tenemos abogados [que nos defenderán], tenemos testigos y jueces [que nos acusarán. Como dice el Evangelio]: «*Si la luz que tienes son tinieblas, ¿cuántas tinieblas habrá?*»⁹⁷.

En cualquier obra que hacemos, si no estamos del todo muertos, también reclama la carne su derecho, como el espíritu, porque dice que ella también pone de su parte, y que, pues también ella trabaja, quiere gozar, y que, pues la obra es de un ser humano que tiene carne y espíritu, dice que entre ambos ésta se ha de repartir a partes iguales.

Finalmente, yo reconozco que son piadosos estudios los de vuestra reverencia. Pero yo creo que así eran los de Marta. Por eso creo que cuadra muy bien decirle a vuestra reverencia: «*Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; en verdad, sólo una es necesaria*»⁹⁸.

Dirá vuestra reverencia: «¿Para qué escribís eso, pues no está en mi mano hacer más?». [Y yo le respondo diciendo que] tampoco

⁹⁶ Flp 4,7.

⁹⁷ Mt 6,23.

⁹⁸ Lc 10,41-42.

estaba en la de los judíos salir de Egipto, *pero clamaron al Señor*. [Por eso yo le digo a vuestra reverencia] *clamad, pedid, buscad y presionad*⁹⁹, y entonces le dirá el Señor: «*Bien grabada llevo la aflicción de mi pueblo*»¹⁰⁰.

[Respecto a mí] yo no quiero decir que pongo mucho de mi parte, aunque, por lo menos *clamo cuanto puedo, por si escucha el Señor*¹⁰¹, y digo: «*¿Hasta cuándo, Señor, te olvidarás de mí?*»¹⁰² y el resto [del salmo].

Por lo demás, me pesa, porque tan tarde comencé a conocer a Dios. Y por lo demás, me remito para cuando nos veamos en el Cielo.

Y para confesar a vuestra reverencia parte de mi vida, sepa que desde hace un poco de tiempo he caminado con esta luz en el seguimiento de nuestro Señor. Y de las dos jornadas que hay hasta llegar –la una, menospreciar el mundo, que es dejar a Egipto; y la otra, que es amar a Dios–, de la primera tengo un buen trecho ya andado; y de la segunda aún tengo por andar. Y cuando algunas veces vuelvo la cabeza atrás para mirar de dónde partí y ver así cuánto me he dejado atrás, no hallo la señal o, si la hallo, es para gran dolor y confusión mía, viendo cuán lejos vivía de Dios, y dándole muchas gracias porque me libró de tanta ceguera, como lo es vivir el ser humano ciego y tenerse por alumbrado, y presumir de adiestrar a ciegos, estando desacordado consigo mismo.

Y temo mucho por los tratos que en el mundo y en la Orden se suelen ofrecer y que pueden hacerme perder esta poquita lumbre. Y siguiendo el hilo de la gente que ahora se usa, pueda yo regresar a las primeras tinieblas. Y hasta que me echen la tierra, siempre viviré con este temor.

[*Su hijo en verdad en Cristo Jesús.*

Fray Luis de Granada]

⁹⁹ Cf. Sal 106,6; Mt 7,7; Lc 11,9.

¹⁰⁰ Ex 3,7.

¹⁰¹ Cf. Is 6,10.

¹⁰² Sal 12,1.

Segunda carta a fray Bartolomé de Carranza

Epistolario

Ed. Huerga: XIX/20-25

Convento de Scala Coeli (Córdoba), diciembre 1539 (?)

Sea nuestro Señor siempre con vuestra reverencia, amén.

Y estas pascuas [navideñas] las dé muy buenas y muy cumplidas de los dones del Espíritu Santo, pues tan buenas las tengo yo con su carta, que tanto calor y fuego traía consigo. Y no creo que [este fuego sea] otro que Aquél: *pues vino Cristo a traer a la tierra y quiso ardientemente que ardiera*¹⁰³. Y no es mucho que este fuego pueda desde Valladolid llegar a Córdoba, pues en este tiempo llegó del Cielo a la tierra. ¡Bendito sea Dios porque, aunque no estamos juntos, no dejamos de avivarnos algo desde acá en su amor!

Disfruté más con esta carta que con las otras, por las buenas noticias que vuestra reverencia me escribe de su vida y de la luz y calor de su ánimo que ahora siente. Quiera Dios que crezcan tanto lo uno y lo otro, que se pueda decir de vuestra reverencia: «*Era una lámpara que ardía y alumbraba*»¹⁰⁴. Siempre tengo cuidado de encomendar esto cada día a nuestro Señor, y tengo confianza en que, aunque no se me dé por ser su amigo, se me ha de conceder porque *perseveré llamando*¹⁰⁵, y porque lo merece aquél para quien lo pido.

En lo que me dice del deseo que tiene de verse libre de esos estudios y de ocuparse en los divinos, muy justo es dicho deseo para que viva con él, pues más no puede. Y Dios es tan bueno, que a quien no tiene nada para darle a Él, no le pide sino que le desee dar, y eso poco que diere le ha de ser tenido en más que los dones de los ricos y desocupados, como el óbolo que la viuda ofreció al Templo¹⁰⁶. Y en esto no se quejará Dios de vuestra reverencia, como en estos tiempos se puede con razón quejar de muchos, diciendo: «*Me sustrajeron la fuente de agua viva*»¹⁰⁷. O, como vuestra reverencia dice, citando las

¹⁰³ Cf. Lc 12,49.

¹⁰⁴ Jn 5,35.

¹⁰⁵ Cf. Mt 7,7-8.

¹⁰⁶ Cf. Mc 12,41-43.

¹⁰⁷ Jer 2,13.

Escrituras, que dejan el alimento de hijos y andan tras el alimento de puercos¹⁰⁸, que se deleitan en el cieno de la gloria de este mundo. Y me parece que, si se soltase de esa cadena, entonces tendría alas como aquellos santos animales de Ezequiel¹⁰⁹, con las que volase a las cosas altas del Cielo, y allá hiciese su nido, como aquél que dice: «*Se levanta el águila para poner su nido en lo más escarpado*»¹¹⁰.

Ahora me parece que está vuestra reverencia como el profeta [David] cuando decía: «*¡Quién me diera alas como a la paloma para volar y descansar!*»¹¹¹. Si viese sacada esa alma de Egipto, entonces Dios haría que le lloviese el maná del cielo y entonces vuestra reverencia lo degustaría diciendo: «*¡Qué dulce es el Señor!*»¹¹². Y me parece que si saliese de ese bullicio y jolgorio, [y subiese] al monte de la soledad y recogimiento del ser humano interior, entonces vería la gloria del Señor¹¹³.

¡Oh, padre mío! ¡Cuán diferente es la vida de los santos a la de las personas que viven ahora! Pues yo le aseguro a vuestra reverencia que puede despedirse de hacer fructificar las almas de los prójimos quien no vive como vivieron los santos. San Jerónimo y san Bernardo, ayunando y comiendo legumbres, y estando noche y día en oración, viviendo en grandísima pobreza, daban provecho a las almas.

Bien podría uno ser un gran letrado y predicar. Pero convertir almas, ni es cosa de letras, ni es de ciencia, ni es parte para esto, sino sólo [le corresponde a] Dios. Y Él no obra este efecto por medio de letrados hinchados sino por medio de siervos humildes. Semejante locura es ésta, en la que yo estaba estudiando allá [en el Colegio de San Gregorio de Valladolid] mucha retórica para convertir almas, como si tuviese que tomar Dios a los retóricos para ser ministros de un tan gran misterio como lo es su Evangelio y su Espíritu, de cuya autoridad y excelencia dice san Pablo: «*Pues si el ministerio de la muerte grabado con letras sobre tablas de piedra estuvo en la gloria, ¿cómo no estará en la gloria con más razón el ministerio del Espíritu?*»¹¹⁴.

¹⁰⁸ Cf. Lc 15,16.

¹⁰⁹ Cf. Ez 1,23.

¹¹⁰ Job 39,27.

¹¹¹ Sal 55,7.

¹¹² Sal 34,9.

¹¹³ Cf. Jn 1,14.

¹¹⁴ 2Cor 3,7.8.

Los ministros del Evangelio no han de ser semejantes a Cicerón, sino a Jesucristo. Y han de ser tan semejantes a Él, que se trasluzca y represente en su vida a Jesucristo, como la figura en el espejo, como dice de ellos san Pablo: «*Nosotros a cara descubierta contemplamos la gloria del Señor...*»¹¹⁵.

Lo que me parece más sano es que vuestra reverencia procure con todas sus fuerzas hacer de la plaza desierto, como cuenta san Jerónimo de un justo que *en la ciudad encontró una colonia de monjes del desierto*¹¹⁶. De esto tiene ejemplo en fray Juancinto, que está tan apartado de los laicos como si estuviese *en el desierto*. Y en verdad, en estos tiempos tan perdidos es bueno salvarnos del mundo y buscar algún desierto, o hacerlo y acomodarlo. Pues para gozar de Dios es necesario recogernos de las cosas exteriores a las interiores, y de las interiores a las superiores. Y si esto no hacemos, siempre estaremos en el mundo.

Y vuestra reverencia no desespere, a causa de los estudios, de poder alcanzar esto, pues este impedimento, aunque para los débiles sí es impedimento, para los fuertes no lo es. [Pues, así como] a los que tienen el sueño delicado, una pulga los despierta, a los que lo tienen profundo, aun a voces no los pueden despertar. Y mayormente tiene Dios apuntado esto en el Cantar de los Cantares, diciendo: «*Os conjuro, hijas de Jerusalén, no despertéis ni dejéis en vigilia a mi amado...*»¹¹⁷.

Tu hijo en verdad en Cristo Jesús.

[Fray Luis de Granada]

[Posdata] Querría saber cómo está su alma, si llueve por allá, o si es buen año, agradable y aceptable a Dios; o si está saciada o hambrienta. Hay razón para tener de esto cuidado, por estar plantada «*en tierra desierta, intransitable y sin agua*»¹¹⁸, entre sauces y entre hayas, donde los desterrados de Jerusalén pusieron silencio en sus órganos y suspendieron la música celestial¹¹⁹.

¹¹⁵ 2Cor 3,18.

¹¹⁶ JERÓNIMO, *Epist 9 (ad Heliodorum)*: PL 22, 590-591; *ibíd*, 353-354, 560-582.

¹¹⁷ Can 2,7; 3,5; 8,4.

¹¹⁸ Sal 62,3.

¹¹⁹ Cf. Sal 136.

¡Gran miseria es estar tan estropeados los saberes el día de hoy, pues hemos dejado la fuente de agua viva¹²⁰, y [en cambio] hemos cavado aljibes! Pero todavía es bueno que, cerrados los ojos como quien bebe una purga, trague vuestra reverencia estos tragos de amarguras por amor de Aquél que bebió hiel y vinagre en la Cruz¹²¹. Y para que lo pueda tragar, temple esa amargura con la dulzura de las Sagradas Escrituras y con las consolaciones de la oración. Porque, al que ama, ninguna cosa le es dificultosa. Y el que verdaderamente ama, no se busca a sí mismo ni busca su propio consuelo, sino sólo el contentamiento de Dios.

¹²⁰ Cf. Jr 2,13.

¹²¹ Cf. Mc 15,36.

LA ORACIÓN COMUNITARIA

Sumario de la Introducción del símbolo de la fe

Ed. Huerga: XIII/75-77; ed. Cuervo: IX/69-71.

A la excelencia de la fe es muy conexas y conjunta otra singular excelencia de nuestra santísima fe y doctrina cristiana, que es ser ella muy religiosa, esto es, dada al culto y veneración de Dios, y muy ocupada en sus alabanzas.

Para lo cual es de saber que, después de las tres nobilísimas virtudes teologales [que son: fe, esperanza y caridad], que tienen el principado entre todas las obras, porque tienen por objeto y blanco a Dios, a quien derechamente miran, tiene el segundo lugar ésta que llaman los teólogos *religión*¹²², que tiene a su cargo el culto y veneración a Dios, alabándole y dándole gracias por sus beneficios, y pidiéndole gracia y remedio para todas nuestras necesidades, como a verdadero remediador de todos los males, y ofreciéndonos pronta y alegremente a todas las cosas de su servicio. Y a esta virtud corresponde alabar y glorificar a Dios, y cantar y predicar las mismas perfecciones y grandezas que confiesa la fe. Por lo cual dije ser esta excelencia muy conjunta con la de creer alta y magníficamente en las grandezas de Dios, porque lo que la una confiesa, la otra predica y alaba.

Y para cumplir la Iglesia cristiana con lo que pide esta virtud, instituyó el Oficio divino de las siete horas canónicas, con los salmos e himnos y otras oraciones, y las fiestas del año, para lo cual asignó a los ministros de la Iglesia, así clérigos como religiosos y religiosas dedicadas y consagradas a Dios. Y no contenta con las alabanzas y oficios y oraciones del día, [la Iglesia] quiere que también parte de la noche se ocupe en estos mismos ejercicios. Y para esto ordenó que no solamente los religiosos, mas también las religiosas [...], se levanten de noche a las mismas horas. Para lo cual muchos, así ellos como ellas, se acuestan vestidos y en duras camas, para que más fácilmente despidan el sueño, y se hallen más hábiles y ligeros para cantar las alabanzas divinas.

¹²² Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 81. a. 1.

Y para esto, entre otras sagradas lecciones y oraciones, usa la Iglesia convenientísimamente los salmos de David, con los cuales ejercitamos los principales oficios de la religión, que son alabar a Dios y predicar sus grandezas y perfecciones, y las maravillas de sus obras. Y con ellos mismos le damos gracias por la muchedumbre de sus beneficios y misericordias, y le pedimos favor y gracia para guardar sus mandamientos, que es oficio propio de la oración, la cual corresponde a la misma virtud de la religión¹²³.

Porque la oración con la que pedimos a nuestro Señor estos favores y socorros, por la misma obra que hace, honra y glorifica Dios, testificando que Él es Padre de misericordias, y Dador universal de todos los bienes, y Autor de nuestra salvación. Y todas estas cosas contienen los salmos de David, pues están llenos del espíritu de Dios. Y así, quien devotamente los cantare, cumplirá con lo que se debe a esta insigne virtud de la religión, la cual después de las tres virtudes teologales, que miran derechamente a Dios, tiene ella el principado entre todas las virtudes morales, porque tiene a su cargo el culto y veneración del mismo Dios.

Mas los siervos de Dios que con toda diligencia anhelan la perfección, no se contentan sólo con esto. Y además de tener ellos cada día sus tiempos asignados para tratar con Dios en la oración, y darle gracias por sus beneficios, también procuran ordenar su vida de tal manera que toda ella sea una continua oración. Y por eso la mezclan en todos los tiempos y lugares, esto es, cuando se acuestan, cuando se levantan, cuando van a comer, cuando acaban de comer, cuando salen de casa, cuando quieren tratar algún asunto –por pequeño que sea–, y aun cuando quieren hablar, primero recurren a Dios con el profeta [David], diciendo: «Pon, Señor, guarda en mi boca, y cerradura en mis labios, para que no se desmanden en malas palabras»¹²⁴. Pues así, cuando son tentados, cuando atribulados, cuando las prosperidades por una parte y las adversidades por otra los cercan, ¿con qué armas pelean, y a qué puerto se acogen, sino al de la oración?

Y no menos toman ocasión para ella por cuantas cosas notables suceden en la vida humana. Y así, cuando oyen algo de los desastres

¹²³ Cf. *ibíd.*, II-II, q. 83, a. 3.

¹²⁴ Sal 141,3.

de esta vida, de las enfermedades, muertes y pecados del mundo, de los que Dios los ha librado, de aquí toman ocasión para darle gracias por esta liberación, pues entienden que no hay miseria, ni desastre, ni pecado en el que caiga un ser humano, en el que no pueda caer otro ser humano, si Dios no le guarda.

Pues cuando el sol sale y alegra el mundo con su luz, cuando ven el cielo estrellado en una noche serena, cuando miran las flores de los campos, el verdor de las arboledas, los cantos de las aves, la frescura de los valles, la claridad y perpetuo manantial de los ríos y de las fuentes, el resplandor de las perlas, y la variedad y fecundidad de las aves del aire, y de los animales de la tierra y los peces de la mar, de todas estas cosas toman motivos para alabar y glorificar al Creador de tantas maravillas, en las cuales como en un espejo lo ven y reverencian, rastreando por los efectos la hermosura y sabiduría y providencia de la primera causa, que es Dios.

De modo que, como dijo san Antonio [Abad]¹²⁵, todo este mundo les es un libro en el que leen las perfecciones y grandezas de Dios de tal manera, que los que saben filosofar y leer por medio de este libro, en todas las cosas ven a Dios, autor de todas ellas.

¹²⁵ Cf. ATANASIO, *Vita Antonii*: PG 26, 975.

LA DEVOCIÓN

Tener devoción no es sentir consolación

Libro de la oración y meditación

Ed. Huerga: I/291-293; ed. Cuervo: II/276-278.

Y dado que he de tratar aquí de las cosas que ayudan e impiden la devoción será necesario declarar primero qué cosa es la devoción, para que, entendida la grandeza del bien que pretendemos, nos inclinemos más al trabajo y a los medios por donde se alcanza.

Devoción, propiamente hablando, es una cosa bien diferente de lo que muchos entienden. Porque muchos piensan que la devoción es una ternura de corazón que sienten algunas veces los que oran, o alguna consolación y gusto sensible de las cosas espirituales, lo cual propiamente hablando no es devoción. Porque esta ternura y consolación sensible muchas veces la tienen seres humanos carnales y sensuales; y a veces, personas que están en pecado mortal; y por el contrario, muchas veces los santos varones no sienten nada de esto en su oración, y no es razonable decir que a éstos entonces les falte la verdadera devoción, ni tampoco que la tengan los otros, siendo como son.

Por esta causa, dice santo Tomás que devoción propiamente no es ternura de corazón, ni consolación espiritual, sino una prontitud y aliento para bien obrar y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de las cosas de su servicio. Porque, mirada la significación propia del vocablo, varón devoto es aquél que está dedicado y pronto para el servicio de nuestro Señor; y, por consiguiente, devoción será aquella prontitud con la que el ser humano está ofrecido y preparado para hacer su santa voluntad¹²⁶.

Y más allá de esto, llamamos devoción a aquello que acompaña siempre a la buena y santa oración. Y lo que siempre la acompaña es esta prontitud y fortaleza para todo lo bueno, lo cual muchas veces se halla sin aquellas consolaciones y ternuras de corazón. Donde, así como el caminante, después de que ha tomado su alimento, siente en

¹²⁶ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 82, a. 1.

sí un nuevo aliento y fortaleza para caminar, aunque no tomase gusto en lo que comió, así de la oración –que es un espiritual sustento del alma– es propio causar en ella una prontitud y aliento para andar por el camino de Dios, aunque algunas veces no sienta gusto en ella.

Este efecto de la oración nos lo representó el Salvador en aquella Oración del Huerto, de la cual se levantó la tercera vez con tan gran ánimo y fortaleza para ir a recibir a sus enemigos, que con una sola palabra los derribó [postrándose ellos] en tierra¹²⁷, aunque en tal oración no tuviese gusto ni alegrías espirituales, sino, por el contrario, agonía y tristezas tan grandes que le hicieron sudar gotas de sangre¹²⁸. Y esto quiso Él que fuese así, no porque su gracia y fortaleza creciese ni menguase con la oración –pues Él estaba lleno de todas las gracias–, sino para presentarnos en su persona la virtud y eficacia de la oración, la cual, si no alcanza siempre aquella ternura de corazón, por lo menos alcanza esta prontitud y fortaleza para todo trabajo. Y si no hace que Dios nos quite la carga, por lo menos hace que nos dé fortaleza para llevarla.

Mas es aquí de notar que de esta devoción y prontitud para lo bueno, muchas veces nace aquella consolación espiritual que los simples llaman «devoción»¹²⁹. Y por el contrario, esta misma consolación acrecienta la verdadera devoción, que es aquella prontitud y aliento para bien obrar, sirviendo como buena hija a su madre, y haciendo al ser humano tanto más pronto para las cosas de Dios cuanto más alegre y consolado anda dentro de sí mismo. De manera que se ayudan entre sí estas dos cosas una a otra como madre a hija e hija a madre. Lo cual muchas veces sucede en las cosas espirituales, como parece en estas dos virtudes: fe y caridad. Porque la fe es raíz y principio de la caridad, y la caridad es forma y alma de la fe.

Y que esta consolación susodicha acrecienta la devoción y prontitud para lo bueno, lo muestra claramente el profeta David, cuando dice: «Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón»¹³⁰. Esta dilatación procede de la alegría

¹²⁷ Cf. Jn 18,6.

¹²⁸ Cf. Lc 22,44.

¹²⁹ Cf. ibíd., II-II, q. 82, a. 4.

¹³⁰ Sal 119,32.

espiritual –porque es propio de la alegría dilatar el corazón, como de la tristeza encogerlo–, y esta alegría dice él que le hacía no andar paso a paso, sino correr con rapidez por el camino de esta santa ley, que es propio de la devoción.

Y ésta es la causa por la que los siervos de Dios pueden con mucha razón desear y pedir al Señor estas alegrías y consolaciones espirituales [...], no por el gusto y contentamiento que hay en ellas – porque esto sería más amor a uno mismo que amor a Dios–, sino por este provecho que nos traen para el bien obrar. Porque verdadera es aquella sentencia [de Aristóteles] que dice: «El deleite acaba las obras»¹³¹.

La importancia de la devoción

(Continuación) *Libro de la oración y meditación*

Ed. Huerga: I/293-294; ed. Cuervo: II/278-279.

De lo dicho parece claro cuán gran bien es la devoción, porque ella es una virtud que despierta todas las virtudes, y hace al ser humano ligero y pronto para todo lo bueno. Y además de esto, es muy alabada esta virtud, porque siempre anda en compañía de otras excelentes virtudes, que con ellas tiene gran vecindad y parentesco. Porque todo va a una misma cosa: devoción, oración, contemplación, ejercicio en el amor a Dios, consolaciones espirituales, y estudio de aquella divina sabiduría, que es conocimiento amoroso de Dios, que tantas veces es alabado en las Sagradas Escrituras.

Todas estas virtudes, aunque en la escuela andan apartadas, en el ejercicio andan juntas. Porque por la mayor parte donde está la perfecta oración, ahí está la devoción, y la contemplación, y la consolación, y el amor *actual* a Dios, con todo lo demás. Porque es tanta la semejanza que hay entre estas cosas, que fácilmente hay tránsito y pasaje de las unas a las otras, de donde viene a ser que, aunque estas virtudes en la naturaleza sean distintas, en el ejercicio – como dije– se encuentran juntas. Y así vemos que cuando los siervos de Dios se recogen a este ejercicio, primero comienzan por la

¹³¹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, X, 4.

meditación, y de ahí proceden a la oración; y después sucede que llegan a la contemplación; y con esto anda todo lo demás.

Pues siendo esto así, tratar ahora de los medios por donde se alcanza la devoción, es tratar de los medios por donde se alcanza la perfecta oración, y la contemplación, y las consolaciones del Espíritu Santo, y el amor a Dios, y la sabiduría del Cielo, y aquella beatísima unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual. Y finalmente, esto es tratar de los medios por donde se alcanza [en la medida de lo posible] al mismo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del Evangelio, aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas sus cosas¹³². Por lo que parece que ésta es una altísima y nobilísima teología; pues aquí se enseña el camino para el sumo Bien, y paso a paso se arma una escalera para subir por ella para alcanzar el fruto de la felicidad, según lo que en esta vida [imperfectamente] se puede alcanzar.

Cómo ayuda la devoción a la oración

Memorial de la vida cristiana II

Ed. Huerga: V/63-66; ed. Cuervo: III/288-291.

[Como ya se ha dicho] hay dos maneras de oración, una que se hace sólo con el corazón, por eso se llama *mental*, y es cuando pensamos atentamente en las cosas de Dios, y presentamos nuestras necesidades a aquel Señor para quien no es menos claro lenguaje el del corazón que el de la lengua [...].

Otra manera de oración hay, que a la voz del corazón añade las palabras de la boca, que es la que llaman *vocal*. La cual es en gran manera provechosa para todo género de personas, y mucho más para los que comienzan, si se hace con aquella atención y devoción con las que se debe hacer. Porque la devoción tiene aquí grandes despertadores en las palabras de Dios, que suelen ser unas espirituales saetas que hieren el corazón -como dice san Agustín¹³³-

¹³² Cf. Mt 13,46.

¹³³ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in psalmos*: PL 36, 398.

y unas espirituales brasas que lo encienden en su amor –como dice Jeremías¹³⁴–.

Y así, los que por falta de saber no tienen materia de meditación, o por falta de devoción no tienen lengua para hablar con Dios, se van en pos de estas sentencias y palabras divinas, y por aquí guían y levantan su espíritu, como hacen los niños, que cuando no saben por sí andar, se arriman a unas carretillas hechas artificiosamente para esto, y así se mueven al movimiento de ellas los que por sí solos no se pudieran mover.

Pues de esta manera los que no saben aún hablar con Dios con palabras propias, le hablan con las ajenas, con las cuales también provocan y despiertan su devoción. Y cuando las ocupaciones y los cuidados de esta vida mortal como pesas de plomo tiran de nuestro corazón y lo abajan a la tierra, entonces las palabras santas y devotas lo levantan al Cielo, porque la lectura de ellas prende el entendimiento, y así no le dejan por entonces distraerse ni dispersarse en otras cosas extrañas.

Y no sólo para los principiantes, sino también para los avanzados y los perfectos ayuda muchas veces esta manera de oración, cuando por distracción de ocupaciones, o trabajo de caminos, o fatiga de enfermedades, no pueden tan fácilmente levantar el espíritu a Dios, porque entonces es gran remedio ir poco a poco despertando y encendiendo la devoción con palabras santas y devotas.

Conforme a lo cual leemos del bienaventurado san Agustín que diez días antes de que muriese, mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales, y los pusiesen en una pared enfrente de él, y allí los estaba leyendo, derramando muchas lágrimas cuando los leía¹³⁵. Y con este mismo intento la Santa Madre Iglesia, llena del Espíritu Santo, ordenó los cantares de los salmos y de los otros oficios divinos, para despertar con aquellas celestiales voces la devoción de los que oran.

Donde no sólo la virtud y el sentido de las palabras, sino también la suavidad y la melodía de las voces penetra el corazón y

¹³⁴ Cf. Lm 1,13.

¹³⁵ Cf. POSIDIO, *Vida de san Agustín*, 31: PL 32,63.

despierta la devoción, como leemos del mismo san Agustín, el cual derramaba muchas lágrimas y sentía gran dulzura oyendo los cantares e himnos de las voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban¹³⁶. Porque –como dice un filósofo– naturalmente es tan deleitable la música a nuestra alma, que hasta los niños en la cuna se adormecen y callan con la suavidad de las voces de las madres, que les están dulcemente cantando.

Mas así como las palabras santas y devotas ayudan a despertar la devoción cuando está dormida, así después de que está ya despierta y encendida, muchas veces la podrían impedir. Porque cuando el alma se levanta y suspende en algún gran afecto y sentimiento de amor o temor [reverencial] a Dios, o de la admiración de sus obras, entonces querría ella estarse quieta, y no salir de allí, donde el Espíritu Santo le da aquel sentimiento, y pensar o hablar en otra cosa le es gran sacrificio. Y cuanto más aquí se juntan las fuerzas del alma a gozar de esta fiesta que Dios le hace, tanto queda más agarrotada la lengua y todos los otros miembros y sentidos para menos poder usar de sus oficios ni acudir a otra cosa.

Pues cuando algunas veces el ser humano se viere en esta disposición, y sintiere que la pronunciación de las palabras le es algún impedimento de su devoción, debe dejar entonces las palabras –como dice santo Tomás en la *Secunda Secundae*, en la cuestión 83¹³⁷–, porque no es razón que lo que se ordenó para la devoción, milite contra esa misma devoción, para la cual se ordenó. Por lo que parece que no aciertan algunas personas devotas que, rezando algunas oraciones por sus libros o por sus cuentas [del rosario], y dándoles nuestro Señor alguna señalada devoción y sentimiento de ellas, y viendo que entonces el proceder y pasar adelante les impide el gusto y sentimiento de aquello que se les dio, todavía prosiguen su intento, no mirando que esto es huir de lo que buscan, y desechar lo que ya tenían, pues nos consta que todo esto se ordena a la devoción, y que las palabras devotas tanto tienen de más o menos provecho, cuanto más o menos sirven para este propósito.

Verdad es que esto no se entiende en las oraciones públicas, que se ordenaron para la edificación del pueblo, ni en aquéllas a las que

¹³⁶ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IX, 6: PL 32, 769.

¹³⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, q. 83. a. 12.

el ser humano está obligado por razón de algún voto o de otro vínculo semejante, sino en las que él toma por su voluntad para despertar con ellas su devoción.

Y porque, regularmente hablando, al principio de la oración está la persona fría, y al medio y fin más encendido [...], por tanto es muy buen consejo, cuando así se hallare, que es siempre o casi siempre, que comience por la oración vocal y acabe en la mental, rezando primero por el libro, o en la oración comunitaria, las oraciones que para esto tuviere señaladas. Y después, cuando ya la devoción se comenzare a encender, proceda a la otra manera de orar, ya sea pensando en algún paso de la vida de Cristo, o en algunos de sus beneficios, etcétera, o hablando con Él, o dándole gracias por los beneficios, o pidiéndole nuevas mercedes [...].

Este aviso es muy importante para los que no tienen tan fáciles las entradas a la devoción.

Cosas que ayudan a la devoción

Guía de pecadores (texto primitivo)

Ed. Huerga: II/399-400; ed. Cuervo: X/400-401.

Para este mismo ejercicio hace mucho al caso procurar todas aquellas cosas que ayudan a la devoción, y evitar todas aquellas que la impiden, porque [...] así como la consideración ayuda a la devoción, así también la devoción a la misma consideración de donde nace, lo cual es común a todas las virtudes, que tienen esta manera de conexión, porque las unas se ayudan a las otras como madre a hija e hija a madre.

Las cosas, pues, que ayudan a la devoción, son muchas:

- I. Porque primeramente ayuda a tomar estos santos ejercicios muy de veras y muy a pecho, hacerlo con un *corazón muy determinado y ofrecido* a todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea.
- II. Ayuda también la *guarda del corazón* de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y

amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos apasionados, pues está claro que cada cosa de éstas impide la devoción, y que no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar, que la guitarra para tañer.

- III. Ayuda también la *guarda de los sentidos*, especialmente de los ojos, y de los oídos, y de la lengua. Porque por la lengua se derrama el corazón, y por los ojos y los oídos se llena de diversas imágenes de cosas con las que se perturba la paz y sosiego del alma. Por lo que con razón se dice que el contemplativo ha de ser sordo, y ciego, y mudo, para que, no derramándose nada por fuera, esté todo recogido por dentro.
- IV. Ayuda para esto mismo la *soledad*, porque no sólo quita las ocasiones de distracción a los sentidos y al corazón, sino también anima al ser humano a que more dentro de sí mismo y trate con Dios y consigo.
- V. Ayuda también la *lectura de libros espirituales y devotos*, porque dan materia de consideración, y recogen el corazón, y despiertan la devoción, y hacen que la persona de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente.
- VI. Ayuda la *memoria continua de Dios* y el uso de aquellas breves oraciones que san Agustín llamó *jaculatorias*¹³⁸, porque éstas guardan la casa del corazón y conservan el calor de la devoción, como arriba se dijo.
- VII. Ayuda también la continuación y perseverancia en los *buenos ejercicios*, en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente a la noche o a la madrugada, que son los tiempos más convenientes para la oración, como toda la Escritura nos enseña.
- VIII. Ayudan las *asperezas y abstinencias corporales*, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina, y otras cosas semejantes, porque todas estas cosas, así como nacen de la devoción, así despiertan, conservan y acrecientan la raíz de donde nacen.

¹³⁸ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Epist. 130 (ad Probam)*: PL 33, 501.

- IX. Ayudan finalmente las *obras de misericordia*, porque nos dan confianza para presentarnos delante de Dios, y acompañan nuestras oraciones con servicios, para que no se puedan llamar del todo ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recibida la oración, pues ésta procede de un misericordioso corazón.

LA ASCESIS

El camino de la Cruz*Introducción del símbolo de la fe III*

Ed. Huerga: XI/133-136; ed. Cuervo: VII/122-128.

La doctrina de este capítulo no es para todos, sino sólo para aquéllos que anhelan la aspereza, pobreza y perfección de la vida evangélica. Para lo cual aprovecha en tanto grado el misterio de la Cruz, que parece haber sido instituido sólo para esto. Porque para ayudar a un género de vida en el que todo es cruz, no podía haber otro medio más eficaz y más proporcionado que el misterio de la Cruz.

Mas este árbol sagrado tiene ramas altas y bajas, porque en él hallarán todos los grandes y pequeños y todos los fuertes y débiles lo que a cada cual de todas las formas de vida corresponde, puesto que mucho más sirve para los perfectos, como árbol de suma perfección; y tal es la que en este fruto queremos declarar.

Para lo cual será necesario explicar en qué consiste la *perfección de la vida cristiana*. Para entendimiento de esto conviene declarar la diferencia de las dos principales partes de las que el ser humano está compuesto, que son *cuerpo* y *alma*, entre las cuales hay tan gran distancia que la una es de la condición de los animales, y así come, y bebe, y duerme, y sufre y muere como ellas; mas la otra, que es el espíritu, es de la condición de los ángeles, y así según su propia naturaleza ninguna cosa corporal apetece ni le anima, sino solamente las cosas espirituales, como son las virtudes, y la sabiduría, y el conocimiento y el amor a su Creador, porque éstas son conformes a su naturaleza, como al cuerpo las suyas, porque cada cosa disfruta con su semejante y con lo que es conforme a su naturaleza.

Pues como en el ser humano hay estas dos partes tan desiguales, está en su mano escoger con cuál de ellas se quisiere conformar, porque en sí mismo tiene principios para la una y para la otra. Y si escogiere vivir vida corporal, ha de hacerse semejante a los animales, los cuales en ninguna cosa se ocupan sino en buscar lo que conviene para sus cuerpos, ya sea para su sustento, ya para sus gustos y

deleites. Mas si escogiere vivir conforme a la condición de su espíritu, ha de hacerse semejante a los ángeles, que toda su dedicación la emplean en la contemplación, amor y servicio de su Creador.

De aquí es lo que san Agustín dijo sobre san Juan: que la vida del ser humano estaba en medio de los animales y de los ángeles¹³⁹. Por lo cual, si viviere según los apetitos de su carne, será semejante a los animales, y si conforme a las leyes del espíritu, tendrá compañía con los ángeles.

Pues viniendo a nuestro propósito, decimos que la perfección de la vida cristiana consiste en que, despreciados todos los gustos y halagos de la carne y todos sus apetitos y deseos desordenados, sigan las leyes y condición del espíritu, abrazando y procurando aquellas cosas espirituales que dijimos, imitando la pureza de los ángeles, y ejercitando en la tierra lo que ellos hacen en el Cielo, que es amar y alabar a su Creador, y pensar en sus grandezas y maravillas. Ésta es la forma de vida que vivieron todos los santos, y particularmente aquellos que se apartaron a los desiertos, donde renunciadas todas las cosas del mundo, y contentándose con raíces de hierbas o algún otro pobre alimento, y quitados de la compañía de los seres humanos, gastaban los días y las noches tratando y conversando con Dios.

Mas aquí es de notar que la carne, enemiga del espíritu, resiste poderosísimamente a esta manera de vida, que la priva de los gustos y contentamientos de los que ella tiene una sed y un hambre más que caninas. Para lo cual ayudan a la carne todos los sentidos corporales, que naturalmente apetecen todas las cosas que los deleitan, porque el gusto quiere cosas sabrosas, el tacto cosas blandas, los ojos desean ver cosas agradables, las narices oler cosas suaves. Ayuda también a la carne la presencia de las cosas que ella apetece, que suele mover mucho los corazones, y juntamente con esto el beneficio y usufructo que recibe de ellas, y sobre todo esto nuestro común adversario, que atiza y sopla las brasas de nuestros apetitos y los enciende, con lo cual hace entender a los seres humanos que lo superfluo y demasiado es necesario.

Pues con estas armas y favores pelea tan fuertemente la carne contra el espíritu que casi a todo el mundo lleva tras de sí. Mas, por

¹³⁹ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *La ciudad de Dios*, XII, 21: PL 41, 372.

el contrario, el espíritu de los que anhelan la perfección de la vida cristiana, ayudado con los favores y socorros de la gracia y con la presencia del Espíritu Santo, que en ellos mora, pelean con mejores armas contra la tiranía y malas inclinaciones de la carne, sometiéndola y haciéndola servir y obedecer a las leyes del espíritu cuando ella repugna y contradice a lo que él manda.

Pero no se contentan sólo con esto, mas aún fuera de esta ocasión y necesidad le dan sacrificada vida y le hacen muchos malos tratamientos para avasallarla y someterla y habituarla a obedecer, y para estar ellos más señores de ella cuando es necesario. Porque así como los que se crían para la guerra se suelen ejercitar en las armas, aprendiendo a jugar con ellas, y escaramuzando, combatiendo, luchando y aprendiendo en tiempo de paz y sin ver al enemigo, lo que han de hacer en el tiempo de la guerra, así estos fornidos caballeros, por estar más diestros en resistir a la carne cuando contradice al espíritu, pasan más adelante, y fuera de esta ocasión [cuando no hay que combatir contra las tentaciones] la traen domada y maltratada para producir con este ejercicio aquel santo rechazo que el Señor nos encomienda contra ella, y para no hallarse nuevos y desacostumbrados cuando es necesario resistirla. Y así escribe Teodoreto en la *Historia religiosa*¹⁴⁰ de algunos particulares santos, tanto hombres como mujeres, que traían en sus cuerpos grandes pesos de hierro y otras semejantes cargas.

Otros hay que traen continuamente cilicios de muchas maneras, otros que toman disciplinas todos los días. De modo que no sólo cuando la necesidad de la tentación lo pide, sino fuera de ella, tratan sus cuerpos con este rigor, y así no se les hace malo resistirle cuando la ley de Dios y la razón lo piden. Pues con la continuación de este ejercicio, y más con los favores de la gracia, viene la carne poco a poco a hacerse a las armas, que es a espiritualizarse y acomodarse a la voluntad del espíritu y a obedecerle sin tanto trabajo y molestia.

A esta manera de perfección nos exhorta el Salvador cuando dice: «El que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame»¹⁴¹. Esta sentencia, aunque el Señor la propuso a todos, tanto a perfectos como a imperfectos, según dice san Marcos,

¹⁴⁰ Cf. TEODORETO DE CIRO, *Historia religiosa*: PG 82, 1468.

¹⁴¹ Mc 8,34.

conviene diferentemente a unos y otros, según la diferencia de su forma de vida. La cual sentencia es tan compendiosa, que un religioso varón, el cual se ocupaba siempre en la guarda de ella, solía decir que debía hacer un libro, y que en todas las hojas de él no debía escribir más que sólo esta sentencia [del Salvador], entendiendo que ésta lo abarcaba todo.

El *negarse a sí mismo* dice mucho, porque significa la repulsión y repugnancia perpetua que hemos de tener con nuestra carne. Porque esta negación no ha de ser contra los intentos y deseos del espíritu, porque él, según la naturaleza, no apetece cosas carnales sino espirituales, que son conformes a su naturaleza. Por lo cual esta negación a sí mismo se entiende de una parte de nosotros, que es nuestra carne.

Y esta negación ha de ser tan general, si tratamos de la perfección de la vida evangélica, que sacado aquello que puntualmente es necesario para la vida, sin lo cual ella no podría permanecer, renunciemos a todo lo demás. Y así, negarse a sí mismo es negar a la carne sus gustos y placeres y contentamientos y propias voluntades y privarla de todos los deleites desordenados de los sentidos.

Todo esto se ha de negar al cuerpo, a todo esto se le ha de decir que no, y esto entiendo que es negarse a sí mismo. Y el llevar la cruz cada día es tomar con paciencia todos los sacrificios de enfermedades, de pobreza, de persecuciones o de tentaciones que por permisión divina nos vinieren, resignándonos en las manos de Dios con segura confianza que todo esto permite Él y ordena para nuestro bien, aunque de presente no lo veamos. El seguir a Cristo también es cruz, porque esto es imitarle y seguirle por el camino que Él fue, que es camino de sacrificios, de obediencia y de paciencia.

Pues siendo ésta la perfección de la vida evangélica, ¿qué cosa nos podía más fortalecer y animar a ella que el árbol de la santa Cruz? ¿Qué cosa más eficaz para causar una cruz que otra Cruz, pues es sentencia de filósofos que «un semejante engendra a otro semejante»? ¿Quién será tan descomedido, o tan ciego, o tan ingrato, que viendo al Señor de todo lo creado, Aquel que es resplandor e imagen del Padre, Aquel que con su omnipotencia creó todas las cosas, y las ordenó con su sabiduría, y las gobierna con su providencia, cuyas

riquezas, cuya bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo creado, ni con otros mil mundos que crease, puede crecer, que con todas estas grandezas por su sola bondad y misericordia y por hacernos amadores de la virtud y de todos los honestos trabajos, padeciese Él tantos tormentos en su muerte y tantas maneras de fatigas en su vida, hambre, sed, frío, calor, vigiliias, cansancios de caminos, y tan gran pobreza que se mantenía con las limosnas que le hacían aquellas santas mujeres que le seguían?

Pues, ¿cómo será tan inmoderado el siervo que quiera ser más rico y más bien tratado que su Señor? ¿Cómo no padecerá por sus propias culpas lo que el Señor padeció por las ajenas? ¿Cómo puede obsequiar a la carne mal inclinada, viendo cómo este Señor trató la suya, que era inocentísima? ¿Cómo pretenderá entrar descansado en la gloria ajena, viendo con cuántos sacrificios entró este Señor en la suya propia?

Pues, según esto, ¿quién no ve cuántos motivos y fuerzas para el sacrificio, y cuántas maneras de consolaciones han de tener en este árbol de la Cruz todos los seguidores de la aspereza y pobreza evangélica para todos los sacrificios que en ella se les ofrecieren?

El desierto

Sermones de tiempo I/1

Ed. Huerga: XXIV/535-539.

En este punto debemos preguntarnos por qué Juan [el Bautista], dotado de tan insigne santidad, pasó toda su vida en soledad, siendo así que Cristo Señor, espejo de la verdadera santidad, vivió en celebridad y trató mucho con la multitud.

Son varias las razones que ponen los Santos Padres, pero parece la principal que a la soledad debe acudir sólo aquel a quien le daña estar con la gente. Cristo Señor no tenía necesidad de este refugio en la soledad, porque donde estuviera se encontraba en soledad; esto es, donde se hallara era inocente, pues no recibía Él la santidad de los lugares, sino que era él mismo el que santificaba todos los lugares. Juan, sin embargo, aunque lleno de gracia, y santo desde el vientre de su madre, no era del todo inmune a la llama del pecado, por lo que

necesitó de esta huida con la que evitaba toda ocasión de pecar ayudándose de la soledad.

Solamente la Virgen santísima estuvo libre de mancha, esto es, de la inclinación al pecado. No era honroso, por su dignidad de Madre de Dios, que en ella hubiera ni siquiera pecado venial, o inclinación a cometerlo. Pero los demás santos, aunque santificados desde su concepción y en consecuencia confirmados por la gracia, no estaban completamente libres de pecados veniales ni de su inclinación a ellos; lo que en verdad es un gran consuelo para nuestra debilidad, pues tenemos como compañeros de la misma a personas santísimas y muy queridas por Dios. Por eso Juan, consciente de su debilidad, decide sabiamente huir al desierto, para estar tanto más libre de todo pecado cuanto más apartado de toda ocasión de pecar y trato con las personas.

Siendo esto así, ¿qué podemos esperar de quienes, aun cuando se abrasan en las más encendidas pasiones y se hallan en medio de trampas, no sólo no ponen cuidado en evitar las ocasiones, sino que voluntariamente se lanzan a ellas como contra personas armadas, contra espadas desenvainadas, contra lanzas centelleantes y dagas que sólo buscan la muerte?

En verdad, es tan grande la debilidad del ser humano, y su inclinación a pecar, que apenas hay nadie inmune a los pecados, si no es el que evita la ocasión con el mismo cuidado que al pecado mismo. Quienes no lo hacen aprenderán en su propio mal el peligro tan grande en el que se hallan, pues suele el Señor castigar esta temeridad con grandes e inesperadas calamidades. Y al contrario, se cuida mucho de proteger al que, consciente de su debilidad, se aparta con prudencia de todos los peligros.

San Rogerio, uno de los principales compañeros de san Francisco, aunque brillaba por su pureza casi angélica y su castidad, procuraba huir de toda compañía de mujeres. Y cuando su confesor, que conocía su pureza y castidad en este sentido, le preguntó por qué evitaba con tanto cuidado la presencia y trato familiar con las mujeres, él, a quien por la gracia de Dios se le había concedido el don singular de la castidad, contestó:

«Justo por esto se me ha dado este beneficio divino, porque me propuse evitar con todo cuidado los incentivos del amor impuro. Si no lo hiciera, me vería privado, quizás, de este beneficio divino por justo designio de Dios».

El ayuno

Compendio de doctrina cristiana II

Ed. Huerga: XXI/69-71; ed. Cuervo: XIII/271-272.

Es de saber que, así como algunos acostumbran a decir que los ruegos secos valen poco para las personas, así también se puede decir, a su manera, que valen poco para con Dios cuando dichos ruegos podían ir acompañados con buenas obras [pero no lo hacen]. Porque, como dice el Señor en su Evangelio: «No todo el que dice “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre»¹⁴². Y por esto aconsejan todos los santos que para que nuestra oración sea aceptada, debe ir acompañada con buenas obras, especialmente con ayuno y limosna, que son las que más corresponden con esta verdad y más a propósito vienen con ella, como el ángel de Dios lo declaró a Tobías cuando dijo: «Más vale la oración con el ayuno y con la limosna, que amontonar tesoros de oro»¹⁴³.

Y particularmente el ayuno es necesario para la oración, porque descargando y aliviando el cuerpo del peso del sustento, queda el espíritu más hábil para volar al Cielo, como vemos por experiencia que la garza, cuando, acosada por los halcones, quiere subir a lo alto, se alivia desembuchando y lanzando los peces que ha comido, para volar más ligera.

Pues para esto es necesaria la abstinencia y el ayuno, con el cual no consentimos que la carne de tal manera se enlode en los deleites de este mundo, que lleve por fuerza a nuestro corazón en pos de sí mismo, y ocupe nuestra memoria, y sea una enemiga y contraria de los bienes y deleites del espíritu, y que con su fortaleza y ferocidad

¹⁴² Mt 7,21.

¹⁴³ Tob 12,8.

esté siempre a la puerta, como para resistirles e impedirles la entrada, y para echarlos de casa.

Aquí es para saber que hay tres maneras de ayuno, uno *general*, que es refrenarse el ser humano de todo género de vicios, ayunando y guardando la boca y el corazón de murmurar, codiciar y de todos los otros vicios. Hay otro ayuno que llaman *filosófico*, que usaban los filósofos virtuosos tomando templadamente el alimento, para sustentación de la vida y no para saciedad y deleite del cuerpo.

Hay otra tercera manera de ayuno que se llama *canónico* y *eclesiástico*, cuando en ciertos días hacemos abstinencia de carne, y nos contentamos con una sola comida, conforme a la determinación de la Iglesia, para domar la carne, y solicitar el espíritu, y satisfacer a Dios por nuestras culpas, y obedecer a los mandamientos de la Iglesia, y alcanzar de Dios lo que le pedimos, mediante la aflicción y la humillación de nuestra carne. A este ayuno nos llama el Señor por su profeta [Joel] diciendo: «Convertíos a mí de todo vuestro corazón con ayunos y lloros y llantos»¹⁴⁴. Y un poco más abajo: «Tocad –dice él– una trompeta en Sion, y santificad el ayuno»¹⁴⁵. El cual se santifica acompañándolo con otras buenas obras, porque por aquí se alcanza el perdón de los pecados y la gracia del Señor.

Y así miremos, como alega san Jerónimo¹⁴⁶, que Daniel, varón de deseos, mediante el ayuno alcanzó los secretos divinos, y los ninivitas por él aplacaron la ira del Señor, y Moisés y Elías con el ayuno de cuarenta días merecieron la saciedad y alimento de la comunicación de Dios. Y el mismo Señor y Salvador nuestro ayunó en el desierto otro tanto tiempo para dejarnos con su ejemplo consagrados los días de nuestro ayuno. Y a los Apóstoles les dijo que había un cierto género de demonios que no se vencían sino con oraciones y ayunos¹⁴⁷. Y el Apóstol san Pablo muchas veces dice que ayunó. Y el profeta real [David] dice que comía ceniza como pan, y mezclaba su beber con lágrimas, y que cuando era perseguido por sus enemigos [espirituales] afligía su carne con ayunos¹⁴⁸. Finalmente,

¹⁴⁴ Jl 2,12.

¹⁴⁵ Jl 2,15.

¹⁴⁶ Cf. JERÓNIMO, *Contra Iovinianum*, II, 15: PL 23, 322.

¹⁴⁷ Cf. Mt 17,20-21.

¹⁴⁸ Cf. Sal 102,6-10.

como dice el Apóstol [san Pablo]: «Todos los que son de Cristo, crucifican su carne con todos sus vicios y codicias»¹⁴⁹.

La limosna

(Continuación) *Compendio de doctrina cristiana II*

Ed. Huerga: XXI/71-73; ed. Cuervo: XIII/272-274.

También la limosna y misericordia es una gran ayudadora de la oración. La razón de esto está muy clara para cualquiera que esté ejercitado en la maestría que la divina Escritura usa, porque lo principal que en la oración pretendemos es animar a la divina Majestad a que tenga misericordia de nosotros y alargue la mano de sus infinitos bienes para el remedio de nuestras necesidades.

También la verdadera oración, o el que verdaderamente ora, no es interesado para sí solo, ni quiere solamente para sí el remedio, ni busca daño de persona alguna. Pues con la limosna se humilla el ser humano, y profesa todo esto cuando, con pedir la misericordia del Cielo, no niega él la que puede hacer en la tierra, y es como si dijese a Dios:

«Señor, no quiero yo vuestras misericordias para alzarme con ellas, porque ladrón sería si tal hiciese, que vuestras son y no mías. No las quiero para daño de mis hermanos, pues las merecen ellos mejor que yo. De éstas de las que Vos me tenéis hecho merced, quiero repartir en señal y declaración que, como obra vuestra, uso de misericordia, como Vos siempre la usasteis conmigo. Y no permitáis Vos sobre mí tanto mal que con mis mismas obras yo me condene, viniendo a pedir os misericordia, y no usándola con mi prójimo».

Veis aquí cómo por la limosna se nos dan a entender todas las obras de las que somos obligados al prójimo.

Mas aquí es para saber que la limosna no solamente es provechosa porque ayuda a la oración, sino también por sí misma, porque es excelentísima virtud, pues ella hace al ser humano hijo de

¹⁴⁹ Ga 5,24.

Dios e imitador de Dios en aquello que es más glorioso y más alabado en Dios, que es en la misericordia. Por esto nos aconseja nuestro Salvador diciendo: «Sed misericordiosos así como vuestro Padre es misericordioso»¹⁵⁰, el cual Salvador corría por las ciudades y lugares «haciendo bien y sanando a todos los que estaban oprimidos por el demonio»¹⁵¹.

Mil testimonios hallaremos de esto en las Escrituras divinas. En un lugar dice el Señor: «Dad por amor a Dios lo que os sobra, y todas vuestras culpas serán limpiadas»¹⁵². Y en otro lugar: «Vended vuestras haciendas y dad limosna, y atesorad en sacos que no se envejecen un tesoro que nunca os falte en los Cielos»¹⁵³. Y en otro lugar: «Ganad –dice Él– amigos con el dinero que suele servir a la vanidad, para que cuando fallezcáis os reciban en las moradas eternas»¹⁵⁴. Y el Eclesiástico dice: «El fuego encendido se apaga con agua, y los pecados con la limosna»¹⁵⁵. Y el ángel san Rafael dijo a Tobías: «La limosna libra de la muerte y purga los pecados, y hace al hombre alcanzar misericordia y vida eterna»¹⁵⁶. Y, por el contrario, dice Santiago que «se hará juicio sin misericordia al que no usare de misericordia»¹⁵⁷. Mas por el contrario dice Cristo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»¹⁵⁸.

También tenemos ilustres ejemplos en las mismas Escrituras de personas misericordiosas. De Lot se dice haber agradado a Dios por la virtud de la hospitalidad¹⁵⁹, que es oficio de recoger huéspedes y peregrinos en casa. Las limosnas de Tobías y del Centurión pudieron tanto, que subieron ante el acatamiento de Dios, y tuvieron a los ángeles no sólo por testigos de ellas sino también por alabadores. Zaqueo, movido por las palabras de Cristo, de príncipe de los publicanos se hizo espejo de misericordia, porque la mitad de sus

¹⁵⁰ Lc 6,36.

¹⁵¹ Hch 10,38.

¹⁵² Lc 11,41.

¹⁵³ Lc 12,33.

¹⁵⁴ Lc 19,9.

¹⁵⁵ Eclo 3,30.

¹⁵⁶ Tob 12,9.

¹⁵⁷ Sant 2,13.

¹⁵⁸ Mt 5,7.

¹⁵⁹ Cf. Gn 19,2.

bienes daba a los pobres¹⁶⁰. Y Tabita, mujer religiosa, después de muerta fue resucitada por san Pedro Apóstol, por las limosnas y buenas obras que hacía, como escribe san Lucas¹⁶¹.

Remedios para los siete pecados capitales

Guía de pecadores (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/415-416; ed. Cuervo: I/398-399.

Para el tiempo de pelear, que es cuando alguno de los vicios tienta nuestro corazón, puedes usar de estas breves sentencias que nos dejó escritas un religioso varón, el cual contra cada uno de los vicios se armaba de esta manera:

- Contra la *soberbia* decía: «Cuando considero a cuán gran extremo de humildad se abajó aquél altísimo Hijo de Dios por mí, nunca tanto me pudo abatir alguna criatura, que no me tuviese por digno de mayor abatimiento».
- Contra la *avaricia* decía: «Como entendí que con ninguna cosa podía mi alma tener saciedad sino sólo con Dios, me pareció que era gran locura buscar otra cosa fuera de Él».
- Contra la *lujuria* decía: «Después de que entendí la grandísima dignidad que se da a mi cuerpo cuando recibe el sacratísimo Cuerpo de Cristo, me pareció que era gran sacrilegio profanar el templo que para sí consagró, con la torpeza de los pecados carnales».
- Contra la *ira* decía: «Ninguna injuria de seres humanos bastará para turbarme, si me acordare de las injurias que yo tengo hechas contra Dios».
- Contra el *odio* y la *envidia* decía: «Después de que entendí cómo Dios había recibido a un tan gran pecador como yo, no pude querer a nadie mal, ni negarle perdón».

¹⁶⁰ Cf. Lc 19,8.

¹⁶¹ Hch 9,40.

- Contra la *gula* decía: «Quien considerare aquella amarguísima hiel y vinagre que en medio de sus tormentos se dio por último alimento al Hijo de Dios, que por ajenos pecados padecía, tendrá vergüenza de buscar alimentos delicados y exquisitos, teniendo tanta obligación de padecer algo por sus propios pecados».
- Contra la *pereza* decía: «Como entendí que después de tan brevísimo trabajo se alcanzaba gloria perdurable, me pareció que era pequeña cualquier fatiga que por esta causa se padeciese».

LA GRACIA

¿Qué es la gracia?

Guía de pecadores (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/147-148; ed. Cuervo: I/133-134.

La paternal providencia es [...] la fuente de todos los otros privilegios y beneficios que Dios hace a los suyos. Porque a esta providencia concierne proveerles de todos los medios necesarios para conseguir su fin, que es su última perfección y felicidad, así ayudándoles y dándoles la mano en todas sus necesidades, como creando en sus almas todas aquellas habilidades y virtudes y todos los hábitos *infusos* que para esto se requieren. Entre los cuales el primero es la gracia del Espíritu Santo, que después de esta divina providencia es el principio de todos los otros privilegios y dones celestiales. Y así, ésta es aquella primera vestidura que se dio al hijo pródigo cuando fue recibido en la casa de su padre¹⁶².

Y si me preguntases qué cosa es esta gracia, digo que gracia, como declaran los teólogos¹⁶³, es una participación de la naturaleza divina, esto es, de la santidad, de la bondad, de la pureza y la nobleza de Dios, mediante la cual expulsa el ser humano de sí la bajeza y villanía que le viene por parte de Adán, y se hace participante de la santidad y nobleza divina, despojándose de sí, y vistiéndose de Cristo. Esto declaran los santos con un común ejemplo del hierro echado en el fuego, el cual sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandeciente como el mismo fuego, de manera que, permaneciendo la misma sustancia y nombre de hierro, el resplandor, y el calor, y otras tales cualidades físicas son de fuego. Pues, de esta manera, la gracia, que es una cualidad celestial, la cual infunde Dios en el alma, tiene esta maravillosa virtud de transformar al ser humano en Dios de tal manera que, sin dejar de ser un ser humano, participe a su manera de las virtudes y pureza de Dios, como las había participado aquél que decía: «Vivo yo, ya no yo, mas vive en mi Cristo»¹⁶⁴.

¹⁶² Cf. Lc 15,11-32.

¹⁶³ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I-II, q. 110, a. 3.

¹⁶⁴ Ga 2,20.

Gracia es también una forma sobrenatural y divina, la cual hace al ser humano vivir tal vida, cual es el principio y forma de donde procede, que es también sobrenatural y divina. En lo cual resplandece maravillosamente la providencia de Dios que, así como quiso que el ser humano viviese dos vidas, una natural y otra sobrenatural, así para esto le proveyó de dos formas que son como dos almas de estas vidas, una para vivir la una, y otra para la otra. De donde, así como del alma, que es forma natural, proceden todas las potencias y sentidos con los que se vive la vida natural, así de la gracia, que es forma sobrenatural, proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, con los que se vive la otra vida sobrenatural, que es como quien proveyese a un ser humano que tuviese dos oficios, con dos tipos de instrumentos para trabajar con ellos.

Gracia también es un ropaje y ornamento espiritual del alma hecho por mano del Espíritu Santo, el cual la hace tan agraciada y hermosa a los ojos de Dios, que la recibe por hija y por esposa suya. Del cual ropaje se gloriaba el profeta [Isaías] cuando decía: «Gozando me gozaré en el Señor, y mi alma se alegrará en mi Dios, porque Él me ha vestido con vestidura de salvación y envuelto con ropas de justicia, y así como a esposo me ha puesto una corona en la cabeza, y como a esposa me ha ataviado con todas sus joyas y ropajes»¹⁶⁵, que son todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, con los que el alma del justo está adornada y ataviada por mano de Dios. Ésta es aquella vestidura de muchos colores, con la que está vestida la hija del rey, sentada a la diestra de su esposo¹⁶⁶, porque de la gracia proceden los colores de todas las virtudes y hábitos celestiales, en los que está su hermosura.

Efectos de la gracia

(Continuación) *Guía de pecadores* (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/148-150; ed. Cuervo: I/134-136.

De lo dicho se puede entonces entender cuáles son los efectos que esta gracia obra en el alma donde mora. Porque un efecto suyo, y el más principal, es hacer al alma tan agraciada y hermosa a los ojos

¹⁶⁵ Is 61,10.

¹⁶⁶ Cf. Sal 45,14-16.

de Dios, que la tome –como dijimos– por hija, por esposa, por templo y morada suya, donde tenga sus deleites con los hijos de los seres humanos.

Otro efecto es, no sólo hermosearla, sino también fortalecerla mediante las virtudes que de ella proceden, que son como otros cabellos de Sansón, en los cuales consiste no sólo la hermosura, sino también la fortaleza del alma. Y de lo uno y de lo otro es alabada en el libro del Cantar de los Cantares cuando, maravillándose los ángeles de su hermosura, dicen: «¿Quién es ésta que sube a lo alto como la mañana cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como los batallones bien ordenados?»¹⁶⁷. Por lo que parece que la gracia es como una armadura trenzada que arma al ser humano de pies a cabeza, y le hace fuerte y hermoso; y tan fuerte que –como dice santo Tomás– el menor grado de gracia basta para vencer todos los demonios y todos los pecados del mundo¹⁶⁸.

Otro efecto suyo es hacer al ser humano tan grato y de tanta dignidad a los ojos de Dios, que todas cuantas obras deliberadas hace, que no sean pecados, le son gratas y merecedoras de vida eterna. De suerte que no sólo los actos de las virtudes, mas las obras naturales, como son el comer, el beber, el dormir, etcétera, son gratas a Dios, y merecedoras de este tan gran bien, porque por serle tan agradable el sujeto, es agradable y meritorio todo cuanto hace, no siendo malo.

Otro efecto es hacer al ser humano hijo de Dios por adopción y heredero de su Reino, y escribirle en el libro de vida donde están escritos todos los justos, y así tener derecho a aquella riquísima heredad del Cielo. Este es aquel privilegio que ponderaba el Salvador a sus discípulos, cuando viniendo ellos muy ufanos por ver que hasta los demonios les obedecían en su nombre, les respondió diciendo: «No tenéis de qué alegraros por tener señorío sobre los demonios; mas alegraos porque vuestros nombres están escritos en el Reino de los Cielos»¹⁶⁹, pues está claro que éste es el mayor bien que el corazón humano en esta vida puede desear.

¹⁶⁷ Can 6,10.

¹⁶⁸ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, q. 63, a. 6 ad 2; q. 70, a. 4.

¹⁶⁹ Lc 10,20.

Finalmente, por abreviar, la gracia es la que habilita al ser humano para todo bien; la que allana el camino del Cielo; la que hace el yugo de Dios suave; la que hace correr al ser humano por el camino de las virtudes; la que restituye y sana la naturaleza enferma, y así hace que le sea ligero lo que antes, cuando estaba enferma, le era pesado; y la que, por una manera inefable, reforma y arma, mediante las virtudes que de ella proceden, todas las potencias de nuestra alma, alumbrando el entendimiento, encendiendo la voluntad, recogiendo la memoria, fortaleciendo el libre albedrío, templando la parte concupiscible para que no se acobarde para lo bueno. Y además de esto, porque todas las pasiones naturales que están en estas dos fuerzas inferiores de nuestro apetito [esto es, el libre albedrío y la concupiscencia], son unos como padrastros de la virtud, y unos postigos y entradas por donde los demonios suelen entrar en nuestras almas, para remedio de esto pone una guarda, y como un portero en cada uno de estos lugares para guardar aquel paso, que es una virtud *infusa* venida del Cielo, y que allí asiste para asegurarnos del peligro que por parte de aquella pasión nos podía venir. Y así, para defendernos del apetito de la gula, pone la virtud de la templanza; para el de la carne, la de la castidad; para el de la honra, la de la humildad, y así en todos los demás apetitos.

Y sobre todo esto, la gracia aposenta a Dios en el alma, para que morando en ella gobierne, defienda y encamine al Cielo, y así está ella como rey en su reino, como capitán en su ejército, como padre de familia en su casa, como maestro en su escuela, y como pastor en su ganado, para que allí ejercite y use espiritualmente todos estos oficios y providencias. Pues si esta perla tan preciosa, de la que tantos bienes proceden, es perpetua compañera de la virtud, ¿quién habrá que no disfrute de buena gana de imitar la prudencia de aquel sabio mercader del Evangelio, que dio todo cuanto tenía por alcanzarla?¹⁷⁰.

¹⁷⁰ Cf. Mt 13,45-46.

EL AMOR AL PRÓJIMO

Memorial de la vida cristiana I

Ed. Huerga: IV/282-285; ed. Cuervo: III/231-234.

Toda persona debe tener –como dice san Vicente Ferrer– para con su prójimo otros siete afectos y virtudes señaladas.

- Porque primeramente debe tener una *compasión* entrañable de los males ajenos, para que así los sienta como los suyos propios.
- Lo segundo, una *alegría caritativa*, con la cual se goce con las prosperidades y bienes de los otros como se gozaría de los suyos.
- Lo tercero, debe tener un *sufrimiento sosegado* para soportar todas las molestias e injurias que le fueren hechas, y perdonarlas de todo corazón.
- Lo cuarto, debe tener una *benignidad y afabilidad* para con todos, tratándolos y hablándolos benignamente, y deseándoles todo bien, y mostrándolo así en todas sus palabras y obras.
- Lo quinto, debe tener una *humilde reverencia* para con todos, teniéndolos por mayores y mejores que a sí mismo, y sometién dose de corazón a todos, como si fuesen sus verdaderos señores.
- Lo sexto, tenga con todos una *perfecta unanimidad y concordia*, para que –cuanto es de su parte, y cuanto según Dios sea posible– sienta y diga una misma cosa con todos, y así crea que todos son él y que él es todos, y así tenga por suyo el beneplácito y el querer de todos.
- Lo séptimo, a imitación de Cristo, debe tener ánimo para *ofrecerse por todos*, esto es, que esté preparado para dar su vida por la salvación de todos, y día y noche rogar a Dios por ellos, y trabajar para que todos sean una cosa en Cristo, y Cristo en ellos.

Mas no por esto piense que le obligamos aquí a no huir la compañía de los malos, antes debe saber que cuando hay algunos cuya compañía le fuese ocasión de pecar, o impedimento de aprovechar, o de disminuir el fervor de la caridad, debe apartarse de los tales como de serpientes, porque no hay carbón tan encendido que echándolo en el agua no se apague, ni mucho menos tan apagado, que echándolo entre otros muchos encendidos, no se abrase. Mas quitada esta ocasión, debe el siervo de Dios conversar simplemente con los prójimos y, o no ver sus defectos o, si los viere, sufrirlos con paciencia, o avisarlos con caridad, donde ha de esperar que eso les aprovechará.

Mas porque la raíz y fundamento de todas estas virtudes es la caridad y misericordia para con los prójimos, ésta es la que más ha de estimar el que desea agradar a Dios, pues ella es la que más encarecidamente nos encomienda Él en todas las Sagradas Escrituras. En el capítulo séptimo del profeta Zacarías, preguntando los judíos a Dios si debían ayunar tales y tales días para agradarle y cumplir su ley, les responde el mismo Señor, y les declara con qué género de obras le debían agradar, diciendo:

«Mirad que guardéis justicia, y juzguéis justamente las causas de vuestros prójimos, y que uséis de misericordia y de obras de piedad con vuestros hermanos, y no queráis buscar pretextos para calumniar a la viuda, y al huérfano, y al extranjero, y al pobre, y nadie trate en su corazón de hacer mal a nadie, y de esta manera me agradaréis y cumpliréis mi ley»¹⁷¹.

Muy ponderado está aquí este ejercicio, pero mucho más lo ponderó el mismo Señor por medio de Isaías cuando dijo: «Éste es mi descanso, que alimentéis y consoléis a los cansados»¹⁷², porque esto parece que era lo máximo que se podía ponderar de este ejercicio, cuando el Señor se ponía en lugar del pobre, y tomaba por propio descanso el que por Él se daba a los cansados.

Más sobre todo esto me provoca una gran admiración lo que leo en el capítulo dieciséis de Ezequiel, donde contando el mismo Dios los pecados por donde aquella infame ciudad de Sodoma vino a dar

¹⁷¹ Zac 7,9-10.

¹⁷² Is 28,12.

consigo en el extremo de tan grandes males, los resumió en cinco pecados diciendo: «Ésta fue la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia, saciedad, abundancia y ociosidad, y no haber querido extender las manos para socorrer al pobre y al necesitado»¹⁷³.

Pues, ¿qué más mal quieres tú oír de este vicio, que haberlo puesto Dios por el último de los escalones por donde subieron aquellos malaventurados al extremo de tan gran mal? ¿Dónde están los que atesoran ducados sobre ducados, y con todo esto se tienen por seguros, teniendo por compañeros en esta culpa a los moradores de Sodoma? Éstas y otras cosas semejantes dicen los profetas.

Pues el Evangelio, que es ley de amor, ¿qué dirá? ¿Qué más se puede decir en favor de esta virtud, que poner el Señor toda la razón y fundamento de la sentencia del Juicio Final en haber usado o no usado de obras de misericordia? ¿Qué más se puede decir que lo que se sigue después de esto en el mismo contexto: «Lo que a uno de estos más pequeñuelos hicisteis, a mí me lo hicisteis»¹⁷⁴. ¿Qué más se puede decir que poner en sólo estos dos mandamientos del amor a Dios y al prójimo la suma de la ley y de los profetas?¹⁷⁵.

Pues en aquel sermón de la Última Cena, ¿qué otra cosa más encomienda el Salvador que la caridad y bienquerencia para con los prójimos? «Éste –dice Él– es mi mandamiento, que os améis unos a otros, así como Yo os amé»¹⁷⁶. Y más abajo: «En esto –dice Él– conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros»¹⁷⁷. Y no contento con encomendarles esto tan encarecidamente, hace luego oración al Padre por el cumplimiento de esta ley diciendo: «Te ruego, Padre, que ellos sean entre sí una misma cosa, así como Tú y Yo lo somos, para que conozca el mundo que Tú me enviaste»¹⁷⁸, dando a entender que la caridad y amor entre los cristianos debía ser tan grande y tan fuera de todo lo que se puede esperar de carne y de sangre, que debía ser argumento para convencer los entendimientos de las personas, y hacerles creer que no era posible que no fuesen personas del Cielo las que tal caridad entre sí tenían. Todo esto nos

¹⁷³ Ez 16,49.

¹⁷⁴ Mt 25,40.

¹⁷⁵ Cf. Mt 22,37-40.

¹⁷⁶ Jn 15,12.

¹⁷⁷ Jn 13,35.

¹⁷⁸ Jn 17,21.

declara cómo de grande ha de ser la caridad y misericordia que debemos tener con nuestros prójimos, y cómo los hemos de sufrir y socorrer en sus penalidades [...].

Para guardar todas estas cosas susodichas, es necesario que tenga siempre el ser humano su corazón atento y solícito con un perpetuo temor y vigilancia, para no desviarse una pizca de todo lo apuntado, el cual temor ha de ser tan vivo, tan profundo y tan continuo que nunca deje al ser humano descuidarse de lo que debe hacer, sino antes le ha de ser un perpetuo estímulo y despertador de toda virtud. Este solícito y continuo cuidado debe tener siempre consigo en medio de todas sus ocupaciones, que es aquella tercera parte que el profeta [Miqueas] nos encomendaba, cuando nos pedía el andar solícitos con Dios¹⁷⁹.

Éstas, pues, son, hermano mío, las principales virtudes de esta vida celestial, éstas las flores de este paraíso, éstas las estrellas de este cielo, y ésta la imagen que decíamos, reformada y renovada a semejanza de Cristo. Porque tal ha de ser la vida del cristiano, que sea un dechado de santidad, y un predicador callado, una lumbrera del mundo, un argumento y testimonio de la fe, y un espejo en quien resplandezca la gloria de Dios mucho más que en las otras criaturas, como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo: «Se llamarán fuertes y justos, plantas que Dios plantó para ser en ellas glorificado»¹⁸⁰.

¹⁷⁹ Cf. Miq 6,8.

¹⁸⁰ Is 60,21.

EL AMOR A DIOS

El amor entre Dios y el ser humano

Sumario de la Introducción del símbolo de la fe

Ed. Huerga: XIII/489-491; ed. Cuervo: IX/469-471.

Ahora es de saber que entre estos grandes frutos de virtudes que se siguen de la sagrada pasión, uno de los más principales fue encender los corazones de los seres humanos en el amor a su Creador, como Él mismo lo declaró, cuando dijo: «Fuego vine a poner en la tierra, ¿qué tengo que querer, sino que arda?»¹⁸¹. Para cuyo entendimiento es de saber que el amor a Dios es el fin de todas las leyes y mandamientos divinos. Porque todos ellos se ordenan a este divino amor, sin el cual ninguna cosa agrada a Dios, y con el cual todas las cosas le agradan. Ni Él pide ni quiere de nosotros otra cosa más principalmente que este amor, porque en él se abarcan todas las otras virtudes, con el que Él es servido.

La razón de esto es porque el que de verdad y de todo corazón ama a Dios, desea también con el mismo ímpetu y fuerza agradarle, y como sepa que ninguna cosa le agrada sino sólo las virtudes y buenas obras, de aquí es que, con el mismo ardor con el que se mueve a amar a Dios, se mueve también al amor de todas estas virtudes. Y del mismo amor de donde procede el deseo de agradarle, también procede el temor de ofenderle. Y porque ninguna cosa le ofende sino sólo los pecados, de aquí le viene un tan gran aborrecimiento de ellos, que antes se ofrecerá a perder la vida, y mil vidas, que ofenderle. Por todo lo cual se ve que el amor a Dios no sólo es fin de todos los mandamientos divinos, sino también un compendio y sumario de ellos. Y por esto dijo el Apóstol [san Pablo]: «El que ama cumple la ley, pues el amor es el cumplimiento de la ley»¹⁸².

Mas con ser éste un gran bien, eran grandes los impedimentos que los seres humanos tenían para amar a Dios, si carecían de fe. Porque el amor presupone conocimiento de la bondad de la cosa que ha de ser amada. Y por esto dijo san Agustín que podemos amar las

¹⁸¹ Lc 12,49.

¹⁸² Rm 13,10.

cosas que nunca vimos, mas no las que no conocemos¹⁸³. Pero el conocimiento que los seres humanos sin fe tenían de Dios era muy débil y muy incierto. Porque nuestra alma, mientras mora en la cárcel de este cuerpo, no puede entender sino lo que entra por las puertas de los sentidos corporales. Y Dios nuestro Señor, como espíritu purísimo, está levantado infinitamente sobre todo lo corporal, y de aquí es que ni Él puede entrar por estos sentidos, ni puede ser conocido por ellos.

Tenían también los seres humanos ignorancia de todas aquellas perfecciones divinas que sirven para encender nuestro amor para con Él. Porque no sabían si Él tenía providencia y cuidado de las cosas humanas, pues muchos filósofos la negaron, y así, no sabían si tenía misericordia para socorrer a nuestras miserias, y justicia para castigar nuestras culpas, y tampoco tenían noticia del amor que Dios tiene a los buenos, y aborrecimiento a los malos. Y según lo dicho, tampoco sabía el ser humano si era amado por Dios, o no, y así le faltaba el mayor incentivo de amor, que es ser amado por quien él quiere amar.

Pues de este amor divino para con el ser humano estaba éste muy dudoso, porque no veía él en sí mismo cosa digna de amor de este tan grande y prudente Amador. De lo cual aún los santos se maravillaban, y así decía uno de ellos: «¿Quién, Señor, es el hombre para que tú le engrandezcas, y para que pongas en él tu corazón, que es tu amor?»¹⁸⁴. De lo mismo se maravillaba David como quien tan perfectamente conocía la vanidad y bajeza del ser humano¹⁸⁵. Siendo, pues, esto así, le faltaba al ser humano el mayor estímulo de amor, que era saber si era amado por Dios, pareciéndole que cosa tan vil no podía ser amada por tan gran Señor.

Había también otras causas para dudar de este divino amor. Porque común sentencia es de los sabios que la semejanza es causa de amor¹⁸⁶. Pues según esto, ¿qué semejanza podía haber entre el ser humano y Dios? Dios altísimo, y el ser humano bajísimo, Dios riquísimo, y el ser humano pobrísimo, Dios felicísimo, y el ser humano miserabilísimo, Dios inmortal e impasible, y el ser humano

¹⁸³ AGUSTÍN DE HIPONA, *La Trinidad*, X, 2: PL 42, 974.

¹⁸⁴ Job 7,17.

¹⁸⁵ Cf. Sal 144,3.

¹⁸⁶ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I-II, q. 27, a. 3.

mortal y pasible, Dios la misma bondad, el ser humano lleno de toda maldad, Dios espíritu purísimo, y el ser humano cercado de carne impurísima, finalmente Dios invisible y el ser humano visible y tan sometido a este sentido, que apenas puede amar lo que no ve.

Sobre todo esto, era gran impedimento para este amor la distancia de los lugares, que es, Dios en el Cielo entre los ángeles, y el ser humano en la tierra, entre los gusanos. Asimismo, era gran impedimento la distancia entre las naturalezas: divina y humana, que es la mayor semejanza y desproporción que hay para fraguarse este amor, pues el amor es unión de los que se aman y se hacen entre sí una misma cosa por amor. Por lo que no se puede negar que todos estos impedimentos tenían los seres humanos –que carecían de fe– para amar a su Creador.

La intervención del Hijo de Dios

(Continuación) *Sumario de la Introducción del símbolo de la fe*

Ed. Huerga: XIII/491-492; ed. Cuervo: IX/471-472.

Viendo pues esto el Hijo de Dios, y conociendo que todo nuestro mal era carecer de este santo amor, y todo nuestro bien tenerlo, movido con entrañas de infinita caridad y misericordia, determinó cortar de raíz y de un golpe todos estos impedimentos de nuestro amor para con Él. Mas, ¿de qué manera?

¡Oh admirable Dios en todas sus obras! Con sólo el misterio de su sacratísima Encarnación quitó perfectísimamente todos estos impedimentos de su amor. Porque, por medio de ella, el que era invisible, se hizo visible, y el que era espíritu purísimo, se vistió de carne débil, y el que era Dios, se hizo humano, y el que era Señor, se hizo nuestro hermano, y el que era inmortal e impasible, se hizo mortal y pasible, y el que estaba exento de todas las miserias, se sometió por nuestro amor a ellas.

Lo cual divinamente nos representaron Elías y su discípulo Eliseo, porque para dar vida a un niño muerto, se tendieron sobre él, encogiéndose sus cuerpos a la medida del niño, poniendo sus ojos sobre los ojos de él, y sus pies y manos sobre los pies y manos de él y, de esta manera, proporcionándole sus cuerpos, y haciéndolos

semejantes al cuerpo del niño muerto, le dieron la vida¹⁸⁷. Pues esto mismo hizo nuestro gran Dios, acomodándose y haciéndose semejante al ser humano, de la manera que está dicho, y a así le restituyó la vida de gracia que por el pecado y la falta de amor había perdido. Y de esta manera quitó las nieblas de nuestros entendimientos, y las ignorancias que de Él teníamos.

Porque con esto nos mostró la providencia y cuidado que tenía de las cosas humanas, y la misericordia para socorrer a nuestras miserias, y el amor que tiene a la virtud, y el aborrecimiento del pecado, pues murió por destruirlo. Lo cual todo en pocas palabras nos representa la Iglesia, cuando canta que «por el misterio del Verbo de Dios encarnado, nos dio nueva luz a los ojos de nuestra alma, para que, conociendo a Dios hecho ya visible, nos levantemos al conocimiento y amor de las cosas invisibles»¹⁸⁸. Y –como dice san Buenaventura– viendo a Dios vestido de carne, le pudiesen conocer, imitar y amar los corazones de carne¹⁸⁹. Por dónde dice san Bernardo que, viendo Dios a los seres humanos hechos carnales, les puso tan gran dulcedumbre en la carne que por ellos tomó, que ha de ser de durísimo corazón quien no le amare con todas sus fuerzas; y el que antes no amaba a Dios, considerándolo en espíritu, lo ame ahora, viéndolo hecho carne¹⁹⁰.

El amor que el Hijo de Dios tiene por la humanidad

(Continuación) *Sumario de la Introducción del símbolo de la fe*

Ed. Huerga: XIII/492-493; ed. Cuervo: IX/472-473.

Mas no contento este Señor con habernos quitado todos los impedimentos de este amor –como está dicho–, acrecentó los mayores estímulos y motivos de amor que se podían hallar. Porque, además de la imagen y semejanza que tomó, haciéndose humano y vistiéndose de nuestra carne, ofreció su vida a la muerte, por librarnos de ella, que es el mayor indicio de amor de cuantos hay. Y

¹⁸⁷ Cf. 1Re 17,21-22.

¹⁸⁸ *Missale romanum*, editio typica, typis poliglottis vaticanis, 1971, p. 395.

¹⁸⁹ Cf. BUENAVENTURA, *Soliloquium*, I, 4: Opera, Vili, 39.

¹⁹⁰ Cf. BERNARDO DE CLARAVAL, *In nativitate Domini*, sermo 3,3: PL 183, 124.

así dijo Él: «No hay mayor muestra de amor que una persona dé su vida por la de sus amigos»¹⁹¹.

Mas para ponderar la grandeza de este amor, conviene poner ante los ojos todo lo que este gran Amador por nuestra causa padeció. Porque, bien mirado, ¿qué son todos los dolores de su alma y todas las llagas de su cuerpo sino testimonios de su amor y voces que nos predicán la grandeza de él? Y quien le contempla de pies a cabeza cubierto de llagas, en cada una de ellas halla una fuente de amor. Para que así veamos con cuánta razón dijo el Salvador que había venido a poner fuego en la tierra y deseaba que ardiese¹⁹².

Por lo que concluye san Agustín que una de las principales causas por las que el Salvador vino al mundo, fue querer encender nuestros corazones en su amor con esta tan gran muestra de amor, por ser éste el mayor estímulo de amor que hay¹⁹³. Lo cual prueba el mismo santo poniendo como ejemplo los amores profanos. Porque una de las cosas que más procuran los que desean ser amados por alguna persona, es declararle por medio de obras o de palabras la grandeza del amor que a dicha persona le tienen¹⁹⁴.

En todo lo cual se ve lo que al principio propusimos, esto es, cuán conveniente medio fue éste que la divina Bondad y Sabiduría escogió para nuestra salvación, pues tantos y tan grandes estímulos por aquí se nos dieron, no sólo para amar a nuestro Creador, que es lo principal, sino para todas las otras virtudes, como está declarado.

Y no es necesaria mucha filosofía ni mucho discurso para el conocimiento de esta verdad, porque basta poner los ojos en la mudanza que hizo el mundo después de la venida del Salvador a él. Porque luego vimos tanta muchedumbre de santos y santas, tantos enjambres de monjes que moraban en los desiertos, tantos coros de purísimas vírgenes, y tanta infinidad de mártires gloriosísimos, que después de esto se siguieron, donde vimos a los altos abajados, los furiosos amansados, los soberbios humillados, los disolutos recogidos, donde se juntaron los lobos con los corderos, y los leones con los becerros sin recibir ningún daño de ellos. Por las cuales

¹⁹¹ Jn 15,13.

¹⁹² Cf. Lc 12,49.

¹⁹³ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De catechizandis rudibus*, 4: PL 40, 314.

¹⁹⁴ Cf. *ibíd.*, 314-315.

semejanzas nos declaran los profetas el estado en el que el mundo estaba cuando el Salvador vino a él, y la mudanza que hizo después de su venida.

Por lo que, así como conocemos la excelencia de la medicina por los efectos que obra en los cuerpos de los enfermos, así conoceremos la virtud y eficacia de la venida del Salvador al mundo por los efectos y mudanzas que con su venida obró en él.

Las cualidades de Dios

Retórica eclesiástica I

Ed. Huerga: XXII/375-379.

Estimulan el amor a Dios su infinita bondad, su caridad, su mansedumbre, su hermosura, su consanguinidad y su beneficencia.

- Porque la *bondad*, para que empecemos por ella, es –como dicen los filósofos– el objeto de la voluntad humana. Y Dios no sólo es bueno, sino también una inmensa Bondad, sumo y universal Bien, que comprende y encierra toda bondad, como Él mismo dijo a Moisés: «Yo te enseñaré todo lo bueno»¹⁹⁵. Finalmente, es tan bueno Dios, que se dice no haber nada bueno en su comparación, como el Salvador declara: «Nadie es bueno, sino sólo Dios»¹⁹⁶.
- El *amor* que también nos tiene –y que ponemos en segundo lugar– nos incita a que le tengamos un mutuo amor. Pues de tal suerte nos amó el Señor, que dice: «Nadie tiene mayor amor que aquél que da su vida por sus amigos»¹⁹⁷. Y: «Tanto amó Dios al mundo, que llegó a dar a su unigénito Hijo»¹⁹⁸. Y: «En perpetua caridad te amé; por eso te tengo compasión»¹⁹⁹. Y este divino amor de tal modo nos obliga a

¹⁹⁵ Ex 33,19.

¹⁹⁶ Mc 10,18.

¹⁹⁷ Jn 15,13.

¹⁹⁸ Jn 3,16.

¹⁹⁹ Jer 31,3.

corresponderle, que dice el Salvador: «Fuego vine a poner en la tierra, ¿y qué tengo que querer sino que arda?»²⁰⁰.

- También la *blandura y mansedumbre* concilian amor. Mas esta virtud así se la apropió el Salvador, cuando dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»²⁰¹. Y el Apóstol [san Pablo], dejando aparte las demás virtudes del Señor, ruega a los fieles por la «mansedumbre de Cristo»²⁰².
- La *hermosura* también atrae poderosamente al amor a sí misma, la cual se dice en griego *kalón*, de «llamar», porque llama a sí todas las cosas y las trae con la fuerza y el poderío del amor. Y Dios es aquel de cuya inmensa hermosura el sol y la luna se maravillan, y Él mismo dice de sí: «La hermosura del campo en mí se halla»²⁰³. Y no sólo la del campo, sino también toda la hermosura celestial y terrena en Él solo se contiene. Y de quien toda hermosura se deriva a todas las cosas que son hermosas, siendo cierto que nadie puede dar lo que no tiene. Cualquiera, pues, que desea conocer de lleno la naturaleza y condición de esta belleza, lea a Platón en *El banquete*, en el cual introduce Sócrates a una mujer, discurrendo admirablemente a partir de esta soberana hermosura²⁰⁴.
- Sigue luego la *consanguinidad* o parentesco que tenemos con Dios, de cuyo linaje somos, como enseña san Pablo con el testimonio de un poeta pagano²⁰⁵. También éste es un gran estímulo de amor. Porque, habiendo entre parientes participación de una misma sangre y linaje, es consiguiente que quien se ama a sí mismo, ame también a los que son de su ascendencia y sangre. Entre los parentescos, el de padres e hijos es muy grande. Y de Dios nuestro Señor dice el profeta [Moisés]: «¿Por ventura no es Él tu Padre, que te dio el bien que tienes, te hizo y te creó?»²⁰⁶. Porque no sólo es

²⁰⁰ Lc 12,49.

²⁰¹ Mt 11,29.

²⁰² Cf. 2Cor 10,1.

²⁰³ Cf. Sal 50,10-11.

²⁰⁴ Cf. PLATÓN, *El banquete*, 207-209.

²⁰⁵ Cf. Hch 17,28.

²⁰⁶ Dt 32,6.

formador del cuerpo, sino también Creador del alma. Y por eso, Él mismo es de quien deriva toda paternidad en el Cielo y en la tierra, en cuya comparación, así como nadie es bueno, así nadie sobre la tierra debe llamarse «padre». Por lo que con razón dice el profeta [David]: «Mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor me recibió»²⁰⁷. E Isaías: «Y ahora, Señor, tú eres nuestro Padre, y Abrahán no nos ha conocido, e Israel nos ignoró»²⁰⁸. ¿Cuánto, pues, debe ser más estimado un tal Padre?

- Pero hay otro parentesco mucho más estrecho y unido y que enciende mayor llama de amor, que es el de marido y mujer, «por la cual la persona dejará a su padre y a su madre»²⁰⁹. Más este nombre plenísimo de amor se lo apropió Cristo nuestro Señor en el libro del Cantar de los Cantares, para significar su ardentísimo amor para con nosotros y el nuestro, esto es, el de las almas santas para con Él. Y Él mismo se desposa con el alma fiel inflamada con la fe y la caridad. Uno y otro nombre –el de «Padre» y el de «Esposo»– tomó por medio del profeta [Jeremías] cuando dijo: «[Mi pueblo] me llamó, pues, desde ahora, Padre mío y caudillo de la virginidad»²¹⁰. ¿Con qué amor, pues, deberemos amar a tal Esposo?
- Resta la *beneficencia*, que comprende todos los beneficios de Dios, o del cuerpo, o del alma, o de la naturaleza, o de la gracia, o comunes, o privados; y entre todos ellos, el sumo y máximo beneficio de nuestra redención. ¿Qué palabras pueden declarar, o aun contar, la muchedumbre y la grandeza de estos beneficios? Verdaderamente, con más facilidad podrá contarse la multitud de las estrellas que los beneficios de Dios. Pues cuantos son los beneficios del Señor, otros tantos son los incentivos que se aplican a nuestro corazón para que enciendan el fuego de amor para con Él. Finalmente –por decirlo todo en una palabra–, todas las razones de amar que se hallan en las criaturas, se

²⁰⁷ Sal 27,10.

²⁰⁸ Is 63,16.

²⁰⁹ Gn 2,24.

²¹⁰ Jer 3,4.

encuentran aumentadas con infinitas ventajas en este sumo Bien. Por lo que sólo el amor infinito, que arde en el divino pecho, satisface cumplidamente a esta infinita Bondad, al paso que los demás amores, aunque sean los de los mismos bienaventurados, son infinitamente menores que los que aquella inmensa Bondad y Hermosura se merece.

De estas fuentes, pues, nacen las razones y los estímulos de caridad con los que encendemos el amor a Dios en los helados pechos de los seres humanos.

EL AMOR QUE PROCEDE DE DIOS

El deseo de amor

Memorial de la vida cristiana II

Ed. Huerga: V/296-297; ed. Cuervo: III/537.

[El deseo de participar en nuestro corazón de las perfecciones de Dios] es, pues, una de las principales razones, entre otras muchas, que nos deberían forzar a no tomar nunca descanso, hasta alcanzar éste tan precioso tesoro. A lo cual nos convida un religioso doctor con muy dulces y eficaces razones, diciendo que, como es verdad que sólo Dios, que es infinito y sumo Bien, puede aquietar los deseos del alma racional, con mucha razón debe anhelar todo ser humano la perfección de la vida espiritual, para que por medio de ella venga a juntarse íntimamente con este sumo Bien, y así se haga participante de Él. Porque si aquí llegase, sin duda recibiría a Dios dentro de sí con superabundante gracia, el cual con su alegre y divina presencia desterraría de su alma toda pobreza y miseria, y la enriquecería con verdaderas riquezas, y la llenaría de un gozo inefable. Por lo que ya el ser humano no andaría disperso buscando en las criaturas los falsos y contrahechos deleites, porque luego le sería áspero todo lo que Dios no es.

Vemos que el espíritu racional es tan capaz y tan noble, que ningún bien caduco lo puede saciar, porque claro está que lo que es menos no puede llenar el seno de lo que es más. Y cierto es que el cielo, y la tierra, y la mar, y todas las cosas visibles son mucho menores que el ser humano, por lo cual ninguna de estas cosas, ni todas juntas, pueden llenar el seno de su voluntad. Sólo Dios es infinitamente mayor que él, por lo cual, sólo con Él está lleno y contento, y no con otra cosa menor. Ni aun los ángeles bastan para esto, porque, aunque sean mayores en la naturaleza, no lo son en la capacidad. Por lo cual mientras el ser humano no poseyere este único y sumo Bien, y lo abrazare con brazos de amor, siempre andará disperso sin quietud, congojoso sin descanso, y hambriento sin verdadera saciedad. Y aunque esté lleno de todas las riquezas y deleites del mundo, no alcanzará el descanso que desea, sino mediante el contacto de este divino amor.

La dulce experiencia del amor divino

(Continuación) *Memorial de la vida cristiana II*

Ed. Huerga: V/297-298; ed. Cuervo: III/537-539.

Mas después de que hubiere hallado este sumo Bien, fácilmente se desentenderá de todas las criaturas, y con el salmista dirá: «Bueno es para mí acercarme a Dios»²¹¹; y con el santo Job: «En mi nido moriré, y como palma multiplicaré los días»²¹².

Este tal no busca ya fuera de sí consolaciones terrenas, porque dentro de sí tiene a Aquél que es un océano de inestimables consolaciones y de todas las cosas que el corazón humano puede desear. Y de tal manera es tocado con el gusto y conocimiento experiencial de Dios, y con tanta claridad penetra la verdad de los misterios de la fe, que si todos los seres humanos del mundo le dijese: «Te engañas, miserable, te engañas, porque no son verdaderas las cosas de la fe que profesas»; él, confiadamente, respondería: «Vosotros sois los miserables y los que os engañáis, porque lo que yo creo, es suma verdad».

Esto respondería con grandísima firmeza, no sólo por la lumbre y el hábito de la fe, que a esto le inclina, sino también por la experiencia y el gusto que tiene de Dios, el cual es tan grande y tan admirable, que cuando entra en un alma con abundancia de sus dones, Él trae consigo las señales y muestras de quién es. Y los que de esta manera andan unidos con Dios, no pueden dejar de ser muy familiares amigos suyos, y así alcanzan muchas veces con sus oraciones mayores bienes para la Iglesia en una hora, que muchos otros, que tales no son, en muchos años.

Éstos también gozan de una maravillosa tranquilidad y libertad de ánimo. La cual los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo, y sobre todos los temores de la muerte, del infierno y del purgatorio, y sobre todas las calamidades que se les pueden ofrecer en este mundo, porque confiados y abrazados con Dios, todas las cosas tienen debajo de los pies. Y ni la compañía de los seres humanos, ni las ocupaciones exteriores los apartan de la

²¹¹ Sal 73,28.

²¹² Job 29,18.

presencia interior de Dios, porque ya están habituados y enseñados a conservar la unidad y simplicidad del espíritu en la muchedumbre de las ocupaciones, como quien ha recibido estabilidad esencial y conversión perpetua del corazón a Dios.

Y de aquí nace que de todas cuantas cosas ven y oyen, toman motivos para levantar el corazón a Él de tal manera que todas las cosas, si decir se puede, se les convierten en Dios, pues en todas ellas ninguna otra buscan con la intención y con el amor, sino a Él. Los cuales, como están dentro de sí tan ocupados y tan unidos con Dios, andan como fuera de sí, viendo las cosas como ciegos, y oyendo como sordos, y hablando como mudos, porque trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas como si estuviesen fuera de ellas. De esta manera viven una vida angélica y sobrenatural, por la cual se pueden llamar «ángeles de la tierra», pues conversando sólo con el cuerpo en la tierra, todo lo demás está en el Cielo. Tal fue el espíritu, la vida y la conversación de todos los santos, hacia cuya imitación debían encaminar los fieles todos sus intentos y deseos.

Los ocho grados -o efectos- del amor divino

(Continuación) *Memorial de la vida cristiana II*

Ed. Huerga: V/298-300; ed. Cuervo: III/539-541.

Mas aquí es de notar que no cualquier grado de caridad [o amor] basta para dar al ser humano esta paz y saciedad interior de la que hablamos, sino sólo la *perfecta caridad*. Para lo cual es de saber que esta virtud, así como va creciendo, así va obrando en el alma mayores y más excelentes efectos.

Porque primeramente ella, cuando Dios lo ordena, trae consigo un *conocimiento experiencial* de la bondad, suavidad y nobleza de Dios, del cual conocimiento nace una gran *inflamación* de la voluntad, y de esta inflamación un maravilloso *deleite*, y de este deleite un encendidísimo *deseo* de Dios, y del deseo una nueva *saciedad*, y de la saciedad una *embriaguez*, y de esta una *seguridad* y cumplido *reposo* en Dios, en el cual nuestra alma descansa y tiene su sábado espiritual con Él.

En lo cual parece que estos ocho grados van de tal manera encadenados, que uno abre camino para el otro, y el que precede, abre camino y dispone para el que le sigue:

- [1] Porque el primer grado, que es aquel *conocimiento experiencial* de Dios, es una muy principal puerta por donde entran los dones y beneficios de Dios en el alma, y la enriquecen grandemente.
- [2] Porque de este conocimiento que está en el entendimiento, aunque derivado del gusto de la voluntad, procede una gran *inflamación* y fuego en esa misma voluntad, con el cual arde en el amor de aquella inmensa bondad y benignidad que allí se le descubrió.
- [3] Y de este fuego nace un suavísimo *deleite*, que es aquel maná escondido, que nadie conoce sino el que lo ha probado, el cual es una propiedad natural que anda en compañía del amor y procede de él, así como la lumbre naturalmente procede del sol. Éste es uno de los principales instrumentos que toma Dios para sacar a los seres humanos del mundo y destetarlos de todos los deleites sensuales. Porque es tan grande la ventaja que hace este deleite a todos los otros deleites, que fácilmente renuncia el ser humano a todos los otros por él.
- [4] Y porque las cosas espirituales son tan excelentes y tan divinas, que mientras más se gustan, más se desean, después de este gusto nace un encendidísimo *deseo* de gozar y poseer este tesoro, porque ya el alma en ninguna otra cosa halla verdadero gusto ni descanso sino en él. Y porque sabe que este bien se alcanza con el sacrificio de las virtudes y asperezas de vida y con la imitación de aquel Señor que dice: «Yo soy Camino, Verdad y Vida, nadie viene al Padre sino por Mí»²¹³, de aquí nace otro encendidísimo deseo, no sólo de meditar, sino también de imitar la vida de este Señor, y andar por todos los pasos que él anduvo. Y los pasos son humildad, paciencia, obediencia, pobreza, aspereza, mansedumbre, misericordia, y otros tales.

²¹³ Jn 14,6.

- [5] A este deseo le sucede la *saciedad*, según en esta vida se puede poseer, porque no da Dios deseos a los suyos para atormentarlos, sino para cumplirlos y disponerlos para cosas mayores. Y así como Él es el que mata y da vida, así también Él es el que da a los suyos el deseo y la saciedad, con la cual se engendra en el alma un tan gran hastío de las cosas del mundo, que las viene a tener como debajo de los pies, con lo cual queda ella pacífica, satisfecha y contenta sólo con este dulcísimo bocado, en quien halla todos los gustos y deleites juntos, y conoce por experiencia que en ninguna otra cosa puede la criatura racional hallar cumplido reposo, sino sólo en Él.
- [6] A éste tan alto grado sucede la *embriaguez*, que sobrepuja a la saciedad, a la que nos convida el esposo en el libro del Cantar de los Cantares²¹⁴, con la cual el alma se olvida de todas las cosas percederas y a veces de sí misma, por estar sumida y anegada en el abismo de la infinita bondad y suavidad de Dios.
- [7] De esta celestial embriaguez se sigue el séptimo grado, que es la *seguridad*, aunque no perfecta cual es la de la gloria celestial, sino cual se sufre en esta vida, que es mayor de lo que nadie puede imaginar, con la cual canta la persona alegremente con el profeta [David], según traduce san Jerónimo [de la Biblia hebrea], diciendo: «Tú, Señor, me hiciste morar seguro en la confianza»²¹⁵. Porque después de probada por tales medios la inmensidad de la bondad y providencia paternal de Dios, viene a participar una maravillosa seguridad y confianza en esta providencia, la cual le hace animosamente decir aquellas palabras del profeta [David]: «El Señor es nuestro refugio y nuestra fortaleza»²¹⁶, por tanto, no temeremos aunque se turbe la tierra y se trastornen los montes y vengan a caer en el corazón de la mar.

²¹⁴ Cf. Can 5,1.

²¹⁵ JERÓNIMO, *Liber psalorum*, Sal 4,10: PL 28, 1191.

²¹⁶ Sal 31,4.

[8] Pues de esta tan gran seguridad y confianza nace la tranquilidad del alma, que es un cumplido *reposo*, un descanso espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor, y es finalmente aquella paz de la que el Apóstol [san Pablo] dice «que sobrepuja todo sentido»²¹⁷, porque no hay cerebro humano capaz de abarcar lo que es, sino aquél que la ha probado.

Y la felicidad de estos dos últimos grados prometió el Señor a sus escogidos por Isaías, cuando dijo: «Ha de asentarse mi pueblo en la hermosura de la paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso cumplido y satisfecho de todos los bienes»²¹⁸. Éste es, hermano mío, el Reino del Cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de los que podemos gozar en este destierro, y éste es el tesoro escondido a los ojos del mundo en la heredad del Evangelio, por el cual el sabio mercader vende todo cuanto tiene por alcanzarlo²¹⁹.

²¹⁷ Flp 4,7.

²¹⁸ Is 32,18.

²¹⁹ Cf. Mt 13,44.

LAS CONSOLACIONES

Guía de pecadores (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/167-170; ed. Cuervo: I/153-155.

Y si prosiguiendo más adelante esta materia, me preguntases dónde señaladamente gozan los virtuosos de estas consolaciones que hemos dicho, a esto responde el Señor por medio del profeta Isaías: «A los hijos de los extranjeros que se acercan al Señor para servirle y amarle, y guardar las leyes de su amistad, yo los llevaré a mi santo monte, y los alegraré en la casa de mi oración»²²⁰. De manera que en este santo ejercicio señaladamente alegra el Señor a sus escogidos.

Porque –como dice san Lorenzo Justiniano²²¹– en la oración se enciende el corazón de los justos en el amor de su Creador; y allí a veces se levantan sobre sí mismos, y les parece que están ya entre los coros de los ángeles; y allí en presencia del Creador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y se gozan, comen y tienen hambre, beben y tienen sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en Vos, a quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan con la caridad. Entonces conocen por experiencia que es verdad lo que dijisteis: «Mi gozo será cumplido en ellos»²²², el cual como un río de paz se extiende por las potencias del alma, esclareciendo el entendimiento, alegrando la voluntad, y recogiendo la memoria y todos sus pensamientos en Dios. Y aquí con unos brazos de amor abrazan, y tienen una cosa dentro de sí, y no saben qué es; mas desean con todas sus fuerzas tenerla y que no se les vaya.

Y así como el patriarca Jacob luchaba con aquel ángel²²³, y no le quería soltar de las manos, así acá lucha a su manera el corazón con aquel divino dulzor para que no se le vaya, como cosa en la que halló todo lo que deseaba. Y así dice con san Pedro en el monte: «Señor, bueno es que estemos aquí, y no nos vamos de este lugar»²²⁴. Aquí

²²⁰ Is 56,6-7.

²²¹ No se halla este texto en las obras de este autor.

²²² Jn 17,13.

²²³ Cf. Gn 32,25-32.

²²⁴ Mt 17,4.

entonces entiende el alma todo aquel lenguaje de amor que se habla en el Cantar de los Cantares, y canta ella también a su manera todas aquellas suavísimas canciones, diciendo: «Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor»²²⁵. Y luego más abajo dice: «Su mano izquierda tiene debajo de mi cabeza, y con la derecha me abrazará»²²⁶. Entonces, el alma encendida con esta divina llama desea con gran deseo salir de esta cárcel, y sus lágrimas le son pan de día y de noche, mientras se dilata esta partida. La muerte tiene en deseo, y la vida en paciencia, diciendo continuamente aquellas palabras de la misma esposa: «¡Quién te me diese, hermano mío, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera y te diese besos de paz!»²²⁷.

Entonces maravillándose de sí misma, viendo cómo tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los seres humanos son capaces de tan gran bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces a las personas, y decir: «¡Oh locos! ¡Oh desvariados! ¿En qué andáis? ¿Qué buscáis? ¿Cómo no os dais prisa por gozar de tan gran bien?». «Gustad y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el varón que espera en Él»²²⁸.

Aquí, gustada ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es áspera. La compañía le es cárcel, la soledad tiene por paraíso y sus deleites son estar con el Señor que ama. La honra le es carga pesada, y la gobernación de la casa y hacienda tiene por un linaje de cruz. No querría que el cielo ni la tierra le estorbasen sus deleites, y por esto trabaja para que no se le trabe el corazón de cosa alguna. No tiene más que un amor y un deseo; todas las cosas ama en Uno, y Uno es el amado en todas las cosas. Sabe muy bien decir con el profeta [David]: «¿Qué tengo yo que querer en el cielo, ni qué bienes te pido yo, Señor, en la tierra? Han desfallecido mi carne y mi corazón. Dios de mi corazón, y mi única y sola parte, Dios para siempre»²²⁹.

No le parece que tiene ya tan oscuro conocimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos, porque tales movimientos y

²²⁵ Can 2,5.

²²⁶ Can 2,6.

²²⁷ Can 8,1.

²²⁸ Sal 34,9.

²²⁹ Sal 73,25-26.

mudanzas sienten su corazón que le son grandísimos argumentos y testimonios de las verdades de la fe. El día le parece enojoso cuando amanece con sus cuidados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios. Ninguna tiene por larga, antes, la más larga le parece la mejor. Y si la noche fuere serena, alza los ojos a mirar la hermosura de los cielos y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con diferentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Las mira como unas muestras de la hermosura de su Creador, como unos espejos de su gloria, como unos intérpretes y mensajeros que le traen noticias de Él, como a unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como a unos presentes y dones que el esposo envía a su esposa para enamorarla y entretenerla hasta el día en el que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el Cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece que hable siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envía, y un largo proceso y testimonio de amor. Estas son, hermano mío, las noches de los amadores de Dios, y éste es el sueño que duerme. Pues, con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arrullándose dentro de sí el alma, comienza a dormir aquel sueño velador de quien dice: «Yo duermo, y vela mi corazón»²³⁰. Y como el Esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormecida, le guarda aquel sueño de vida, y manda que nadie ose despertarla, diciendo: «Os conjuro, hijas de Jerusalén, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no despertéis a mi amada hasta que ella quiera despertar»²³¹.

Pues, ¿qué tales te parecen estas noches, hermano? ¿Cuáles son mejores, éstas, o las de los hijos de este mundo, que andan a estas horas acechando la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de armas, de temores y de sospechas, trayendo las vidas y las almas en peligro y atesorando ira para el día de su perdición?

²³⁰ Can 5,2.

²³¹ Can 2,7.

Las consolaciones de los principiantes

(Continuación) *Guía de pecadores* (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/170-174; ed. Cuervo: I/155-160.

Posible sería que a todo esto me respondieses con una sola cosa, diciendo que estos favores tan grandes de los que hemos hablado, no se conceden a todos, sino solamente a los perfectos, y que hay mucho camino hasta serlo. Verdad es que para los tales son tales bienes; mas también previene nuestro Señor con bendiciones de dulcedumbre a los que comienzan, y les da primero leche dulce como a niños, y después les enseña a comer pan con corteza.

¿No ves las fiestas que se hicieron en la venida del hijo pródigo²³², los convites, los convidados, la música que sonaba por todas partes? Pues, ¿qué es esto sino figura de la alegría espiritual que pasa dentro del alma cuando se ve fuera de Egipto, y libre del cautiverio del Faraón, y de la servidumbre del demonio? Porque, ¿cómo el que así se ve libre no hará fiesta por tan gran beneficio? ¿Cómo no convidará a todas las criaturas para que le ayuden a dar gracias a su libertador diciendo: «Cantemos al Señor que tan gloriosamente ha triunfado; pues al caballo y al caballero arrojó en la mar»²³³?

Y si esto no fuese así, ¿dónde estaría la providencia de Dios, que a cada criatura provee perfectísimamente según su naturaleza, su debilidad, su edad y su capacidad? Pues cierto es que no podrían los seres humanos, aun carnales y mundanos, andar por este nuevo camino, y poner debajo de los pies al mundo, si el Señor no los proveyese de semejantes favores. Y por esto, a su divina providencia corresponde –ya que se determina sacarlos del mundo– hacerles este camino tan llano, que puedan fácilmente caminar por él, sin que las dificultades de él los hagan volver atrás.

De esto es evidentísima figura aquel camino por donde Dios llevó a los hijos de Israel a la tierra de promisión, del cual escribe Moisés estas palabras: «Cuando sacó el Señor a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, no los quiso llevar por la tierra de los filisteos, por

²³² Cf. Lc 15,11-32.

²³³ Ex 15,1.

donde era más corta la jornada, para que no se arrepintiesen a medio camino y se volviesen a Egipto, viendo las guerras que por aquella parte se les levantaban»²³⁴. Pues este mismo Señor que entonces usó de esta providencia para llevar a su pueblo a la tierra de promisión cuando los sacó de Egipto, ese mismo usa ahora de otra semejante a ésta para llevar al Cielo a los que Él quiere llevar cuando los saca del mundo.

Antes, quiero que sepas que aunque los favores y consolaciones de los perfectos sean muy altas, es tan grande la piedad de nuestro Señor para con los pequeñuelos, que mirando su pobreza, Él mismo les ayuda a poner casa de nuevo; y viendo que están todavía entre las ocasiones de pecar, y que tienen antes sus pasiones por mortificar, para alcanzar victorias sobre ellas, y para descarnarlos de su carne, y destetarlos de la leche del mundo, y apretarlos consigo con tan fuertes vínculos de amor que no se le vayan de casa, por todas estas causas los provee de una tan poderosa consolación y alegría, que aunque ellos sean principiantes, ésta tiene semejanza en su proporción con la alegría de los perfectos.

Si no, dime, ¿qué otra cosa quiso Dios significar en aquellas sus fiestas del Antiguo Testamento, cuando decía²³⁵ que el primer día y el último fuesen de igual veneración y solemnidad? Los otros seis días de en medio eran como de entre semana; mas estos dos extremos eran señalados y aventajados entre todos los otros. Pues, ¿qué es esto sino imagen y figura de lo que hablamos? En el primer día quiere Dios que se haga fiesta como en el último, para dar a entender que en el principio de la conversión y en el fin de la perfección hace nuestro Señor gran fiesta a todos sus siervos, considerando en los unos el merecimiento y en los otros la necesidad, y usando con los unos de justicia y con los otros de su gracia, dando a unos lo que merecen por su virtud y a otros más de lo que merecen por su necesidad.

Cuando los árboles florecen y cuando madura la fruta, están más hermosos de mirar. El día del desposorio y también del casamiento son días de fiesta señalados. En los principios se desposa nuestro Señor con el alma, y como la toma sin dote, Él hace la fiesta a su costa. Y así la fiesta es, no conforme a los merecimientos de la

²³⁴ Ex 13,17.

²³⁵ Cf. Lv 23,7-8.

esposa, sino conforme a la riqueza del Esposo, que lo pone todo de su casa. Y así dice Él: «Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos y, según esto, con leche ajena ha de criar su criatura»²³⁶. Por esto dice la misma esposa hablando con su Esposo: «Las doncellicas te amaron mucho»²³⁷. No dice las «doncellas», que son las almas ya más fundadas en la virtud, sino las de más tierna edad, que son las que comienzan a abrir los ojos a aquella nueva luz.

«Ésas –dice ella– te amaron mucho». Porque las tales suelen tener en su comienzo grandes movimientos de amor, como santo Tomás lo declara en un opúsculo²³⁸. Y la causa de esto, entre otras, dice él que es la novedad del estado, del amor, de la luz y del conocimiento de las cosas divinas que en el presente conocen, que hasta allí no conocían. Porque la novedad de este conocimiento causa en ellos una gran admiración, acompañada con una gran suavidad y agradecimiento a quien tanto bien les hizo, y que de tales tinieblas los sacó.

Vemos que cuando una persona entra por primera vez en una gran y famosa ciudad, o en un palacio real, los primeros días anda como abobada y suspensa con la novedad y hermosura de las cosas que ve, mas después de que ya las ha visto muchas veces, disminuye aquella admiración y gusto con los que al principio las miraba. Pues lo mismo sucede a su manera a los que entran en esta nueva región de la gracia, por la novedad de las cosas que se les descubren en ella. Por lo cual no es maravilla que algunas veces los nuevos devotos sientan mayores fervores en sus almas que los más antiguos; porque la novedad de la luz y del sentimiento de las cosas divinas causa en ellos mayor alteración.

Y de aquí viene lo que muy bien notó san Bernardo, que no mintió el hermano mayor del hijo pródigo cuando se quejó a su buen padre diciendo que habiéndole él servido tantos años sin trasgredir sus mandamientos, no había recibido tan grandes favores como los que el hijo desperdiciado recibió cuando regresó a su casa²³⁹. Hierve

²³⁶ Can 8,8.

²³⁷ Can 1,3.

²³⁸ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Opuscula theologica*, vol. II, Taurini-Romae, Marietti, 1954.

²³⁹ Cf. Lc 15,28-30.

también el amor nuevo como el vino nuevo, en los principios, y la olla rebosa cuando siente la llama, y comienza a experimentar el extraño y nuevo calor del fuego. En adelante el calor es más fuerte y más sosegado, pero, a los principios, más fervoroso.

Muy buen recibimiento hace el Señor a los que de nuevo entran en su casa. Los primeros días comen de balde y todo se les hace ligero. Hace con ellos el Señor como el mercader, que la primera muestra del producto que quiere vender da de balde, como quiera que lo demás venda por su justo valor. El amor que se tiene a los hijos chiquitos, aunque no es mayor que el de los que están ya criados, es más tierno y más regalado. A éstos llevan en brazos, los otros andan por su pie; a los otros ponen en trabajos, a éstos a propósito se los quitan; y sin buscar ellos la comida, muchas veces les ruegan con ella, y aún se la ponen en la boca.

Pues de este buen tratamiento del Señor y de estos favores tan conocidos, en los que comienzan nace aquella alegría espiritual que el profeta [David] significó cuando dijo: «Con las gotas del agua de lluvia que de lo alto caen, se alegrará la nueva planta que comienza a florecer»²⁴⁰. Pues, ¿qué planta es ésta, y qué gotas de agua son éstas, sino el rocío de la divina gracia, con el que se riegan las espirituales plantas que de nuevo son trasplantadas desde el mundo en la huerta del Señor? Pues de éstas dice el profeta que se alegrarán con las gotas de esta agua que caen de lo alto, para significar la gran alegría que los tales reciben con las primicias de esta nueva visitación y beneficio celestial. Y no pienses que en estos favores, porque se llamen «gotas», es tan pequeña su virtud como su nombre. Porque –como dice san Agustín– el que bebiere del río del Paraíso, del cual una sola gota es mayor que todo el mar Océano, cierto es que sólo ésta bastará para pagar en él toda la sed del mundo.

Ni es argumento contra esto decir que tú no sientes estas consolaciones y alegrías, aunque pienses en Dios. Porque si, cuando el paladar está corrompido con malos fluidos, no juzga bien los sabores, porque lo amargo le parece dulce, y lo dulce amargo, ¿qué maravilla es que teniendo tú el alma corrompida con tantos malos fluidos de vicios y aficiones desordenadas, y tan hecho a las ollas podridas de Egipto, tengas hastío del maná del Cielo y del pan de los

²⁴⁰ Cf. Sal 65,11.

ángeles? Purga tú ese paladar con las lágrimas de la penitencia, y así, purgado y limpio, podrá gustar y ver cuán suave es el Señor.

Pues siendo esto así, dime ahora, hermano, ¿qué bienes hay en el mundo que no sean basura comparados con éstos?

Dos bienaventuranzas ponen los santos, una comenzada y otra acabada. De la acabada gozan los bienaventurados en la gloria [celestial], y de la comenzada los justos en esta vida. Pues, ¿qué más quieres tú que comenzar desde ahora a ser bienaventurado y recibir desde acá las arras de aquel divino casamiento que allá se celebra por palabras de presente y aquí se comienza por palabras de futuro?

Oh, hermano, dice Ricardo [de San Víctor], pues en este paraíso puedes vivir y gozar de este tesoro, ve y vende todo lo que tienes, y compra esta tan preciosa posesión, que no te será cara, porque el mercader es Cristo, que la da casi de balde. No lo dejes para más adelante, porque una pizca que ahora pierdes, vale más que todos los tesoros del mundo. Y aunque más adelante se te diese, yo sé, y con certeza, que has de vivir con gran dolor de lo que pierdes, y has de llorar siempre con san Agustín, diciendo: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé»²⁴¹. Este santo lloraba siempre la tardanza de la vuelta, aunque no fue despojado de la corona. Así que, mira tú, no vengas a llorarlo todo, si por una pizca pierdes los bienes de la gloria [celestial] de la que gozan los santos en la vida venidera, y por otra los de la gracia, de la que los justos gozan en la presente.

²⁴¹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 27: P L 32, 795.

LA FELICIDAD

La felicidad de Dios

Introducción del símbolo de la fe IV

Ed. Huerga: XII/21-23; ed. Cuervo: VIII/15-16.

Que Dios es un abismo y un mar Océano de infinitas grandezas y perfecciones, no solamente la fe católica, mas también la filosofía humana y el consentimiento común de todas las gentes lo conoce. Porque todas confiesan ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor. Entre estas perfecciones tuyas no hay una mayor ni menor que otra, porque a todas ellas abarca y abraza la naturaleza simplicísima de su divinidad²⁴². Mas con todo esto, a nuestro modo de entender, la bondad es la más alabada y más gloriosa²⁴³. Y digo «a nuestro modo», porque si una persona fuere extremada en muchas excelencias y artes, y no fuere virtuosa, no le llamamos *buena*; y si solamente fuere virtuosa, aunque todo lo demás le falte, a boca llena le llamamos *buena*.

Pues por esta causa decimos que, a nuestro modo de entender, la bondad tenemos en Dios por más gloriosa, de la cual nace la misericordia. Y ésta es de la que él más se precia, y la que más en todas sus obras declara, de las cuales siempre es la causa su bondad. La cual llama a las demás virtudes y grandezas tuyas –como son su infinito poder y saber– para la ejecución de estas obras.

Por esta bondad creó el mundo, por ésta lo gobierna, por ésta sufre tantas ofensas como se cometen contra su santo nombre. Por ésta, sin cesar, reparte sus beneficios al mundo, haciendo nacer su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos y pecadores²⁴⁴. Por ésta, finalmente, tiene especial providencia de todas las criaturas, guiándolas por convenientes medios a los fines que por esta misma bondad les fueron señalados. Todas estas cosas tienen por principio y causa esta inmensa bondad del Creador. Y así todas ellas la

²⁴² Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 4.

²⁴³ Cf. *ibíd.*, I, q. 6, aa. 1-4.

²⁴⁴ Cf. Mt 5,45.

testifican con la hechura admirable de sus cuerpos y con la conveniencia de sus obras.

Pues como, según la doctrina de san Dionisio²⁴⁵ [Areopagita], la naturaleza del bien es ser comunicativo de sí mismo y de todos sus bienes, como lo es el sol de su luz y de su virtud, sigue que el sumo Bien ha de ser sumamente comunicativo de sí mismo; y a esta comunicación corresponde hacer a todas las cosas, cada una en su grado, participantes de su bondad y felicidad²⁴⁶. Pues ésta fue la causa de hacer este Señor tantos bienes a sus criaturas, y no alguna necesidad o particular gloria que se pudiese añadir a la suya.

Porque este Señor, antes de que crease este mundo, estuvo millares de cientos de siglos sin esta tan gran casa y familia del mundo, mas aunque [estuviese] solo, [era] tan rico, tan glorioso y tan bienaventurado consigo mismo y con su unigénito Hijo –imagen de su gloria y hermosura– y con el Espíritu Santo –lazo y amor infinito de ambos–, como lo es ahora con todo lo que está creado, sin que todo ello haya acrecentado en Él cosa que no tuviese. Porque, como concluyen hasta los mismos filósofos, y particularmente Aristóteles, él es acto puro²⁴⁷, por lo cual significan que Él es una sustancia tan alta, tan pura y tan perfecta, que no sufre añadidura, ni puede ser más de lo que es, ni recibir más de lo que tiene, porque lo tiene todo, por ser infinitamente perfecto, rico, poderoso y lleno de todos los bienes.

Estando, pues, Él en este riquísimo y felicísimo estado, sin tener de nadie necesidad, por su sola bondad y nobleza, no quiso ser sólo Él quien fuese bienaventurado, sino crear algunas criaturas tan nobles, que fuesen participantes y compañeras de su misma gloria. Esto es, que así como Él ve su misma esencia y hermosura, y goza de ella, así ellas la viesen, amasen y gozasen, y así fuesen bienaventuradas como Él lo es, y con lo que Él lo es, aunque no tanto como Él, porque no lo abarcan como Él se abarca.

Éste es un fin tan alto y una dignidad tan grande, que ninguna persona hay ni puede ser creada tan alta, a la cual por vía de naturaleza convenga tan gran gloria. Esta felicidad y gloria es la que

²⁴⁵ Cf. PSEUDO-DIONISIO, *Los nombres de Dios*, IV, 1: P G 3, 693.

²⁴⁶ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 20, a. 2.

²⁴⁷ Cf. *ibíd.*, I, q. 3, a. 2.

llena todo el seno y capacidad anchísima de nuestras almas, y así las hace bienaventuradas.

Pues para este fin tan soberano, le satisfizo a aquella infinita Bondad crear no sólo a los ángeles, sino también a los seres humanos, no desdeñándose ni teniendo asco de que una tan baja criatura, que por una parte linda con los animales, se sentase a su mesa, y comiese de lo que Él come, y gozase de lo que Él goza. ¡Bendita sea tal misericordia, tal nobleza, tal bondad y tal magnificencia, que tan copiosamente se quiso comunicar a criaturas tan bajas!

Dios nos enseña el camino de la felicidad

Introducción del símbolo de la fe II

Ed. Huerga: X/42-44; ed. Cuervo: VI/42-44.

Pues si tan imposible cosa es hallarse todas estas partes juntas en un ser humano [según declaran los filósofos paganos, a saber: una mente sabia, un corazón virtuoso, un cuerpo sano y la posesión de abundantes bienes materiales], ¿quién será feliz? Y así, ¿qué mayor contrariedad podía ser que, consiguiendo todos los animales ordinariamente sus propios fines, sólo el ser humano, para quien todo este inferior mundo fue creado, esté tan lejos de poderlo alcanzar? Mas con todo esto, los filósofos paganos que así se engañaron, en parte merecen perdón, y en parte no.

Merecen perdón porque, considerando el apetito natural que el ser humano tiene de ser bienaventurado, entendían que podía llegar a serlo [...] y no sabiendo ellos nada de la bienaventuranza que esperamos en la otra vida, estaban forzados a buscarla en ésta. Y viendo los achaques y dolencias que hay en todos los bienes de esta vida, unos ponían la felicidad en un tipo de bienes, y otros en otros, según la afición y gusto de cada uno.

Mas, por otra parte, no merecen perdón, pues, oprimidos por tantas angustias, no pidieron luz a su Creador para alcanzar esta verdad tan importante para nuestra vida, sino que, fiados vanamente de su inteligencia, no solamente creyeron que por sí mismos podían conocer en qué consistía esta felicidad, mas también pensaban que

con sus fuerzas naturales la podían alcanzar, que era otro desvarío no menor.

De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy dignas de ser sabidas. La una es que, dado que el ser humano puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, del que tiene natural apetito, y ésta no se halla en esta vida, le sigue necesariamente que la podrá alcanzar en la otra, para que no sea ocioso y vano este natural deseo que Dios en nuestros corazones imprimió.

Y el conocimiento de esta verdad es de tanta importancia, que lo pone el Apóstol [san Pablo] como el primer fundamento de la cristiandad, diciendo que «el que se acerca a Dios, ha de creer que hay Dios y que recompensa a los que le sirven»²⁴⁸. Lo segundo, en cuanto a nuestro propósito corresponde, de aquí se deduce que no era suficiente la filosofía humana, ni para enseñarnos la verdadera religión y culto de Dios, ni para darnos reglas ciertas de bien vivir, porque, dado que no pudieron conocer cuál era el último fin de nuestra vida, tampoco podían enseñarnos con qué medios debíamos conseguirlo, pues la razón de los medios se toma del fin [...].

De donde se deduce que la divina Providencia, la cual como toda la filosofía confiesa, no falta en las cosas necesarias, no era razonable que nos faltase en esta necesidad, que es la mayor de todas. Y dado que su providencia a ninguno de todos los animales, por pequeños que sean, aunque sea una hormiga, falta, proveyéndolos de todas las habilidades necesarias para conservar su vida, ¿cómo debía faltar a la más noble de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades? Porque cierto es que la cosa más necesaria al ser humano es saber la manera como ha de servir y honrar a Dios y, junto con ésta, conocer el fin para el que el mismo Dios lo creó, y los medios por donde lo ha de alcanzar. Y los filósofos, en quienes la naturaleza se esmeró y puso todas sus fuerzas y su virtud más que en los otros seres humanos, no pudieron alcanzar esta tan importante verdad, de la que pende el gobierno de nuestra vida.

Por tanto, no era razonable que el Creador faltase al ser humano en esta tan gran necesidad de su alma, dado que de tantas cosas le proveyó para el uso y remedio del cuerpo. Porque contra todo el

²⁴⁸ Hb 11,6.

orden de su sabiduría y providencia era tener tanto cuidado de lo que era menos, y olvidarse de lo que era más, y tanto más. Y dado que este desorden no puede caber en aquella infinita bondad y sabiduría, le sigue que a ella correspondía revelarnos esta verdad, de la que pende su gloria y nuestra felicidad, porque lo uno no se aparta de lo otro, pues –como dice Euquerio²⁴⁹– quiso Él que nuestro remedio fuese también su sacrificio.

De todo lo que hasta aquí se ha dicho, no se concluye otra cosa más que a la perfección de la divina Providencia corresponde revelar y enseñar a los seres humanos el camino de su felicidad y salvación.

Mas aquí es de notar que no sólo la necesidad, sino también la amistad de Dios para con los buenos, confirma esta susodicha verdad. Para lo cual presuponemos [...] que en la Iglesia cristiana ha habido innumerables personas santísimas, tanto mártires como confesores, monjes y vírgenes, en cuya comparación toda la virtud de los otros seres humanos –aunque sea de muchos grandes filósofos– era como una sombra en comparación con ésta. Pues es cierto que, así como no falta Dios a sus criaturas en las cosas necesarias, así también lo es que ama a los buenos, pues Él es la misma bondad, y la semejanza es causa de amor. Y si los ama de verdad, los ha de ayudar y socorrer en sus necesidades, y la mayor de todas es la salvación de sus almas, y ésta no se puede alcanzar sin conocimiento de Dios, y no lo conocerán de manera que se salven, si Él no les da este conocimiento. Y dado que todo esto es verdad, le sigue que a los buenos habrá dado Dios este conocimiento.

El engaño de la felicidad mundana

Guía de pecadores (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/332-334; ed. Cuervo: I/320-322.

[Ciertamente, puedes ver que hay muchos] tributos y contrapesos con los que la miserable felicidad mundana está acompañada, para que veas cuánto más hiel que miel y cuánta más amargura que azúcar trae consigo. Y dejo aquí de contar otros muchos males que tiene. Porque además de ser esta felicidad y

²⁴⁹ Cf. EUQUERIO, Epístola paraenetica ad Valerianum: PL 50, 713.

suavidad tan breve y tan miserable, es también sucia, porque hace a los seres humanos carnales y sucios, es bestial, porque los hace bestiales, es loca, porque los hace locos, y los saca muchas veces de juicio, es inestable, porque nunca permanece en un mismo ser, es finalmente infiel y desleal, porque al mejor tiempo nos falta y deja en el aire.

Mas hay un mal de la felicidad mundana que no dejaré de contar, que por ventura es el peor de todos, que es ser falsa y engañosa, porque parece lo que no es, y promete lo que no da, y con esto trae en pos de sí perdida a la mayor parte de la gente. Porque así como hay oro verdadero y oro falso, y piedras preciosas verdaderas, y falsas que parecen preciosas, y no lo son; así también hay bienes verdaderos y falsos, felicidad verdadera y falsa, que parece felicidad y no lo es, y tal es la mundana, y por esto nos engaña con esta muestra contrahecha.

Porque así como dice Aristóteles que muchas veces sucede haber algunas mentiras, que, con ser mentiras, tienen más apariencia de verdad que las mismas verdades; así realmente, lo que es mucho para notar, hay algunos males que con ser verdaderos males, tienen más apariencia de bienes que los mismos bienes y tal es sin duda la felicidad mundana, y por esto se engañan con ella los ignorantes, como se engañan los peces y las aves con el cebo que les ponen delante.

Porque ésta es la condición de las cosas corporales: que pronto se nos ofrecen con un alegre semblante y con un rostro lisonjero y halagüeño, que nos promete alegría y contentamiento, mas después de que la experiencia de las cosas nos desengaña, entonces sentimos el anzuelo debajo del cebo, y vemos claramente que no era oro todo lo que relucía. Así hallarás por experiencia que pasa en todas las cosas mundanas [...].

Pues, ¿qué diré de los oficios, de las honras, de las sillas y dignidades? ¡Cuán alegres se presentan entonces cuando de nuevo se ofrecen! Mas ¡cuántos enjambres de pasiones, de cuidados, de envidias y de penalidades se descubren después de aquel primer y engañoso resplandor! Pues, ¿qué diremos de los que andan metidos en amores deshonestos? ¡Cuán blandas hallan al principio las entradas de este ciego laberinto! Mas después de entrados en él,

¡cuántas penalidades han de pasar! ¡cuántas malas noches han de llevar! ¡a cuantos peligros se han de poner! Porque aquel fruto del árbol prohibido guarda la furia del dragón venenoso, que es la espada cruel del pariente, o del marido celoso, con la cual muchas veces se pierde la vida, la honra, la hacienda y el alma en un momento.

Así puedes discurrir por la vida de los avariciosos, de los mundanos y de los que buscan la gloria del mundo con las armas, o con los privilegios; y en todos ellos hallarás grandes tragedias de dulces principios y desastrados fines, porque ésta es la condición de aquel cáliz de Babilonia, por fuera dorado y dentro lleno de veneno.

La verdadera felicidad

Guía de pecadores (texto definitivo)

Ed. Huerga: VI/335-337; ed. Cuervo: I/323-326.

Mas ya que hasta aquí hemos tan claramente visto cuán miserable y engañosa es la felicidad mundana, resta que veamos ahora cómo la verdadera felicidad y descanso, que no se halla en este mundo, está en Dios. Lo cual si entendiesen bien las personas mundanas, no tendrían por qué seguir al mundo como lo siguen. Y por esto determino probar aquí brevemente esta tan importante verdad, no tanto por autoridad y testimonio de la fe, cuanto por clara razón.

Para lo cual es de saber que ninguna criatura puede tener perfecto conocimiento hasta llegar a su último fin, que es a la última perfección que según su naturaleza le conviene. Porque mientras no llegare aquí, necesariamente ha de estar inquieta y descontenta, como quién se siente necesitada de lo que le falta.

Pregunto, pues, ahora, ¿cuál es el último fin del ser humano, en cuya posesión está su felicidad, que es lo que los teólogos llaman *bienaventuranza objetiva*? No se puede negar sino que ésta es Dios, el cual así como es su primer principio, así es su último fin; y así como es imposible haber dos principios, así lo es haber dos últimos fines, porque eso sería haber dos dioses. Pues si solo Dios es el último fin del ser humano y su última bienaventuranza; y dos últimos fines y

bienaventuranzas es imposible que haya, podemos deducir que fuera de Dios es imposible hallar la plena bienaventuranza.

Porque sin duda, así como el guante se hizo para la mano y la vaina para la espada, por lo cual para ningún otro uso vienen bien estas cosas, sino para éstos, así el corazón humano creado para Dios, en ninguna cosa puede hallar descanso sino en Dios. Sólo con Él estará contento, y fuera de Él pobre y necesitado. La razón de esto es que, como el principal sujeto de la bienaventuranza son el entendimiento y la voluntad del ser humano, que son las dos más nobles potencias que hay en él, mientras éstas estuvieren inquietas, no puede él estar sosegado y quieto. Pues cierto es que estas dos potencias en ninguna manera pueden estar quietas sino sólo con Dios.

Porque -como dice santo Tomás- no puede nuestro entendimiento entender ni saber tantas cosas, que no le quede habilidad y deseo natural para saber más, si hubiere más que saber²⁵⁰. Y asimismo, no puede nuestra voluntad amar ni gozar de tantos bienes, que no le quede virtud y capacidad para más, si más le dieran. Y por tanto nunca reposarán estas dos potencias hasta hallar un objeto universal, en quien estén todas las cosas, el cual una vez conocido y amado, ni le quedan más verdades que saber, ni más bienes de los que gozar. De aquí nace que ninguna cosa creada, aunque sea la posesión de todo el mundo, basta para dar saciedad a nuestro corazón, sino sólo Aquél para quien fue creado, que es Dios.

Y así escribe Plutarco de un soldado que llegó de grado en grado a ser emperador, y como se viese en este estado tan deseado, y no hallase el contentamiento que deseaba, dijo: «En todos los estados he vivido y en ninguno he hallado contentamiento»²⁵¹. Porque, dado que fue creado sólo para Dios, no debía hallar reposo fuera de Dios.

Y para que aun más claro entiendas esto, ponte a mirar a la aguja de una brújula, porque allí verás representada esta filosofía tan necesaria. La naturaleza de esta aguja, después de tocada con la piedra imán, es mirar al norte, porque Dios que creó esta piedra, le dio esta natural inclinación, que siempre mire a este lugar. Y verás por experiencia qué desasosiego tiene consigo, y qué de veces se

²⁵⁰ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 84, a. 4.

²⁵¹ PLUTARCO, *Regum et imperatorum apophthegmata*.

vuelve y revuelve, hasta que endereza la punta al norte, y esto hecho, luego para y queda fija como si la hincaras con clavos.

Pues así has de entender que creó Dios al ser humano con esta natural inclinación y respeto a Él, como a su norte, y a su centro, y a su último fin²⁵². Y por tanto, mientras fuera de Él estuviere, siempre estará como aquella aguja, inquieto y desasosegado, aunque posea todos los tesoros del mundo. Pero volviéndose a Él, entonces reposará, como ella reposa, porque ahí tiene todo su descanso. De lo cual se deduce que sólo será bienaventurado aquel que poseyere a Dios, y estará más cerca de ser bienaventurado aquel que más cerca estuviere de Dios. Y porque los justos en esta vida están más cerca de Él, ellos son los más bienaventurados, aunque su bienaventuranza no la conoce el mundo.

La causa es esa. Porque no consiste en deleites sensibles y corporales, como la pusieron los filósofos epicúreos, y después de éstos los musulmanes, y después de estos los discípulos de ambas escuelas, que son los malos cristianos, los cuales con la boca reniegan de la ley de Mahoma, y con la vida no guardan otra, ni buscan en esta vida otro paraíso que el suyo. Si no, dime, ¿qué otra cosa hacen muchos de los ricos y poderosos de este mundo, mayormente en la mocedad, sino andar buscando y probando todos cuantos géneros de pasatiempos se pueden hallar? ¿Pues qué es esto sino tener por último fin el deleite con Epicuro, y buscar el paraíso de Mahoma en el mundo? Miserable de ti, discípulo de tales maestros, ¿por qué no aborreces la vida de aquellos cuyos nombres escupes y abominas?

Si acá quieres tener el paraíso de Epicuro, ten por cierto que perderás el de Cristo. No está, pues, la bienaventuranza del ser humano, ni en cuerpo, ni en bienes de cuerpo, como la ponen los musulmanes, sino en el espíritu y en los bienes espirituales e invisibles, como la pusieron los grandes filósofos y la ponen los cristianos, aunque de diferente manera. Así lo significó el profeta [David] cuando dijo:

«Toda la gloria y hermosura de la hija del rey está escondida donde está guarnecida de oro y vestida de mil colores, y donde

²⁵² Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, I, 1: PL 32, 661.

tiene tanta paz y alegría cuanta nunca tuvieron ni tendrán todos los reyes del mundo»²⁵³.

Si no queremos decir que tuvieron mayor contentamiento los príncipes de la tierra que los amigos de Dios, es porque lo negarán muchos de ellos, que muy alegremente dejaron grandes países y riquezas después de que gustaron de Dios. Y lo negará también con ellos san Gregorio Papa²⁵⁴, que probó lo uno y lo otro, y a fuerza de brazos fue llevado a la silla del pontificado; y estando en ella lloraba y suspiraba por aquella pobre celda que había dejado en su monasterio, como el cautivo que, estando en tierra de musulmanes, suspira por su patria y libertad.

²⁵³ Cf. Sal 45,14-16.

²⁵⁴ Cf. JUAN DIÁCONO, *Vita Sancti Gregorii*, lib. I, 52: PL 75, 42.

LA CONTEMPLACIÓN DE DIOS EN LA NATURALEZA

La Providencia divina

Introducción del símbolo de la fe I

Ed. Huerga: IX/165-172; ed. Cuervo: V/157-164.

[Otra] cosa que nos conviene tratar [...], es sobre las habilidades que el Creador dio a todos los animales para la crianza y defensa de sus hijos. En lo cual, no menos, sino mucho más resplandece la divina Providencia que en todo lo que hasta aquí se ha dicho de ellos. Porque las habilidades susodichas principalmente sirven para la conservación de los individuos, mas lo que toca a la crianza de los hijos corresponde a la conservación de la especie que los abarca, que es un mayor bien, pues precede el bien común al particular, y la divina Providencia más resplandece en la gobernación de las cosas mayores que de las menores.

Pues la primera y principal cosa que ella para esto proveyó, fue un gran amor que los padres tienen a los hijos. Porque éste les hace ayunar y trabajar por ellos, y ofrecerse a cualquier peligro, y aún a meterse contra las lanzas por defenderlos. Y este mismo amor hace que muchas aves, especialmente la *gallina*, que siempre huye del ser humano, le consiente acercarse a ella cuando está sobre los huevos, por no dejarlos enfriar.

Verdad es que en los *peces* no hallamos este amor, porque tienen otra manera de multiplicarse y conservar su especie, que es desovando, para lo cual buscan lugares convenientes, donde esto lo puedan hacer más cómodamente. Con todo esto, san Ambrosio hace mención de algunos peces que paren hijos, entre los cuales refiere una cosa digna de notar, y es que un cierto pez de éstos [del grupo de los *cíclidos*], viendo los hijuelos en algún peligro, abre la boca y los encierra dentro de sí y, pasado el peligro, los vuelve tan enteros y sanos²⁵⁵ como la ballena que tragó a Jonás²⁵⁶. Así que este amor del que hablamos, más tiene lugar en los animales, y aún mucho más en las aves [...].

²⁵⁵ Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 3: PL 14, 222.

²⁵⁶ Cf. Jon 2,1-11.

Con todo esto, como no hay regla sin excepción, del *avestruz* dice el mismo Creador –hablando con el santo Job– que carece de este amor, por medio de estas palabras:

«Las plumas del avestruz son semejantes a las de un gavián. Pues cuando esta ave deja sus huevos en la tierra, ¿serás tú poderoso como Yo para calentarlos en el polvo y hacer que den a luz? [Sin embargo, a ella] no le importa que los pisen los pies del caminante, o que los animales del campo los rompan. Es dura con sus hijos como si no fuesen suyos, porque privó Dios a esta ave de la sabiduría, y no le dio inteligencia. Cuando es necesario, levanta las alas en alto, y hace burla del caballo y del caballero que va en él»²⁵⁷.

Este ejemplo alegó el Creador para declarar más el cuidado de su providencia. Porque cuando falta el amor y diligencia de esta ave, Él la toma a su cargo, y sin el beneficio y calor de la madre, da a luz los hijos que ella desamparó.

Semejante providencia a ésta es la que Dios tiene con los hijos de los *cuervos* recién nacidos. Porque como en este tiempo no les han nacido aún las plumas negras, el padre los tiene por falsos, y así no los quiere mantener, porque no los reconoce como suyos, hasta que los ve con plumas de su color. Pues en esta sazón la divina Providencia suple el oficio de padre, y los mantiene. Lo cual tuvo el profeta real [David] por tan gran argumento de la gloria de Dios, que la refiere entre las otras alabanzas suyas diciendo que Él es el que «da a los animales su propio sustento, y a los hijuelos de los cuervos que lo llaman»²⁵⁸.

Ni es menor providencia la que nos muestra en la crianza de los hijos del *águila*. De la cual cuentan algunos que, enfadada por el trabajo de la crianza de ellos, expulsa a uno del nido. Mas aquel Señor que a nada falta, proveyó de otra ave, la cual toma a cargo la crianza de aquel noble hijo, hasta que él pueda volar y mantenerse por sí mismo. Verdad es que san Ambrosio no quiere reconocer este desamor del águila²⁵⁹, pues el Señor compara en la Escritura el amor

²⁵⁷ Job 39,13-18.

²⁵⁸ Sal 147,9.

²⁵⁹ Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 18: PL 14, 246.

que Él tiene a sus espirituales hijos con el que esta ave tiene a los suyos²⁶⁰; por lo que dice que la causa de este rechazo es otra cosa digna de admiración, la cual es que hace mirar sus hijuelos al sol de hito en hito, y el que halla tan débil de vista que no sufre la fuerza de estos rayos, lo desecha del nido como inhábil y ajeno de la nobleza real del águila, enseñando por este ejemplo el Creador a los padres nobles el poco caso que deben hacer a los hijos que oscurecen con sus malas costumbres la nobleza de su linaje.

También es notable la manera que el *gavilán* tiene de enseñar a sus hijuelos a cazar. Después de que ellos están ya más criados, y pueden servirse algún tanto de las alas, les ponen delante un pájaro medio peladas las alas, y ellos, aquejados del hambre, van en pos de él, y habiendo hecho esto algunas veces, quedan ya habilitados para la caza, cuando están vestidos de sus plumas.

Y dado que hicimos mención del gavilán, no diré de él cosa nueva sino muy sabida, mas poco ponderada y estimada de muchos. En las noches largas y frías del invierno, procura cazar un pájaro, para tenerlo toda la noche en las uñas y calentarse con él. Ya esto es una providencia. Otra es que, amaneciendo él a la mañana con gran hambre por haber sido la noche larga, y tener así él, como todas las aves rapaces, gran calor en el estómago, para que el hambre los haga cazar, teniendo el alimento en las uñas, no lo toca, sino que lo suelta para que se vaya, por haber de él recibido aquel beneficio. Ésta es otra providencia. La tercera es que a la mañana, cuando va a buscar en qué se alimente, no vuela por la banda que el pájaro voló, por no topar con él, sino por la contraria. De estas noblezas nació el común proverbio que dice: «Hidalgo como un gavilán», y como a tal lo libran las leyes reales de pagar tributo o portazgo, así a él como a toda su familia, que son todas las aves que vienen en su compañía, aunque él llegue ya muerto.

Pregunto, pues, ahora, ¿qué más haría en materia semejante una persona noble, virtuosa y agradecida? Pues todo esto hace un gavilán, aunque no él, sino quien lo creó con tales respetos y noblezas, el cual, no contento con habernos enseñado por sus Escrituras la condición de la verdadera nobleza, también nos la quiso declarar por el ejemplo de esta ave. La cual, padeciendo hambre y teniendo el alimento en las

²⁶⁰ Cf. Ex 19,4.

uñas, de tal manera se sacrifica, que no quiere agravar al pajarillo de quien recibió aquel beneficio. No llegó aquí la nobleza del emperador Octavio Augusto, tan afamado entre todos los emperadores romanos, pues por tomar venganza de su enemigo, otorgó la cabeza de Marco Tulio Cicerón, de quien había recibido toda la autoridad y dignidad que tenía.

Gloríense, pues, ahora mucho los que descienden de casta de reyes o emperadores. Porque, ¿qué hermosura puede haber en las ramas del árbol en el que la raíz está muy dañada? Y ¿qué claridad en los arroyos en los que la misma fuente está tan turbia? Resta por tanto reconocer que la verdadera nobleza está con el temor [reverencial] a Dios, porque donde éste mora, no ha lugar la tacañería ni la vileza.

La *coneja*, cuando ha de parir, hace la cama blanda para que los hijos tiernos no se lastimen. Para lo cual, además de algunas pajuelas que pone debajo, se pela los pelos de la barriga para poner encima. Pues, ¿qué mayor caridad maternal que ésta? Y cuando sale a buscar comida, de tal manera deja cubierta la boca de la madriguera, que no se pueda fácilmente ver.

El *lobo*, aun siendo insaciable, si la hembra muere, él cría los hijuelos, sacando del buche lo que él ha comido, y repartiéndolo con ellos.

Mas volviendo al propósito de la crianza de los hijos, para esto sirve la hechura de los nidos que hacen para criarlos, la cual es tan medida y proporcionada para este efecto, que a Quintiliano le pareció esto una especie e imagen de razón, mayormente considerando aquella camilla blanda que ponen encima del nido para que los hijuelos recién nacidos y tiernos no se lastimen con la dureza del nido²⁶¹.

Mas Aristóteles se impresiona con mucha razón con la hechura del nido de una *golondrina*²⁶². Y lo que bastó para admirar a un tan gran filósofo, no basta para ponerla a nosotros, o porque vemos esto cada día, o porque no tenemos ojos para saber mirar y ponderar las obras de Dios. Porque, ¿quién pudiera creer, si no lo viera, que un

²⁶¹ Cf. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, lib. II, 17.

²⁶² Cf. ARISTÓTELES, *Historia animalium*, IX, 7 (*Opera*, t. III, París, Didot, 1854, p. 178)

pajarillo tan pequeño hace un nido como de bóveda, arrimado a una pared, sin más columnas que lo sustenten en el aire, y que mezcle pajas con el barro para que fragüe la obra, como hacen los albañiles cuando revisten una pared para encalarla, y que además de esto busque algunas plumillas, u otras cosas blandas, para que no se lastimen los hijuelos?

Mas quiero que me digan ahora las personas que tienen inteligencia: ¿qué medio podrá tener esta avecilla, cuando lograrse fabricar su nido en tierra donde no hay barro ni cieno alguno? De mí confieso que no lo pudiera inventar. Mas lo supo esta avecilla, porque la gobierna otro mayor entendimiento, que es el del Creador, el cual le dio destreza para hacer barro donde no lo hay. Porque para esto moja las alas en el agua, y se revuelca en el polvo, y de esta manera hace barro, y con muchos viajes de éstos viene poco a poco a dar fin a su obra.

Y la golondrina, como sabia que es, hace su nido dentro de nuestras casas, porque –como dice san Ambrosio– en este lugar tiene sus hijos más seguros de las aves enemigas. Y nos paga el alquiler de las casas con su música y con servirnos de reloj para despertar por la mañana²⁶³.

Mas así en esto como en todo lo demás que aquí se trata, conviene repetir aquella sentencia del Apóstol [san Pablo]: «¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes y de las golondrinas?»²⁶⁴. Claro está que todo esto es querer Él darse a conocer a los seres humanos, para ser adorado y reverenciado por ellos. Porque quien tuviere ojos para notar así la hechura de los cuerpos de todos los animales, así como las habilidades que tienen para su conservación, verá claro que todas ellas predicán su sabiduría, y que cuantas son las criaturas, tantos son los testigos de su gloria.

Pues no es cosa menos admirable la que san Basilio y san Ambrosio cuentan de una avecilla que se llama *alción*²⁶⁵. En la cual quiso el Creador mostrarnos más a las claras la perfección de su providencia, y cómo en ninguna cosa falta. Para esto dio a esta

²⁶³ Cf. AMBROSIO, *Hexaameron*, V, 17: PL 14, 244-245.

²⁶⁴ Cf. 1Cor 9,9.

²⁶⁵ Cf. BASILIO, *Hexaameron*, VIII: PG 29, 178; AMBROSIO, *Hexaameron*, V, 13: PL 14, 238.

avecilla una inclinación de hacer su nido en la arena junto a la mar, y esto en medio del invierno. Pues, ¿qué remedio hay para que no lo ahoguen las olas de la mar, cuando anda alterada? Alguno pudiera decir que se descuidó en esto la Providencia, pues dio inclinación a esta ave para que pusiese los huevos donde no podía conservarlos. Pues para que esto no se pudiese decir, ¿qué remedio hay? Lo halló el que lo podía dar, el cual, como Señor de la mar, a ésta le puso por mandamiento que durante catorce días –conviene a saber: siete en los que esta ave calienta los huevos, y otros siete en los que los cría hasta que pueden volar–, no se alterase ni levantase sus olas, para que no se pudiese con verdad decir que faltaba una pizca en la providencia de Dios.

¡Oh admirable Señor en todas vuestras obras! ¡Oh, cuán digno sois de ser reconocido, y adorado, y reverenciado en todas ellas, y cuánto deseáis que os conozcamos, pues tales lecciones nos dais de vuestras grandezas y maravillas! ¡Quién no esperará de Vos el remedio de todas sus necesidades, pues para unas tan pequeñas avecillas mandáis a aquel tan furioso y tan gran cuerpo del mar Océano que por todos estos días esté quieto?

Los cuales tienen notados los marineros, y llaman a estos días «alcionios», y tienen la garantía gracias a esta avecilla de que por todo este espacio que ella estuviere criando sus hijuelos, los asegura de tormenta.

Ni es para dejar de notar cómo todas las aves guardan una imagen de matrimonio, y se reemplazan y reparten el trabajo en la crianza de los hijos, porque mientras el uno está sobre los huevos, el otro va a buscar comida, y cuando éste vuelve, hace el mismo oficio, y el otro va a buscar también su comida.

Esto lo vemos cada día en las *palomas zoritas* que criamos en nuestras casas, las cuales –como dice Plinio– son tan fecundas que paren diez veces en el año; y los hijuelos –como él mismo dice– al quinto mes pueden ya ser padres²⁶⁶. Y acontece muchas veces estar aún los hijuelos en el nido y, junto con ellos, los huevos para otra crianza. Y siempre –dice el mismo– que ponen dos huevos, de los cuales uno sale macho y otro hembra, y el macho sale primero. En esta maravillosa fecundidad se ve cómo el Creador quiso proveer al

²⁶⁶ Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, X, 74.

ser humano de sustento. Por lo cual, así a estas aves como a las perdices y conejos dio tanta multiplicación de hijos, para que así, por este medio, como por otros muchos, proveyese de sustento al ser humano, y así unos cazando ganasen su vida y otros se mantuviesen con dicha caza.

Las *vacas*, cuando sienten peligro de alguna fiera, se hacen todas una rueda y encierran dentro de ella a los becerrillos. Y ellas, vueltas las ancas a los hijos y los cuernos hacia fuera, que son las armas que el Creador les dio, están a punto de guerra para defenderlos. Lo mismo hacen las *yeguas* en semejante peligro, para defender a sus potricos, pero éstas ponen las ancas hacia fuera, porque tienen las armas en los pies. Porque –como ya dijimos– cada animal conoce sus armas y sabe usar de ellas en cualquier peligro.

Vengamos al parto de los animales. Antes del parto, se mantienen los hijos de ellos en los vientres de las madres por la tripilla del ombligo, como los seres humanos. Y no les falta instrumento para cortarla en el parto, porque para esto se sirven de los dientes, con los cuales la cortan para desprenderlos de sí. Y con la lengua los lamen y limpian de la inmundicia que del vientre sacan. Lo cual señaladamente hace la *osa*, que pare los hijos muy deformes, y ella, a base de estar lamiéndolos y relamiéndolos, les da la figura que tienen.

Ni faltan engaños y adulterios y robos en las aves como entre los seres humanos. Porque del *cuclillo* [o *cuco*] se dice que va poco a poco comiendo los huevos de alguna otra ave, y en lugar de ellos va poniendo los suyos. De lo cual, con su astucia saca dos provechos, el uno, mantenerse de los huevos ajenos, y el otro, ahorrar el trabajo de calentar y criar los suyos. Lo cual redundando en otros dos daños del ave robada, que es matarle sus hijos y cargarle la crianza de los ajenos. Ésta es la condición de los ladrones y tiranos, que es buscar siempre su provecho con el daño de otro.

La *perdiz* también padece otro agravio en la crianza de sus hijos, no muy diferente del anterior, y muy semejante al de aquellas dos malas mujeres que peleaban ante el rey Salomón, una de las cuales le robó el hijo a la otra, diciendo que era suyo²⁶⁷. Porque hay perdices

²⁶⁷ Cf. 1Re 3,16-27.

que roban los huevos de otras perdices, y los calientan y sacan y crían por suyos. Mas aquí interviene otra tan gran maravilla, que si no la halláramos en el capítulo 17 del libro de Jeremías²⁶⁸, del todo parecería increíble, aunque sean muchos los autores que la escriben, como refiere san Jerónimo sobre este paso²⁶⁹. El cual dice que la perdiz roba a otra sus huevos, y los calienta y cría. Mas cuando éstos, después de ya grandecillos, oyen el reclamo de la verdadera madre que puso los huevos, dejan a la falsa y siguen a la verdadera.

¿Quién pudiera creer esto, si el mismo Autor de esta maravilla no lo dijera en su Escritura? El cual nos quiso aquí representar el misterio y el fruto de la Redención de Cristo, por cuyo merecimiento los seres humanos, que hasta el tiempo de su venida servían a los dioses ajenos, cuando oyeron la voz de su verdadero Padre mediante la predicación del Evangelio, dejaron a los falsos dioses que adoraban y acudieron a servir y adorar al verdadero Dios y Creador suyo.

En el *pelicano* también nos quiso representar el mismo misterio y beneficio. Porque de él se dice que saca muertos a sus hijos de los huevos y que, hiriéndose el pecho con su pico, los resucita rociándolos con la sangre que de él saca. Por lo cual lo tomó por divisa el rey de Portugal Don Juan el Segundo, que fue muy valeroso, declarándonos por este ejemplo la diferencia que hay entre el rey y el tirano, porque éste se mantiene de la sangre de los suyos, mas aquél da su vida y sangre por ellos.

Lo que Eliano cuenta de esta ave es que hace su nido en la tierra²⁷⁰. Y por esto usan contra él de esta destreza los cazadores, que cercan el nido con paja y le prenden fuego. Entonces acude el padre a gran prisa a socorrer a los hijos, pretendiendo apagar la llama con el movimiento de las alas, con el cual no sólo no la apaga, mas antes lo enciende más y, de esta manera, quemadas las alas en la defensa de los hijos, viene a manos de los cazadores, no sintiendo dar su vida por ellos. Lo cual, no menos que el ejemplo que vimos de la perdiz, nos representa la inmensa caridad del Hijo de Dios, el cual se ofreció a la muerte por redimir y reparar la vida de los hijos que Él creó.

²⁶⁸ Cf. Jr 17,11.

²⁶⁹ Cf. JERÓNIMO, *In Hieremiam*, 17: PL 24, 820.

²⁷⁰ Cf. ELIANO, *De natura animalium*, III, 23.

Mas ahora, con la dulce memoria de este sumo beneficio, daremos fin a este capítulo. Quien más quisiere saber de estas materias, lea a Aristóteles en los libros que escribió *Sobre la naturaleza de los animales*²⁷¹, y a Plinio en los libros octavo, noveno, décimo y undécimo²⁷², y a Eliano en los dieciséis libros que de esta materia escribió²⁷³.

Mas esto poco hemos aquí tratado para enseñar al cristiano a filosofar en estas materias, y para levantar por ellas el espíritu al conocimiento y amor de su Creador. El cual, siendo tan admirable en sus criaturas, ¿cuánto más lo será en sí mismo? Y nuestro entendimiento, gustando tanto de contemplar sus propias hechuras, ¿cuánto más gustará de contemplar la infinita sabiduría del que las hizo, el cual sabe tanto y puede tanto, que en tanta infinidad de criaturas que carecen de razón, tales inclinaciones imprimió, que hacen sus obras tan enteramente como si tuvieran razón?

La alegría que experimentamos al contemplar a Dios en la naturaleza

Introducción del símbolo de la fe I

Ed. Huerga: IX/105-107; ed. Cuervo: V/97-99.

Toda esta tan gran provisión y abundancia de cosas que la tierra da, nos muestra la providencia que nuestro Señor, como un padre de familia, tiene de su casa, para sustentar, curar y proveer a sus criados.

Mas, ¿qué diremos de tantos tipos de flores tan hermosas, que no sirven para sustento, sino sólo para el disfrute del ser humano? Porque, ¿para qué otro oficio sirven las *clavelinas*, los *claveles*, los *lirios*, las *azucenas* y *alhelíes*, las matas de *albahaca*, y otros innumerables tipos de flores, de las que están llenos los jardines, los montes, y los campos y los prados, de ellas blancas, de ellas coloradas, de ellas amarillas, de ellas moradas, y de otros muchos colores, junto con el primor y la maestría con los que están labradas, y con el orden y concierto de las

²⁷¹ Cf. ARISTÓTELES, *Historia animalium* (Opera, III, Paris, Didot, 1854, pp. 1-217).

²⁷² Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, VIII-X (Scriptorum romanorum quae ex tant omnia), Pisa, Giardini editori, 1977.

²⁷³ Cf. ELIANO, *De natura animalium*, XVII.

hojas que las cercan, y con el olor suavísimo que muchas de ellas tienen? ¿Para qué pues sirve todo esto, sino para el disfrute del ser humano, para que tuviese en qué apacentar la vista de los ojos del cuerpo, y mucho más los del alma, contemplando aquí la hermosura del Creador y el cuidado que tuvo, no sólo de nuestro sustento, como padre de familia para sus criados, sino como padre verdadero para con sus hijos, e hijos regalados?

Y como tal no se contenta con proveerles de lo necesario para su conservación, sino también de cosas hechas para su disfrute. Y así quiso que no sólo el resplandor de las estrellas que en las noches serenas vemos en el cielo, sino también los valles abundosos y los prados verdes, pintados con diversas flores, nos fuesen como otro cielo estrellado, que por una parte recreasen nuestra vista con suavidad y hermosura, y por otra nos despertasen a alabar al Creador, que todo esto trazó y creó, no para sí, ni para los ángeles, ni para los animales, sino sólo para el gusto y el honesto disfrute del ser humano.

Pongamos ahora esto en práctica y, mirando entre otras flores, una mata hermosa de *claveles*, tomemos uno en la mano, y comencemos a filosofar de esta manera: ¿Para qué fin creó el Hacedor esta flor tan hermosa y olorosa, pues Él no hace cosa sin algún fin? Ciertamente no para el sustento del ser humano, ni tampoco para medicina o cosa semejante. Pues, ¿qué otro fin pudo aquí pretender sino recrear nuestra vista con la hermosura de esta flor, y el sentido del oler con la suavidad de su olor?

Y no pare sólo aquí, sino proceda más adelante, considerando cuántos otros tipos de flores creó para lo mismo, y sobre todo esto, cuántos tipos de piedras preciosísimas, que no menos, sino mucho más alegran el sentido de la vista. Y más allá de esto, ¡cuántas otras cosas hizo para recrear los otros sentidos! ¡Cuántas músicas de aves para el sentido del oír! ¡Cuántas especies aromáticas para el del oler! ¡Cuánta infinidad de sabores para el del gustar!

Pues, ¡cuánto se declara en esto la benignidad y suavidad de aquel soberano Señor, el cual al tiempo que creaba las cosas, tuvo tanta cuenta con el ser humano, que no sólo creó para él tanta muchedumbre de alimentos y de todo lo demás que le era necesario, pues todo este mundo visible le es útil, sino también tuvo especial

cuidado de crear tantos tipos de cosas para su honesto disfrute, y esto tan abundantemente, para que ninguno de los sentidos corporales carezca de sus propios objetos en los que se deleite! Pues, ¿qué cosa más propia de padre amoroso para con sus hijos, y aún hijos –como dije– regalados?

Y no contento con esto, también creó árboles sólo para este efecto, como es el *laurel*, el *arrayán*, el *ciprés*, los *cedros* olorosos, y los *álamos*. Y la *hiedra*, que viste de verdor las paredes de los jardines, y les sirve como lienzos que se ensamblan. Y otros árboles de esta cualidad, los cuales, como carecen de fruto, sólo para el disfrute de nuestra vista parecen haber sido creados, la cual es tal, que pudo decir el Eclesiástico: «Los ojos disfrutaban con la gracia de la hermosura, pero a ésta hace ventaja el verdor de los sembrados»²⁷⁴.

Mas querer contar la muchedumbre de las hierbas, y las virtudes y propiedades de ellas, es cosa que fue reservada a Salomón, del cual dice la Escritura que trató de todas las plantas, «desde el cedro del monte Líbano hasta el hisopo que nace en la pared»²⁷⁵. Mas nos consta esto: que no menos está poblada la tierra de plantas que la mar de peces, y así, antes se hallan muchos mares sin pescados que apenas se hallará un palmo de tierra que no esté vestido de verdor en su tiempo, sin haber nadie que la siembre o la labre, obedeciendo ella al mandamiento que al principio [en la creación del mundo] le fue puesto por el Creador.

Dios ha dado felicidad a los animales

Introducción del símbolo de la fe I

Ed. Huerga: IX/127-128; ed. Cuervo: V/117-119.

Sobre todas estas cosas que son comunes a todos los animales, hay otra que grandemente declara no sólo la providencia sino también la bondad, la suavidad y la magnificencia del Creador. Porque no contento con haber dado ser a todos los animales, y habilidades para conservarlo, les dio también toda aquella manera de felicidad y contentamiento del que aquella naturaleza era capaz. Lo

²⁷⁴ Eclo 40,22.

²⁷⁵ Cf. 1Re 5,13.

uno y lo otro declaró aquel divino cantor [David], cuando dijo: «Los ojos de todas las criaturas esperan en Vos, Señor, y Vos les dais su alimento en tiempo conveniente»²⁷⁶. Esto dice porque toca a la provisión del sustento. Y añade más: «Abrís Vos vuestra mano, y llenáis todo animal de bendición»²⁷⁷. Pues por estos nombres de plenitud y de bendición se ha de entender esta manera de felicidad y contentamiento con los que este Señor llena el pecho de todos los animales, para que gocen de todo aquello con lo que, según la capacidad de su naturaleza, pueden gozar.

Pongamos ejemplos. Cuando oímos deshacerse la *golondrina*, y el *ruiseñor*, y el *jirguerito*, y el *canario* cantando, entendemos que si aquella música deleita nuestros oídos, no menos deleita al pajarico que canta. Lo cual vemos que no hace cuando está doliente, o cuando el tiempo es cargado y triste. Porque de otra manera, ¿cómo podría el *ruiseñor* cantar las noches enteras, si él no gustase de su música, pues, como dice la filosofía: «el deleite hace las obras»? Cuando vemos también a los *becerricos* correr con gran orgullo de una parte a otra, y a los *corderillos* y *cabritillos* apartarse de la manada de los padres ancianos, y repartidos en dos puestos, escaramuzar los unos con los otros, y acometer unos y huir otros, ¿quién dirá que no se haga esto con gran alegría y contentamiento de ellos? Y cuando vemos jugar entre sí a los *gatillos* y los *perrillos*, y luchar los unos con los otros, y caer ya debajo, ya encima, y morderse blandamente sin hacerse daño, ¿quién no ve allí el contentamiento con el que esto hacen? Ni menos disfrutan los *peces* en nadar, y las *aves* en volar, y el *cernícalo* cuando está haciendo represas y contenencias, y batiendo las alas en el aire.

Pues por lo dicho entenderemos lo que quiso significar aquel gran Dionisio [Areopagita], cuando dijo que Dios pretendía hacer todas las cosas semejantes a sí, cuanto lo permite la capacidad y naturaleza de ellas²⁷⁸. Por lo que, así como Él tiene ser, y bienaventurado ser, así quiso Él que todas las criaturas, cada cual a su manera, tuviesen lo uno y lo otro. Y para esto no se contentó con haberles dado tantas habilidades para conservarse en su ser, sino

²⁷⁶ Sal 145,15.

²⁷⁷ Sal 145,16.

²⁷⁸ Cf. PSEUDO-DIONISIO, *Epist.*, 8: PG 3, 1085.

quiso también que le imitasen en esta manera de bienaventuranza y contentamiento del que las hizo capaces.

Pues, ¿cuán gran argumento es éste de aquella inmensa Bondad y Generosidad, que así se comunica a todas sus criaturas y las regala?

¡Oh inmensa Bondad! ¡Oh inefable Suavidad! Si hicieras, Señor, esto con las criaturas racionales, que pueden reconocer este beneficio y daros gracias por él, no fuera tanto de maravillarse, mas hacerlo con criaturas que ni os conocen ni alaban, ni os han de agradecer este regalo, esto nos declara la grandeza de vuestra bondad, de vuestra realeza, de vuestra nobleza y de vuestra magnificencia para con todas vuestras criaturas, pues les dais de pura gracia todo aquello de lo que es capaz su naturaleza, sin esperar retorno de agradecimiento por ello. En lo cual nos dais a entender lo que tendréis guardado así en esta vida como en la otra para los que os sirven y aman, pues tal os mostráis con las criaturas insensibles que no os conocen. De todas estas maravillas está llena, Señor, la tierra, la mar y los aires, por lo que con tanta razón exclama el profeta real [David]: «Señor nuestro, ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra!»²⁷⁹.

Y por esta misma causa dice que en todo este mundo, «desde el principio donde el sol sale, hasta el fin donde se pone, es el nombre del Señor digno de ser alabado»²⁸⁰, porque todas las cosas que vemos en Él, nos dan copiosa materia de su alabanza.

²⁷⁹ Sal 8,2-10.

²⁸⁰ Sal 113-3.

LA EXPERIENCIA MÍSTICA

El camino apofático (hacia la infinitud de Dios)

Introducción del símbolo de la fe I

Ed. Huerga: IX/344-348; ed. Cuervo: V/328-332.

Para formar en nuestras almas algún concepto, aunque confuso, de aquella altísima Sustancia, hemos de tomar por fundamento una común sentencia de san Dionisio [Areopagita], el cual dice que en cada una de las criaturas hay tres cosas, que son ser, poder y obrar²⁸¹. Las cuales son tan consecuentes entre sí, que por las unas conocemos a las otras. Porque por las obras conocemos la grandeza del poder, y por ésta la del ser, de donde proceden. Pues estas mismas tres cosas, que son ser, poder y obrar, consideramos en Dios nuestro Señor, aunque en Él todas sean una misma cosa.

Pues de sus obras [...], y por la grandeza admirable de ellas, conocemos la grandeza del poder de donde manaron, y por la grandeza de este poder conocemos la del ser, siendo el caso que no iguala lo uno con lo otro, porque a mucho más se extiende aquel ser de lo que declara el poder. Porque con la facilidad con la que creó este mundo, podría crear con una sola palabra otros mil mundos tan grandes y mayores que éste, como más adelante declararemos.

Pues tanteemos ahora cuál será aquel ser en quien cabe este tan admirable y sobrecogedor poder. ¿Qué comparación hay de todo otro poder creado, pues ninguno es poderoso para crear una hormiga?

Entendida, pues, la infinita distancia y diferencia que hay del poder del Creador a todo otro poder creado, entenderemos la que hay del ser creado al ser del Creador. Y conforme a esto decimos que aquella altísima Sustancia dista infinitamente de toda otra sustancia, la cual tiene otra manera de ser, y de poder, y de grandeza, y de sabiduría, y de hermosura, y de otras infinitas perfecciones, que ningún entendimiento creado puede abarcar.

²⁸¹ Cf. PSEUDO-DIONISIO, *La jerarquía celeste*, 2: PG 3, 284.

Y por esto, para conocer algo de Él, hemos de dejar debajo de nuestros pies todas las criaturas del Cielo y de la tierra, y pasar de vuelo sobre todo lo que se puede sentir e imaginar y entender, para llegar de alguna manera a aquella Sustancia que sobrepuja todos los sentidos y entendimientos, y se diferencia y aventaja infinitamente de todo, la cual ni tiene figura, ni cantidad, ni cualidad, ni ninguna otra característica física, ni admite composición ni mudanza, ni siente por algún sentido corporal, ni por alguno de ellos puede ser sentida, ni tiene necesidad de lumbre, ni está sujeta a alguna división o disminución, ni es alma ni potencia del alma, ni cuerpo ni forma de cuerpo, ni puede dejar de ser, ni ser más de lo que es, porque en Él está todo el ser, ni es razón ni inteligencia de la manera que nosotros podemos entender, aunque es otra manera de razón y de inteligencia y de vida, ni es grande, ni bueno, ni sabio, ni poderoso, ni hermoso de la manera que nosotros imaginamos, porque Él es de otra muy diferente manera grande, y bueno, y poderoso, y hermoso, y sabio.

Por lo cual, no sólo san Dionisio, sino también Platón, que vivió antes que él²⁸², aunque filósofo pagano, cuando trata de las perfecciones divinas, usa de estos términos: «sobrebueno», «sobrepoderoso», «sobrehermoso», «sobresabio», dando a entender con esta manera de hablar la supereminencia y ventaja de las perfecciones divinas a todo lo que nuestros entendimientos pueden alcanzar, porque Él es una Sustancia sobre toda sustancia, y una Vida sobre toda vida, y una Luz sobre toda luz, que no ven nuestros ojos, y una Hermosura sobre toda hermosura, que no alcanzan nuestros entendimientos, y una Suavidad que sobrepuja toda suavidad, que no alcanzan nuestros sentidos, y no solamente los nuestros, sino también los de todos los ángeles, querubines y serafines.

De manera que las perfecciones que todos los entendimientos creados alcanzan del Creador, le vienen tan cortas, que con más verdad se las negaremos que se las atribuiremos. La cual teología nos declaró el Eclesiástico por estas palabras:

«Glorificad a Dios cuanto os sea posible, porque Él es mayor que todo lo que de Él podéis decir, y los que bendecís al Señor, ensalzadlo cuanto pudieseis, porque Él sobrepuja toda alabanza. ¿Quién lo vio para que pueda contar sus grandezas?

²⁸² Cf. PSEUDO-DIONISIO, *Los nombres de Dios*, 4: PG 3, 719.

Y ¿quién lo podrá ensalzar cuanto el merece? Muchas otras cosas hay que están ocultas a nuestros entendimientos, porque pocas son las obras tuyas que hemos visto»²⁸³.

Pues considerando esto el alma religiosa, y viendo que ningún título, ni nombre, ni atributo, ni alabanza llega a explicar lo que Dios merece, y todas las perfecciones y alabanzas de seres humanos y ángeles quedan infinitamente bajas para explicar lo que Él es, desiste ya de estos nombres, y entiende que le queda un inmenso océano y abismo de grandezas inabarcables en los que entrar, y así se queda en un santo silencio y sobrecogimiento ante tamaña grandeza y, con esto, no entendiendo, entiende, y no conociendo, conoce, porque conoce ser este Señor inabarcable e inefable. Y con esto le alaba más que con todos los nombres y excelencias que le puede atribuir. Lo cual significó el profeta real [David], cuando, según la traducción que hace san Jerónimo [de la Biblia hebrea], dijo: «A Ti, Dios, calla la alabanza en Sion»²⁸⁴, dándonos a entender que la más perfecta alabanza de Dios es este santo silencio y sobrecogimiento que decimos, con el cual queda el alma religiosa como absorta y pasmada con una gran admiración de tan inabarcable Majestad.

Ésta es la teología que tantas veces repite san Dionisio. Y así, en un lugar dice que la oscuridad y las tinieblas en las que se dice que mora Dios, es una luz inaccesible, la cual, como el Apóstol [san Pablo] dice: «Ningún hombre vio, ni puede ver»²⁸⁵. Y por el mismo caso que ni ve ni conoce, se junta más familiarmente a aquel Señor que sobrepasa todo conocimiento²⁸⁶. Y en otro lugar dice san Dionisio que en esta santa ignorancia está el verdadero conocimiento de aquel Señor que está sobre todo entendimiento y toda sustancia. Por lo que concluye este sumo teólogo diciendo que veneremos este gran secreto de la soberana Deidad, el cual trasciende todos los entendimientos, con una sagrada reverencia de nuestra alma y con un casto silencio²⁸⁷.

Y «casto silencio» es lo que experimenta el que expulsa de sí toda curiosidad de entendimiento, y queda en un pasmo y

²⁸³ Eclo 43,30-32.

²⁸⁴ Sal 65,2.

²⁸⁵ 1Cor 2,9.

²⁸⁶ Cf. PSEUDO-DIONISIO, *Teología mística*, 1-2: PG 3, 998-999.

²⁸⁷ Cf. PSEUDO-DIONISIO, *Cartas*, 8: PG 3, 1086-1087.

admiración ante tan gran Majestad, que le ata la lengua y el entendimiento, y lo deja como sumido en el océano y abismo de esta grandeza, donde no se halla suelo, y entonces canta con el profeta [David]: «A Ti calla la alabanza, Dios, en Sion»²⁸⁸.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para que de alguna manera, según nuestra rudeza, entendamos alguna pequeña parte de la inmensidad y grandeza de nuestro soberano Dios y Señor, la cual de tal manera conocen aquellos espíritus angélicos que asisten ante su Majestad, que están como postrados y sumisos delante de ella, teniéndose por unos viles gusanillos en presencia de tanta grandeza, y así la adoran y reverencian, y tiemblan delante de ella. Y por esto se dice en el libro del santo Job que las «columnas del cielo», que son aquellos espíritus soberanos que gobiernan el mundo, «tiemblan en la presencia de tan gran Majestad»²⁸⁹. Aunque este temblor ni es penoso ni servil, sino filial y reverencial, porque conociendo la inmensidad de aquella grandeza, entienden que así como a la grandeza de la Bondad se debe sumo amor, así a la alteza de la Majestad suma reverencia y temor.

Mas vengamos a considerar en nuestro Dios no sólo su grandeza, de la que hasta aquí hemos tratado, sino su magnificencia y generosidad, y la dependencia que tenemos de Él, pues, como está dicho: «En Él vivimos, y nos movemos, y somos»²⁹⁰, y que nuestra vida está colgada como de un hilico de sólo su voluntad. Lo cual significó Él por medio de Isaías, cuando dijo que Él era «el que daba virtud para respirar a los hombres que moran en la tierra»²⁹¹, significando con esto que Él es el que nos está siempre sosteniendo y conservando, que es como estar siempre creándonos, haciendo siempre lo que una vez hizo, y proveyéndonos para esta conservación de todos los regalos y beneficios de su providencia, y hasta los mismos ángeles que ven su hermosura no quiso que estuviesen exentos de nuestra guarda.

Finalmente, todo cuanto somos y poseemos y esperamos, a Él se lo debemos de tal manera que, si Él no nos mantuviese, moriríamos

²⁸⁸ Sal 65,2.

²⁸⁹ Job 26,11.

²⁹⁰ Hch 17,28.

²⁹¹ Is 42,5.

de hambre. Si no nos vistiese, pereceríamos de frío. Si no nos defendiese, seríamos matados a manos de nuestros enemigos. Si no nos gobernase, unos a otros nos comeríamos vivos. Si no nos alumbrase, a cada paso caeríamos por las tinieblas de nuestra ignorancia. Si no nos consolase, entonces estaríamos con angustias y tristezas consumidos.

El amor unitivo (que nos une a Dios)

Sumario de la Introducción del símbolo de la fe

Ed. Huerga: XIII/110-118; ed. Cuervo: IX/104-112.

Es de notar que hay dos maneras de bienaventuranza, una *perfecta* [...]: reservada para la otra vida, y otra *comenzada*: de la que gozan no todos, sino los especiales amigos de Dios, los cuales en premio de haber despreciado por Él todos los gustos y deleites del mundo, son maravillosamente recreados con las consolaciones del Espíritu Santo y con aquel espiritual gozo que san Pablo cuenta entre los frutos de este divino Espíritu²⁹².

Para tratar de esta materia, y declarar la raíz y fundamento de ella, podré aquí decir lo que dijo el evangelista san Juan, cuando quiso darnos de esto alguna noticia: «El que tiene oídos –dice él– para oír, oiga lo que el Espíritu Santo dice a las Iglesias»²⁹³. Digo esto, porque no todos tienen disposición para oír estas cosas, y aun yo tengo recelo de tratarlas, por ser cosas que exceden la facultad de mi entendimiento. Mas porque no faltarán en la Iglesia oídos que esto puedan oír, para éstos diré en breve lo que nuestro Señor me diere a entender.

Es, pues, ahora el momento de saber que, después de que algunas almas, tocadas muy de veras por nuestro Señor, se han ejercitado en todos los ejercicios espirituales, como son oraciones, ayunos, vigiliias, aspereza de vida, y mortificación de sus apetitos y propias voluntades, y obras de caridad, y finalmente en todo género de virtud, andando por el camino de Dios, no con tibieza y negligencia, sino con fervor de espíritu y perseverancia en sus

²⁹² Cf. Gal 5,22.

²⁹³ Ap 3,6.

ejercicios, acrecentando cada día fervor a fervor, y virtud a virtud, y devoción a devoción; y finalmente, después de esto vienen a alcanzar el amor a Dios que los teólogos místicos llaman *unitivo*. Lo cual es como, después de haber caminado [el pueblo de Israel] por el desierto, llegar [en su éxodo] a la deseada tierra de promisión.

La condición de este amor es traer consigo una tan admirable suavidad y alegría en Dios, que con su fuerza prende el corazón de tal manera, que no lo deja ni de noche, ni de día, ni andando, ni estando quieto, ni trabajando, ni descansando, apartar de Él. Porque la fuerza de esta suavidad, si decirse puede, es como un engrudo tan recio, o una prisión tan apretada, la cual de tal manera prende y cautiva el corazón devoto, que le aburren todas las cosas de esta vida, y sólo Dios es todo su gusto, su deseo, su pensamiento, su tesoro y su alegría. Y satisfecha el alma con este bocado tan suave, viene a tener disgusto de todo lo que no sabe a Él.

Y como se dice de santa Cecilia, que ni de día ni de noche cesaba con los coloquios divinos y con la oración²⁹⁴, por el gran amor y gusto que tenía en Dios, así se puede a su manera decir de los que este amor unitivo han alcanzado. Y porque somos tan toscos, que no entendemos la alteza de las cosas espirituales sino por la bajeza de las corporales, ni sabemos leer sino por el libro de nuestra aldea, pondré un ejemplo, aunque profano, para declarar la condición y grandeza de este amor. Y no se maraville nadie de que usemos de tales ejemplos para declarar la fuerza de este amor, pues todo el libro del Cantar de los Cantares procede por esta semejanza, declarando por la grandeza del amor de los esposos a sus esposas el que Cristo tiene a su Iglesia. Pongamos pues los ojos en el amor que los poetas atribuyen a la reina Dido para con Eneas, el cual brevemente explicó Ovidio en estos dos versos:

«Eneas siempre está dotado de los ojos de vigilante
para relatar lo que hay en su ánimo de día y de noche»²⁹⁵.

²⁹⁴ Cf. *Liturgia horarum*, 22 noviembre, antífona *ad magnificat*.

²⁹⁵ OVIDIO, *Heroidum*, VII, 25-26 (*Scriptorum romanorum quae extstant omnia*, 154-155, Patavii, 1970, p. 125).

Declarando por estas palabras que el alma herida de este amor anda tan empapada en él, que de día y de noche otra cosa no piensa, ni sueña, ni imagina, sino sólo esto que ama.

Arguyo, pues, ahora yo así: si el espíritu malo y la corrupción de la naturaleza es tan poderosa como para robar de tal manera el corazón, que lo trae de esta manera alienado y trasportado en aquello que ama, ¿cómo no será más poderoso el Espíritu Santo y la abundancia de su gracia para traer un corazón más absorto en Dios, que el que trae a un ser humano ciego en el amor de una criatura, mayormente siendo Dios, como lo es, un mar de infinita suavidad?

Pues, por este ejemplo, aunque profano, podrán los seres humanos, aunque no sean muy espirituales, entender la condición y la fuerza de este divino amor que llamamos *unitivo*, el cual –como dijimos–, de tal manera une y prende el alma con Dios, con una tan grande y tan inabarcable suavidad, que no la deja pensar, ni reposar, ni descansar en otra cosa fuera de Él.

Y para confirmación de lo dicho, no podré dejar de aprovecharme de algunos ejemplos de cosas que cada día se ofrecen, tratando con algunas personas muy dadas a nuestro Señor. Una persona conocí yo un tiempo tan presa de este amor, que de ninguna manera podía cesar de estar siempre *actualmente* amando y gozando de Dios. Y el gozo era tal, que le quitaba las ganas de comer y de dormir, y así venía el cuerpo a debilitarse y desfallecer notablemente con la falta de lo uno y de lo otro. Y aconsejada por sus padres espirituales de que descansase de este ejercicio para acudir a las necesidades del cuerpo, y probándolo hacer por veces, de ninguna manera podía apartarse de este ejercicio. Y así, padeciendo y adelgazándose el cuerpo, el alma se llenaba y gozaba de Dios.

Otras personas conocí que las noches enteras, aunque fuesen de invierno, gastaban en este mismo ejercicio, sin que el sueño ni la necesidad del cuerpo las apartase de él. Tales eran aquellas matronas, de quien se escribe que se acercaban a la oración cuando el sol se ponía, y en el mismo lugar las hallaba cuando volvía a amanecer. Y la causa de estar así sin cansarse era la gran suavidad que sus almas percibían en Dios, la cual –como dijimos– trae consigo este amor unitivo. Y el fundamento de esta verdad es aquella sentencia de

Aristóteles, el cual dice que nuestra naturaleza aborrece las cosas tristes y ama grandemente las deleitables.

Siendo, pues, tan grande la fuerza de dicho deleite, no tendrán por cosa increíble las personas de este mundo, que perseveren los amadores de Dios las noches enteras en esta comunicación suavísima con Él. Mayormente está escrito de esta celestial Sabiduría que «no tiene amargura ni hastío la comunicación con ella, sino gozo y alegría»²⁹⁶. Por lo menos, los que gastan las noches enteras en jugar a las cartas, no podrán dejar de confesar esta verdad, porque, de otra manera, recia cosa sería decir que no provee el Espíritu Santo de mayores consolaciones a sus fieles siervos, que la carne y el demonio proveen a los suyos.

Pues volviendo al propósito principal, digo que el que ha llegado a la unión de este divino amor, goza ya en esta vida mortal de este linaje de bienaventuranza comenzada, la cual en parte es muy semejante a la venidera, porque trae consigo –como dijimos– una gran suavidad, una saciedad del alma, una satisfacción, una quietud y reposo interior, y una plenitud e hinchamiento de todos los bienes, que le hace decir de todo corazón lo que san Francisco en toda una noche repetía: «¡Oh mi Dios, y todas las cosas! ¡Oh mi Dios, y todas las cosas!»²⁹⁷. Porque de todas les parece que gozan sólo en Él, y así no les queda más que desear.

Ni es esto de maravillar, porque así como una piedra que cae de lo alto, llegando a lo bajo, está quieta, porque éste es su centro y lugar natural, así también, como Dios es el centro de nuestra alma, la cual fue creada para gozar de Él, llegando aquí, para y se queda quieta, y cesa la rueda viva de todos los otros deseos, porque queda ella tan saciada sólo con este bocado, que no tiene hambre ni gusto de otra cosa fuera de Él. Ésta es pues la bienaventuranza con la que galardona Dios los sacrificios de sus fieles siervos aún en esta vida. La cual es tan grande que se parece mucho a la que esperan en la otra, porque así alegre y apaga a su manera todos los deseos y apetitos del corazón como la otra. Y se tienen por tan ricos y dichosos con ella, que no cambiarían una muy pequeñita parte de ella por todo el imperio del mundo.

²⁹⁶ Sab 8,16.

²⁹⁷ FRANCISCO DE ASÍS, *Escritos*, BAC, Madrid 1991, p. 157.

A este dichoso estado había llegado san Agustín, el cual después de haber gustado esta suavidad, hablando con nuestro Señor, dice así:

«Aunque estas cosas bajas tengan, Señor, sus deleites y sus amores, mas no deleitan de la manera que Tú. En Ti se alegra el justo, porque tu amor es suave y quieto, porque Tú llenas los corazones donde moras, de suavidad y de paz y dulzura. Lo cual no cabe en el amor del mundo y de la carne, que es congojoso y lleno de turbaciones, y por eso no deja estar quietas las almas donde él entra. Porque siempre las solicita con sospechas y pasiones y diversos temores. Mas Tú, Señor, eres verdadero deleite de los buenos, y con mucha razón, porque en Ti está una poderosa y gran quietud y una vida ajena de toda perturbación».

Y en otro lugar, hablando también con Dios, dice así:

«Ya veo la lumbre del Cielo con los ojos de mi alma, y de lo Alto luce un rayo que alegra todos mis huesos. ¡Oh, si este bien se me diese perfecto y cumplido! Acrecienta Tú, Señor, que eres el Autor de esta luz, acrecienta esta luz que en mi alma luce, y sea dilatada y ensanchada en mí. ¿Qué es esto que siento? ¿Qué fuego es éste que calienta mi corazón? ¿Qué luz es ésta que así lo alumbraba? ¡Oh, fuego que siempre ardes y nunca mueres, sea yo abrasado por Ti! ¡Oh, luz que siempre luces y nunca te eclipsas, alumbraba mi alma! ¡Oh, si yo ardiese con este fuego! Fuego santo, ¡cuán dulcemente ardes! ¡Cuán secretamente luces! ¡Cuán suavemente quemas las almas!»²⁹⁸. Todo esto es de san Agustín.

Pues de la grandeza de este divino amor y suavidad se sigue aquella paz interior, de la cual dice el Apóstol [san Pablo] que «sobrepasa todo sentido»²⁹⁹, porque nadie conoce la virtud y la excelencia de ella, sino el que la ha probado. Porque esta paz no sólo hace que el ser humano tenga paz con sus prójimos y con Dios, sino también consigo mismo, pacificando y aquietando las pasiones de

²⁹⁸ PSEUDO-AGUSTÍN, *Liber soliloquiorum animae ad Deum*, 34: PL 40, 893.

²⁹⁹ Flp 4,7.

nuestros apetitos con su virtud, y aquietando la lucha que la parte inferior de su alma tiene con la superior, que es el espíritu.

Porque la guerra interior que dentro de nosotros padecemos, nace, por una parte, de la repugnancia de los apetitos de nuestra carne contra el espíritu y, por otra, del desasosiego que nos causan los deseos de cosas que desordenadamente deseamos, y de la congoja y pasión que recibimos cuando no las alcanzamos. Por lo que, cesando estos deseos, queda el ser humano en paz y quietud y sosiego, porque contento y satisfecho con lo que le han dado, no quiere nada de este mundo, antes lo desprecia y aborrece.

Esta paz promete el Señor a sus fieles amigos en el libro del santo Job, donde, entre los privilegios y dones que se conceden a los buenos, uno es que las bestias de la tierra tendrán paz con Él³⁰⁰. Pues, ¿qué bestias son éstas, sino los apetitos y pasiones bestiales de la carne que tenemos en común con las bestias, las cuales, siendo tan inquietas y bulliciosas con la fuerza de sus apetitos, vienen a aquietarse y a tener paz con el ser humano, cuando se ven satisfechas con otros mayores gustos y deleites que los que ellas apetecían? Porque –según dice san Bernardo– así como los que del todo se han entregado a los deleites carnales no gustan de los espirituales, así por el contrario los que gustan los espirituales, que son altísimos y divinos, entonces desprecian los carnales, que son vilísimos y bajísimos³⁰¹.

Y junto con esta paz, alcanzan la verdadera libertad de espíritu, que se da a aquéllos que, por haber dejado de ser siervos y esclavos de su carne, vienen a conseguir aquella libertad que es propia de los hijos de Dios, por cuya virtud fácilmente se enseñorean de todas las pasiones y apetitos que antes los enseñoreaban, y así viene a cumplirse lo que dice el profeta [Isaías] de los que por virtud de la redención de Cristo han salido de este espiritual cautiverio: que prenderán a los que antes los prendían, y someterán a los que primero los oprimían³⁰².

Y esta misma libertad los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones y temores de esta vida y de la otra, y así libres de estos

³⁰⁰ Cf. Job 5,22.

³⁰¹ Cf. BERNARDO DE CLARAVAL, *Epist.* 111, 3: PL 182, 255.

³⁰² Cf. Is 14,2.

impedimentos, están presos y unidos de tal manera con Dios, que ni la compañía de los seres humanos ni las ocupaciones exteriores los apartan de su presencia. Porque entre la muchedumbre de las ocupaciones conservan la simplicidad del espíritu, y de todas las cosas que ven u oyen, toman motivo para levantarse hacia Dios, al cual hallan como presente en todas las cosas. En Él tienen todo su amor, en Él se ocupan siempre, de tal manera que están como absortos en Él, y viendo no ven, y oyendo no oyen.

Mas ¿qué palabras bastarán para explicar las riquezas y virtudes de éstos, la firmeza en su fe, la paz en su esperanza, el gozo en lo que aman, la alegría en lo que desean, la paciencia en lo que sufren, y la fortaleza en lo que emprenden? Éstos en los sacrificios hallan deleite, en la pobreza riquezas, en el hambre saciedad, en el abatimiento gloria, en las injurias honra, en las vigilias de la noche descanso, y en el ejercicio de la oración paraíso. Pues si es propio de esta bienaventuranza traer consigo todos estos contentamientos y espirituales deleites, ¿cuán cierto es ser verdadera la religión donde tales y tan nobles deleites se hallan?

Y aunque yo me salga un poco del propósito, no dejaré de decir aquí una cosa de mucha edificación y consolación para el cristiano lector. La cual es que, aunque todas las obras de naturaleza y de gracia prediquen la bondad y el amor de nuestro Señor para con los seres humanos, y así nos inciten y conviden a su amor, mucho más especialmente hace esto la abundancia de consolaciones y regalos con los que Él trata a sus familiares amigos.

Porque, como hay dos maneras de amor, uno esencial, cual es el de los padres para con sus hijos ya criados, y otro blando y tierno, cual es el que tienen a los hijos chiquitos, a los cuales toman en brazos, y abrazan, y besan, y procuran todo disfrute; no se contenta aquel Padre celestial con tener a sus espirituales hijos aquel primer amor, mas los ama también con este amor tierno, regalándolos y consolándolos con la abundancia de sus deleites. Y para que nadie piense que esto es una excesiva ponderación, oiga al mismo Señor que así lo dice por medio de Isaías, hablando con sus espirituales hijos de esta manera: «A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os

halagaré, y de la manera que una madre regala a un hijo chiquito, así yo os consolaré»³⁰³.

Pues, ¿qué cosa más tierna, más blanda y más amorosa que ésta? Y es tan propio este oficio del Espíritu Santo, que con ser tantos los efectos que obra en las almas, de éste, como de muy principal, quiso intitularse llamándose *Paráclito*, que quiere decir Consolador. Cuyas consolaciones muchas veces son tan grandes, que no las puede la debilidad del cuerpo corruptible soportar. Y así se escribe de aquel santo Efrén que era tan grande el gozo espiritual que recibía en la oración, que no pudiendo sufrir la vehemencia de él, decía: «Señor mío, apartaos un poco de mí, porque no puedo sufrir el ímpetu de vuestras alegrías». Otras veces decía: «Señor, detened un poco las olas de vuestras gracias»³⁰⁴.

Otro santo varón, viéndose grandemente visitado por nuestro Señor, y considerando que no podía corresponder con sus servicios a tan grandes mercedes, decía: «No tanto, Señor, no tanto, porque ni me hallo digno de tanta consolación, ni sé cómo os la pueda devolver». Otra persona decía: «Señor, cuando no os tengo, no me resisto, y cuando os tengo, no os puedo resistir». Todo lo cual nos declara cuánta es la fuerza de las consolaciones divinas, pues sobrepuja la facultad de las fuerzas humanas. Ésta es aquella gran alegría de la que dice el profeta [David]: «El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios»³⁰⁵.

Otras veces visita Él las almas con una sosegada y quieta alegría, y con aquella paz interior de la que arriba tratamos. La cual, con ser tan quieta, es tan penetrativa y tan grande, que la abundancia de ella, si decirse puede, rebosa en la misma carne de tal manera que viene el ser humano a decir con el profeta [David]: «Mi corazón y mi carne se alegraron en el Dios vivo»³⁰⁶. Y siendo la carne tan contraria a los ejercicios del espíritu, viene contra su naturaleza a deleitarse tanto en ellos, que –como dice san Buenaventura– siente pena si la apartan de cosa que ella tanto gusta³⁰⁷.

³⁰³ Is 66,12-13.

³⁰⁴ JUAN CLÍMACO, *Scala paradisi*, XXIX: PG 88, 1150.

³⁰⁵ Sal 46,5.

³⁰⁶ Sal 84,3.

³⁰⁷ Cf. PSEUDO-BUENAVENTURA, *Stimulus amoris*, I, 1 (BONAVENTURAE, *Opera*, t. VII, Lugduni, 1688, p. 193).

Pues, ¿quién pensaría que la carne sucia, y mal inclinada, y enemiga de todos los espirituales ejercicios, podía llegar a este estado? Pero no es maravilla que tales notoriedades le vengan de tal convite. Porque ésta es aquella cena de la que dice el Señor por medio de san Juan: «Mirad que Yo estoy a la puerta llamando, si alguno me la abriere, Yo cenaré con él, y él cenará conmigo»³⁰⁸.

Pues, ¿cuáles serán los alimentos y potajes que Dios administrará en esta su cena real? ¿Cuáles han de ser, sino conformes a la grandeza de sus riquezas y de su bondad y magnificencia y amor? Pues, ¿qué cosa más admirable que venir aquel Señor –por cuya majestad tiemblan los principados y poderes del Cielo– a convidar de esta manera a los viles hombrecillos y vejezuelas que andan arrastrándose por la tierra? Muchas de las cuales apenas tienen un pedazo de pan para comer y, mientras Dios pasa de largo delante de reyes y príncipes sin hacer caso de ellos, [sin embargo] se regala con estas personas. ¿Qué cosa más admirable que decir aquel Señor, que es gloria de los ángeles, que sus delicias son estar con los hijos de los seres humanos³⁰⁹?

Pues, ¿qué es esto, sino tratar Dios a sus fieles siervos como la madre a su hijo chiquito, a quien regala, y con quien ella se regala? Pues ésta es una de las cosas que más inclina las almas al amor de su Creador, viendo que no se contenta con la grandeza de los bienes que les tiene preparados en la otra vida, sino también los regala, alegra y consuela, y trata con la suavidad y blandura que decimos en este destierro. Y cuando ellos, por una parte, consideran la alteza de aquella Majestad y, por otra, su bajeza, y ven cuán amorosamente trata un Señor tan grande a criaturas tan bajas, y no acaban de impresionarse, y de alabarle, y darle gracias, y derretirse, y arder en su amor.

Volviendo, pues, a nuestro propósito principal, si el fin de la perfecta ley es hacer a los seres humanos bienaventurados, alegres y contentos, ¿cuán excelente es la ley de los cristianos, la cual nos propone estas dos bienaventuranzas tan gloriosas, una para la vida venidera, y otra para la presente?

³⁰⁸ Ap 3,20.

³⁰⁹ Cf. Pr 8,31.

ORACIONES

Oración a la Santísima Trinidad y a todos los santos

Manual de oraciones y espirituales ejercicios

Ed. Huerga: III/38-39.

Padre benignísimo, Padre piadoso y misericordioso, ten misericordia de mí. Yo, por todos mis pecados y por los de todo el mundo te ofrezco la vida, la pasión y la muerte de tu unigénito Hijo. Te ofrezco cuanto en este mundo hizo y padeció por nuestra causa. Te ofrezco su santísimo corazón hecho un panal de miel por la grandeza de su amor. Te ofrezco los merecimientos de su dulcísima Madre y de todos los santos, para que por todos ellos me perdones y tengas misericordia de mí. A Ti sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Piadoso *Jesús*, Redentor y Señor mío, ten misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias. Gracias te doy por las mercedes sin medida que a mí, indigno, has hecho y cada día haces. Gracias te doy por tu sacratísima encarnación, por tu perfectísima conversación, por tu limpísimo nacimiento, por tu crudelísima pasión, por el derramamiento de tu bendita sangre y por tu tan afrentosa muerte. Te ruego, piadoso Señor, me quieras hacer participante de todos tus merecimientos, para que, incorporado en Ti y hecho una cosa contigo por amor e imitación de tu vida santísima, merezca yo gozar de Ti como el sarmiento de la vid, pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles. A Ti sea loor e imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Espíritu Santo, Consolador mío, ayúdame, Señor. A Ti encomiendo mi alma, y mi cuerpo, y todas mis cosas. En tus manos dejo el proceso y fin de mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio haciendo verdadera penitencia de mis pecados y doliéndome gravemente de ellos antes que parta de este cuerpo mortal. Yo, ciego y enfermo mientras en este mundo vivo, fácilmente caigo en el lazo de mis apegos, fácilmente me equivoco, fácilmente soy engañado y escarnecido. Por esto me entrego a Ti y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, Señor, a este pobre siervo tuyo de todos los males. Enseña y alumbrá mi entendimiento, gobierna mi alma, rige mi

cuerpo, fortalece mi espíritu contra la desordenada debilidad de mi corazón y contra los demasiados escrúpulos de mi conciencia. Dame fe cierta, esperanza firme, y caridad pura y perfecta. Dame que con suavidad te ame, que mis entrañas se aficionen a Ti, y que en todo lugar y tiempo cumpla yo tu santa voluntad. A Ti sea bendición y acción de gracias, por los siglos de los siglos. Amén.

Te adoro, te reverencio, te glorifico a Ti, *Santa Trinidad*, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ante tu divina majestad del todo me postro, y a tu santísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, aparta de mí y de todos los fieles lo que te desagrada, y concédenos todo aquello que contenta a tus beatísimos ojos, y haz que seamos tal cual quieres que seamos. Te encomiendo toda esta nuestra compañía, todas las cosas de este lugar, todos sus asuntos espirituales y temporales. Te encomiendo a toda tu Iglesia, haz que todos, Señor, te sirvan, que todos te conozcan, que todos te amen. A los equivocados vuelve al camino, apaga las herejías y convierte a la fe a todos los que aún no tienen conocimiento de tu santo nombre. Danos paz y consérvanos en ella, así como Tú lo quieres y a nosotros conviene. Recrea y consuela a todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y aflicciones espirituales o corporales. Finalmente, bajo tu fiel amparo encomiendo a todas tus criaturas, para que a los vivos concedas gracia, y a los muertos eterno descanso.

Te saludo, resplandeciente lirio de la hermosa y sosegada primavera, Virgen sacratísima *María*. Te saludo, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nacer y mamar leche el Rey de los Cielos, Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia. Alcánzame, Señora mía, de la mano de tu Hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi alma. Ayuda, piadosa Madre, a mi debilidad en todas mis tentaciones y necesidades y en la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro y confiado en aquel gran y último sacrificio.

Oh bienaventurados *espíritus angélicos*, que con suave melodía a una voz glorificáis a un común Señor y gozáis siempre de sus deleites, tened misericordia de mí. Y principalmente tú, santo *ángel guardián* de mi alma y de mi cuerpo, a quien especialmente me he encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado.

Oh *santos y santas* de Dios, que después de navegado el turbio y tempestuoso océano de este mundo, y salidos de este destierro, llegasteis al puerto de la ciudad celestial, sed mis medianeros y abogados, y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merecimientos y oraciones sea yo favorecido ahora y en la hora última de mi muerte. Amén.

Oración a Dios creador

Introducción del símbolo de la fe I

Ed. Huerga: IX/41-46; ed. Cuervo: V/33-38.

¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores! ¡Oh eterna Sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetráis con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso y tan gran amador de todo lo que creasteis, y mucho más del ser humano que redimisteis, al cual hicisteis señor de todo, inclinad ahora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos, para oír los clamores de este pobre y vilísimo pecador.

Señor Dios mío, ninguna cosa más desea mi alma que amaros, porque ninguna cosa hay a Vos más debida, ni a mí más necesaria que este amor. Me creasteis para que os amase, pusisteis mi bienaventuranza en este amor, me mandasteis que os amase, me enseñasteis que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad y finalmente todos los bienes. Porque este amor es un breve sumario en el que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el Cielo.

Me enseñasteis también, Salvador mío, que no os podía amar, si no os conocía. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura, amamos a nuestros padres y bienhechores, amamos a nuestros amigos y a aquellos con quien tenemos semejanza. Y finalmente toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone para que de él nazca el amor.

Pues, ¿quién me hará que yo así os conozca y entienda cómo sólo en Vos están todas las razones y causas de amor? ¿Quién más bueno que Vos? ¿Quién más hermoso? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más padre, y más amigo, y más largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras almas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino Vos?

Pues, ¿qué haré, Dios mío, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan débiles, siendo Vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar a Vos? Pues, ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros, y no puede amaros sin conoceros, pues tan alto sois de conocer?

Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran a nuestras almas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, que sois infinito, no podéis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente. Así pues, ¿cómo os conoceré?

¡Oh altísima Sustancia, oh nobilísima Esencia, oh inabarcable Majestad!, ¿quién os conocerá? Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las creaste en número, peso y medida, y les hiciste sus rayas, y señalaste los límites de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud, mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra alma llegar de extremo a extremo y abarcarlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdicción.

Mas Vos, Señor, sois infinito, no hay cerco que os abarque, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra sustancia, porque no los tenéis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza creada, porque así como no reconocéis superior, así no tenéis jurisdicción determinada. A todo el mundo, que creasteis con tanta grandeza, puede dar la vuelta por el mar Océano un ser humano mortal, porque aunque él sea muy

grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas a Vos, gran mar Océano, ¿quién os podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en el tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandáis en el mundo y fuera del mundo, porque llamáis a las cosas que no son, como a las que son.

Pues, siendo como sois, tan grande, ¿quién os conocerá? ¿Quién conocerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma alma con la que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha a vuestra imagen y semejanza. Siendo pues tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar a conocer aquella soberana e inabarcable sustancia?

Mas con todo esto, Salvador mío, no puedo ni debo desistir de esta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo ni quiero vivir sin este conocimiento, que es principio de nuestro amor. Ciego soy, y muy corto de vista, para conoceros, mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber de Vos, no hay otro descanso sino en Vos, no hay otros deleites sino los que se reciben al mirar vuestra hermosura, aunque sea por el viril de vuestras criaturas.

Y aunque sea poquito lo que de Vos conoceremos, pero mucho más vale conocer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con oscuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conociéremos todo, conoceremos todo lo que pudiéremos, y amaremos todo lo que conociéremos, y con esto solo quedará nuestra alma contenta, pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.

Cuanto más, Señor, que vuestra gracia ayudará a nuestra debilidad, y si os comenzáremos a amar un poco, habéis de darnos por este amor pequeño otro más grande, con mayor conocimiento de vuestra gloria, así como nos lo tenéis prometido por vuestro evangelista [san Juan], diciendo: «Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y Yo también lo amaré, y me descubriré a él»³¹⁰, que es darle un más perfecto conocimiento, para que así crezca más en ese amor.

³¹⁰ Jn 14,21.

Nos ayudan también para esto la santa fe católica, y las Sagradas Escrituras, en las cuales tuvisteis, Señor, por bien, daros a conocer, y revelarnos las maravillas de vuestra grandeza, para que este tan alto conocimiento causase en nuestra voluntad amor y reverencia a vuestro santo nombre. Nos ayudan también el conjunto de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os hemos de amar. Porque en la perfección de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos tenéis. Y así por todas partes nos incitan a que os amemos, tanto por lo que Vos sois en Vos, como por lo que sois para nosotros.

¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que, así como en el Cielo Vos seréis espejo en el que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que os conozcamos a Vos. Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que Vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis a los ojos de todas las naciones del mundo, tanto de griegos como de bárbaros, tanto de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos, y conociesen quién Vos erais? ¿Qué serán entonces todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras capitales y decoradas que declaran bien el primor y la sabiduría de su Autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadoras de nuestra ingratitud?

Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase a todas, fue necesario crear muchas, para que así, a pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo de ellas. De esta manera, las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia.

¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh respaldado con tantos respaldadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de Vos con tantos respaldos? ¿Quién no creerá a tantos testigos?

¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantos tipos de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye: sordo es, y el que con tan maravillosos resplandores no os ve: ciego es, y el que vistas todas estas cosas no os alaba: mudo es, y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Creador: loco es. Me parece, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos.

¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la hechura de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una gran maravilla? Pues, ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conocer al Maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas? Hieren nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos la maestría y hermosura de ellas, y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado más arriba, para ver allí al Hacedor de aquella hermosura y al Dador de aquel deleite.

Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante con algunas letras decoradas y doradas, disfrutan de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen en cuenta lo que significan. Así nosotros, mucho más aññados que los niños, habiéndonos puesto Vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo para que por las criaturas de él, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del Creador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo, y nosotros, como niños, no hacemos más que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas.

¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y más que niños en los sentidos! ¡Oh transgresores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios! ¡Ay de aquéllos –dice san Agustín– que

se deleitan, Señor, en mirar vuestras señales, y se olvidan de mirar lo que por ellas les queréis señalar y enseñar, que es el conocimiento de su Creador!³¹¹

Pues no permitáis Vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera, por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo, para que no caiga en la culpa de ser ingrato e ignorante, porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría, que «el día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sensatez»³¹². Porque justo es que las mismas criaturas, que fueron dadas para nuestro servicio, vengan a ser nuestro castigo, pues no quisimos conocer a Dios por ellas, ni tomar su aviso.

Vos, Señor, que sois «Camino, Verdad y Vida»³¹³, guiadme en este camino con vuestra providencia, enseñad mi entendimiento con vuestra verdad, y dad vida a mi alma con vuestro amor.

Gran jornada es subir por las criaturas al Creador, y gran ejercicio es saber mirar las obras de tan gran Maestro, y entender la maestría con el que están hechas, y conocer por ellas el consejo y la sabiduría del Hacedor. Quien no sabe notar la maestría de un pequeño dibujo hecho por mano de algún gran artesano, ¿cómo sabrá notar la maestría de una tan gran pintura como es todo este mundo visible?

A todos, Señor, nos sucede, cuando nos ponemos a considerar las maravillas de esta obra, como a un rústico aldeano que entra de nuevo en alguna gran ciudad, o en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos, y, embebecido en mirar la hermosura del edificio, se olvida de la puerta por donde entró, y viene a perderse en medio de la casa, y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine.

Pues, ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta

³¹¹ Cf. PSEUDO-AGUSTÍN, *Liber soliloquiorum animae ad Deum*, 34: PL 40, 893.

³¹² Sab 5,20.

³¹³ Jn 14,6.

casa real que Vos creasteis? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura racional, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿Cómo nadará en un tan profundo océano de maravillas quien se ahoga en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme Vos, Señor, en esta jornada, guiad a este rústico aldeano llevándole de la mano, y mostradle con el dedo de vuestro Espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe y glorifique por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación antes de la Eucaristía

Memorial de la vida cristiana I

Ed. Huerga: IV/212-215; ed. Cuervo: III/363-365.

Conozco, Señor, Dios mío, mi indignidad, y conozco vuestra gran misericordia. Ésta es la que me da atrevimiento para acercarme a Vos tal cual estoy. Porque mientras más indigno fuere yo, más glorificado quedáis Vos en no desear y tener asco de tan sucia criatura. No desecháis, Señor, a los pecadores, antes los llamáis y atraéis a Vos. Vos sois el que dijisteis: «Venid a mi todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os daré alimento»³¹⁴. Vos dijisteis: «No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos. No vine a buscar a los justos, sino a los pecadores»³¹⁵.

De Vos públicamente se decía que recibíais a los pecadores y comíais con ellos³¹⁶. No habéis cambiado, Señor, la condición que teníais entonces; y por eso creo que ahora también llamáis desde el Cielo a los que entonces llamabais en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo a Vos cargado de pecados, para que me descarguéis, y fatigado con mis propias miserias y tentaciones, para que me deis alimento. Vengo como enfermo al Médico, para que me sane, y como pecador al Justo, fuente de justicia, para que me justifique.

³¹⁴ Mt 11,28.

³¹⁵ Lc 5,31-32.

³¹⁶ Cf. Mc 2,16.

Dicen que recibís a los pecadores y coméis con ellos, y que vuestro alimento es la conversación de los tales. Si tanto os deleita ese convite, veis aquí un pecador con quien podéis comer de ese alimento.

Bien creo, Señor, que os deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora que el convite soberbio del fariseo, pues no menospreciasteis sus lágrimas, ni las desechasteis por pecadora, sino antes la recibisteis, y la perdonasteis, y la defendisteis, y por unas pocas lágrimas le perdonasteis muchos pecados³¹⁷. Aquí se os pone, Señor, otra nueva ocasión de mayor gloria, que es un pecador con más pecados y menos lágrimas. No fue aquélla la última de vuestras misericordias, ni la primera.

Otras muchas tales teníais hechas, y otras muchas os quedan por hacer. Tened ahora ésta en la cuenta de ellas, y perdonad a quien más os ha ofendido, y menos llora porque os ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar todos los pecados del mundo. No os indignéis, Dios mío, porque, estando tal cual me veis, me atrevo a acercarme a Vos. Acordaos que no os indignasteis cuando aquella pobre mujer que padecía flujo de sangre se acercó a recibir el remedio de su enfermedad, tocando el hilo de vuestra vestidura, antes la consolasteis y animasteis, diciendo: «Confía, hija, que tu fe te ha salvado»³¹⁸.

Pues, como yo padezco otro flujo de sangre más peligroso y más incurable que éste, ¿qué puedo hacer sino acercarme a Vos para recibir el beneficio de mi salvación? No habéis cambiado, Señor mío, la condición ni el oficio que teníais en la tierra, aunque os subisteis al Cielo. Porque si así fuera, otro Evangelio necesitaríamos que nos declarara la condición que tenéis allá, si fuera diferente de la de acá. Leo, pues, en vuestros Evangelios que todos los enfermos y miserables se acercaban a tocaros, porque de Vos salía una virtud que sanaba a todos.

A Vos se acercaban los leprosos, y Vos extendíais vuestra bendita mano y los limpiabais. A Vos venían los ciegos, a Vos los sordos, y a Vos los paralíticos; a Vos los mismos endemoniados, a Vos

³¹⁷ Cf. Lc 7,36-50.

³¹⁸ Mt 9,22.

finalmente acudían todos los monstruos del mundo, y a ninguno de ellos os negasteis. En Vos sólo está la salvación, en Vos la vida, en Vos el remedio de todos los males. Tan piadoso sois para querer dar la salvación, cuan poderoso para darla. Pues, ¿adónde iremos los necesitados sino a Vos?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino sacramento [de la Eucaristía] no es sólo alimento de sanos, sino también medicina de enfermos; no sólo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos; no sólo enamora y deleita a los justos, sino también sana y purifica a los pecadores. Que cada uno se acerque según pudiere, y tome de ahí la parte que le corresponde. Acérquense los justos a comer y gozar en esta mesa, y suene su voz de confesión y alabanza en este convite; yo me acercaré como pecador y enfermo a recibir este cáliz de mi salvación.

Por ninguna vía puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán; y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me animarán; y si muerto, aquí me resucitarán. Si ardiera en el amor divino, aquí me abrasarán; y si estuviere tibio, aquí me calentarán.

No desmayaré por verme ciego, no por verme caído, porque el Señor levanta a los caídos. No huiré de Él, como hizo Adán por verse desnudo³¹⁹, porque Él es poderoso para cubrir mi desnudez; no por verme sucio y lleno de pecados, porque Él es Fuente de misericordia; no por verme con tanta pobreza, porque Él es Señor de todo lo creado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión, mientras más miserable fuere, para que resplandezca más su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego de nacimiento sirvieron para que resplandeciese más en él la gloria de Dios³²⁰, y la bajeza de mi condición servirá para que se vea cuán bueno es Aquél que, siendo tan alto, no desdeña cosas tan bajas. Especialmente eso no se tiene aquí respecto a mí, sino a los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el eterno Padre por bien ha de tomarme por hijo y tratarme como a tal.

³¹⁹ Cf. Gn 3,7-8.

³²⁰ Cf. Jn 9,1-12.

Pues por esto os suplico, clementísimo Padre de nuestro Salvador, que pues el santo rey David sentaba a su mesa a un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de Jonatán, aquel grande y muypreciado amigo suyo³²¹ –queriendo con esto honrar al hijo no por sí, sino por los méritos de su padre–, así Vos, eterno Padre, tengáis por bien sentar a este pobre y deforme pecador a vuestra sagrada mesa, no por sí, sino por los merecimientos de aquel tan gran amigo vuestro, Jesucristo, nuestro segundo Adán y verdadero padre. El cual vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Oración en la que se pide amor a Dios

Manual de oraciones y espirituales ejercicios

Ed. Huerga: III/39-43.

Inclinadas las rodillas de mi corazón, postrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo acatamiento y reverencia que a este vilísimo gusano le es posible, me presento, Dios mío, delante de Ti como una de las más pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero Sol de justicia, que se derraman por toda la tierra y se comunican liberalmente a todos aquellos que no les cierran las puertas.

Aquí me pongo delante de Ti, como una materia desnuda de todas las formas, ante Aquél que es acto puro que da ser y virtud a todas las formas. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo y clementísimo Maestro una masa de barro y un tronco nudoso recién cortado del árbol con su corteza: haz de él, clementísimo Padre, aquello para lo que Tú lo creaste.

Me creaste para que te amase, dame gracia para que pueda yo hacer aquello para lo que Tú me hiciste. Gran atrevimiento es para una criatura tan baja pedir un amor tan alto, y aun siendo grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir.

Mas, ¿qué haré? Pues Tú mandas que te ame, y me creaste para que te amase, me reprendes si no te amo y moriste para que yo te

³²¹ Cf. 2Sam 9,7.

amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame que, viendo mi desamor, ordenaste un bocado de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor.

Oh Salvador mío, ¿qué soy yo para Ti, para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo para Ti, sino sacrificios, y tormentos, y Cruz? ¿Y qué eres Tú para mí, sino salvación, y descanso, y todos los bienes? Pues, si Tú me amas a mí, siendo el que soy para contigo, ¿por qué no te amaré yo a Ti, siendo el que eres para conmigo?

Pues, confiando, Señor, en todas estas prendas de amor y en aquel tan agraciado mandamiento con el que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarecidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin Ti. No merezco yo amarte, mas Tú mereces ser amado, y por esto no oso pedirte que Tú me ames, sino que me des licencia para que ose yo amarte. No huyas, Señor, no huyas, déjate amar por tus criaturas, Amor infinito.

Oh Dios, que esencialmente eres Amor, Amor increado, Amor infinito, Amor sin medida, no sólo Amador, sino todo Amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas – así como procede de la lumbre del sol la de todas las estrellas–, ¿por qué no te amaré yo? ¿Por qué no me quemaré yo en ese Fuego de Amor, que abrasa todo el universo?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas – así como del mar todas las aguas–, ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el Cielo ni en la tierra que se pueda llamar «buena», ¿por qué no te amaré yo, pues el objeto del amor es la bondad?

Oh Dios, que esencialmente eres la misma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidas las primogenituras de todas las hermosuras creadas – así como en el ser humano están las perfecciones de todas las otras criaturas inferiores–, ¿por qué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que Tú eres en Ti, ¿por qué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama a su padre, porque de él recibió el ser que tiene. Los miembros [del cuerpo] aman a su cabeza y son capaces de morir por ella, porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman a sus causas, porque de ellas recibieron el ser que tienen, y por ellas esperan recibir lo que les falta. Pues, ¿qué título de éstos te falta a Ti, Dios mío, para que no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor?

Tú me diste el ser que tengo, mucho más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza conserva a los miembros. Tú has de acabar lo que falta de esta obra comenzada, hasta llevarla al último punto de su perfección. Tú eres el Padre que me hiciste, y la Cabeza que me conservas, y el Esposo que das a mí alma cumplido contentamiento, y el último Fin y Bienaventuranza para quien desde la eternidad me creaste. Tú eres el Hacedor de esta casa, el Pintor de esta figura hecha a tu imagen y semejanza, que aún está por acabar.

Lo que tiene, de Ti lo recibió, y lo que le falta, de Ti lo espera recibir, porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino Tú, así nadie puede cumplir lo que le falta sino Tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es.

Pues, ¿a quién otro ha de mirar sino a Ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De qué ojos ha de estar colgada, sino de los tuyos? ¿De quién ha de ser todo su amor, sino de aquél del cual es todo su bien? Por ventura –dice Jeremías–, ¿ha de olvidarse la doncella del más hermoso de sus ropajes, y de la faja con la que se ciñe los pechos³²²? Pues si Tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi alma, si Tú eres toda mi gloria y mi esperanza, ¿cómo será posible olvidarme de Ti?

Los amores, pues, que deben los hijos a sus padres, y los miembros a sus cabezas, y las esposas a sus esposos, y los efectos a sus causas, júntalos todos, alma mía, en uno, y ofrécelos a este Señor, porque sólo Él te es todas las cosas por mucha más excelente manera que ellas te lo pueden ser. Pues, ¿qué tengo yo que ver con el Cielo,

³²² Cf. Jer 2,32.

ni que tengo que desear sobre la tierra? Ha desfallecido mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi sola heredad, Dios para siempre.

Iros, iros de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Dios, apartaos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras. Mis esclavos sois y servidores, asignados por mi Señor para mi servicio. No es razonable que mi alma sea adúltera y desleal a tal Esposo, y haga traición con los mismos criados que Él asignó para mí.

Pues, oh Dios mío y todas las cosas, ¿por qué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mío verdadero, Padre mío santo, Señor mío piadoso, Rey mío grande, Amador mío hermoso, Pan mío vivo, Sacerdote mío eterno, Sacrificio mío limpio, Lumbre mía verdadera, Dulcedumbre mía santa, Sabiduría mía cierta, Simplicidad mía pura, Heredad mía rica, Misericordia mía grande, Redención mía cumplida, Esperanza mía segura, Caridad mía perfecta, Vida mía eterna, Alegría y Bienaventuranza mía perdurable.

Pues si Tú, Dios mío, me eres todas estas cosas, ¿por qué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? Oh Alegría y Descanso, oh Gozo y Deleite mío, ensancha mi corazón en tu amor, para que sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa es resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el profeta [Daniel] que vio salir de la cara de Dios³²³: hazme, Señor, nadar en ese río, ponme en medio de esa corriente, para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca más perezca, y donde sea todo consumido y transformado en amor.

¡Oh Amor no creado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh Amor que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno Latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor!, sea yo herido con ese Latido, sea yo encendido en ese Fuego, te siga yo a Ti, mi Amado, a lo alto, te cante yo a Ti una canción de amor, y desfalezca mi alma en tus alabanzas con júbilos de inefable amor.

³²³ Cf. Dan 7,10.

¡Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, inabarcable, infinito, inmenso, todo poderoso, todo piadoso, todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y las piedras preciosas!

¿Y qué digo cuando esto digo?: Dios mío, Vida mía, única Esperanza mía, muy grande Misericordia mía y Dulcedumbre bienaventurada mía. ¡Oh todo amable, oh todo dulce, oh todo deleitable! ¡Oh santísimo Padre, oh clementísimo Hijo, oh amantísimo Espíritu Santo! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi alma y en lo más secreto de ella, Vos, Padre amantísimo, seréis lo más íntimo, y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro y Vos todo mío? ¿Cuándo, Rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día?

¡Oh! ¿cuándo? ¡Oh! ¿si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh que gran tardanza, oh, que penosa dilación! Date prisa, oh buen Jesús, date prisa, acelera, Señor, acelera, no tardes, corre, Amado mío, con la rapidez del gamo y de la cabra montesa sobre los montes de Betel.

¡Oh Dios mío, Esposo de mi alma, Descanso de mi vida, Lumbre de mis ojos, Consuelo de mis sacrificios, Puerto de mis deseos, Paraíso de mi corazón, Centro de mi alma, Prenda de mi gloria, Compañía de mi peregrinación, Alegría de mi destierro, Medicina de mis llagas, Azote piadoso de mis culpas, Maestro de mis ignorancias, Guía de mis caminos, Nido en el que mi alma reposa, Puerto donde se salva, Espejo donde se mira, Báculo a quien se arrima, Piedra sobre la que se asienta, y Tesoro preciosísimo en el que se gloria!

Pues si Tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de Ti? Si me olvidare yo de Ti, sea echada en olvido mi diestra, se me pegue la lengua a los paladares, si no me acordare de Ti, y si no te pusiere yo, Señor, en la delantera de todas mis alegrías³²⁴.

No descansaré, oh beatísima Trinidad, no daré sueño a mis ojos ni reposo a los días de mi vida, hasta que halle yo este amor [a Ti],

³²⁴ Cf. Sal 137,6.

hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor, y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Oración a la Virgen

Doctrina espiritual

Ed. Huerga: XIV/277-279; ed. Cuervo: XIV/105-107.

¡Oh Virgen gloriosa, bienaventurada!, ¿cómo parecerá, Señora, mi oración delante de ti, pues la gracia que merecí por la pasión de mi Redentor, la perdí por la maldad de mi culpa? Mas, aunque yo sea tan gran pecador, viendo que mi demanda es justa, osaré rogarte que me oigas.

¡Oh Reina y Señora mía!, te suplico que ruegues a tu sagrado Hijo que por su infinita bondad y misericordia quiera perdonarme. Y si esto, por mi indignidad, no mereciere, me sea concedido para que no perezca por mi culpa lo que Él creó a su imagen y semejanza.

Tú eres luz de las tinieblas, tú eres espejo de los santos, tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen, todos los tristes te llaman, todos los buenos te contemplan, todas las criaturas se alegran en ti: los ángeles en el Cielo con tu presencia, las almas del purgatorio con tu consuelo, los seres humanos en la tierra con tu esperanza.

Todos te llaman, y a todos respondes, y por todos ruegas. Pues, ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia, que mi pecado me turba, y mi desmerecer me aflige, y mi malicia me enmudece? Te ruego, Virgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste cuando viste a tu amado Hijo caminar con la Cruz a cuestras al lugar de la muerte, quieras domar todas mis pasiones y tentaciones, para que no se pierda por mi maldad lo que Él remedió por su sangre.

Aquellas piadosas lagrimas que derramaste siguiéndolo hasta la Cruz, ponlas siempre en mi pensamiento, para que contemplándolas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las manchas de mis pecados. Porque, ¿qué pecador osará comparecer sin ti ante aquel eterno Juez que, aunque es manso en el sufrimiento, es

justo en el castigo? Pues, ¿quién será tan justo que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Virgen bienaventurada, si lo que perdí por mi pecado, no gano por tu intercesión? Gran cosa te pido según mis errores, mas muy pequeña según tus merecimientos. Nada es lo que yo te puedo pedir, según lo que tú me puedes dar. Reina de los ángeles, enmienda mi vida y ordena todas mis obras de tal manera que merezca yo, aunque malo, ser de ti oído con piedad.

Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, para que de esta manera los buenos te alaben y los pecadores esperen en ti. Los dolores que pasaste en la pasión de tu amantísimo Hijo y Redentor mío Jesucristo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean alimento de mi corazón. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria.

Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sostendrá? Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí? Si tú, que eres estrella de la mar y guía de los equivocados, no me alumbras, ¿dónde iré a parar? No me dejes tentar por el enemigo; y si me tentare, no me dejes caer, y si cayere, ayúdame a levantar. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? ¿Quién te pidió, que no le otorgases? ¿Quién te sirvió, que no le galardonases con mucha magnificencia?

Haz, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta el traspasamiento que tenías cuando, después de bajado de la Cruz tu preciosísimo Hijo, lo tomaste en tus brazos, mirando aquella imagen preciosísima, de los ángeles adorada y entonces de los malos escupida, y viendo la extraña crueldad con la que la inocencia del justo pagó por la desobediencia del pecador.

Contemplo yo, Reina mía, cual estabas entonces, con los brazos abiertos, los ojos mortales, inclinada la cabeza, sin color en el rostro, sintiendo mayor tormento en el corazón que nadie pudiera sentir en su propio cuerpo. Estén siempre en mis oídos estas dolorosas palabras que pudieras decir a los que te miraban: «Oh vosotros, que pasáis por el camino, ved y mirad si hay dolor semejante a mi dolor»³²⁵, para que por ellas merezca yo ser oído por ti.

³²⁵ Lm 1,12.

Hinca, Señora, en mi alma aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya cuando pusiste en el sepulcro aquel descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo, para que me acuerde que soy tierra, y que al final he de devolverle lo que de ella recibí, para que no me engañe la gloria perecedera de este mundo.

Pon, Señora, en mi memoria cuántas veces volvías a mirar el sepulcro donde tanto bien dejabas encerrado, para que alcance yo tal gracia de ti, que quieras volver a mirar mi petición. Sea mi compañía la contemplación de la soledad en la que estuviste aquella noche dolorosa, donde no tenías otra cosa viva sino tus dolores, bebiendo el agua de tus piadosas lágrimas y comiendo el alimento de tus lastimeras contemplaciones, para que, llorando las angustias que padeciste en la tierra, merezca ver la gloria que alcanzaste en el Cielo, por los siglos de los siglos. Amén.

OBRAS CITADAS

FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras completas* (A. Huerga, ed.) (52 vols.), Fundación Universitaria Española, Madrid, 1994-2007:

- Tomo I: *Libro de la oración y meditación* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1994.
- Tomo II: *Guía de pecadores* (texto primitivo) (H. Paz Castaño, ed.), Madrid, 1994.
- Tomo III: *Manual de oraciones y espirituales ejercicios* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1994.
- Tomo IV: *Memorial de la vida cristiana I* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1994.
- Tomo V: *Memorial de la vida cristiana II* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1995.
- Tomo VI: *Guía de pecadores* (texto definitivo) (H. Paz Castaño, ed.), Madrid, 1995.
- Tomo IX: *Introducción del símbolo de la fe I* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1996.
- Tomo X: *Introducción del símbolo de la fe II* (J. García Trapiello, ed.), Madrid, 1996.
- Tomo XI: *Introducción del símbolo de la fe III* (J. García Trapiello, ed.), Madrid, 1996.
- Tomo XII: *Introducción del símbolo de la fe IV* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1996.
- Tomo XIII: *Sumario de la Introducción del símbolo de la fe y Modo de catequizar* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1997.
- Tomo XIV: *Doctrina espiritual* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1997.
- Tomo XIX: *Epistolario* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1998.
- Tomo XXI: *Compendio de doctrina cristiana II* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1999.

- Tomo XXII: *Retórica eclesiástica I (libros 1-3)* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1999.
- Tomo XXIV: *Sermones de tiempo I/1* (A. Huerga, ed.), Madrid, 1999.

FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras* (J. Cuervo, ed.) (14 vols.), Fuentenebro, Madrid, 1906-1908:

- Tomo I: *Guía de Pecadores* (texto definitivo)
- Tomo II: *Libro de la Oración y Meditación* (texto primitivo)
- Tomo III: *Memorial de la Vida Cristiana*.
- Tomo V-IX: *Introducción del Símbolo de la Fe*.
- Tomo X: *Guía de Pecadores* (texto primitivo); *Tratado de la oración y Meditación* (compendio).
- Tomo XIII: *Compendio de Doctrina Cristiana*.
- Tomo XIV: *Doctrina Espiritual; Sermón de la Redención; Vida del B. Juan de Ávila; Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires; Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal; Vida de Sor Ana de la Concepción, Franciscana; Vida de Doña Elvira de Mendoza; Vida de Melicia Hernández; Cartas; Sermón de las Caídas Públicas*.



Fray Luis de Granada es uno de los grandes maestros espirituales que ha dado la Iglesia. Sus tratados se tradujeron y difundieron por toda la Cristiandad en los siglos XVI, XVII y XVIII. Supo unir la espiritualidad afectiva de la mística española con la sabiduría de los clásicos grecorromanos y la teología tomista. Y todo ello lo expresó bellamente con una de las mejores prosas de la literatura española. Esto nos ha animado a reunir en esta obra un selecto grupo de textos de fray Luis, los cuales, sin duda, ayudarán al lector a mejorar su relación con Dios.